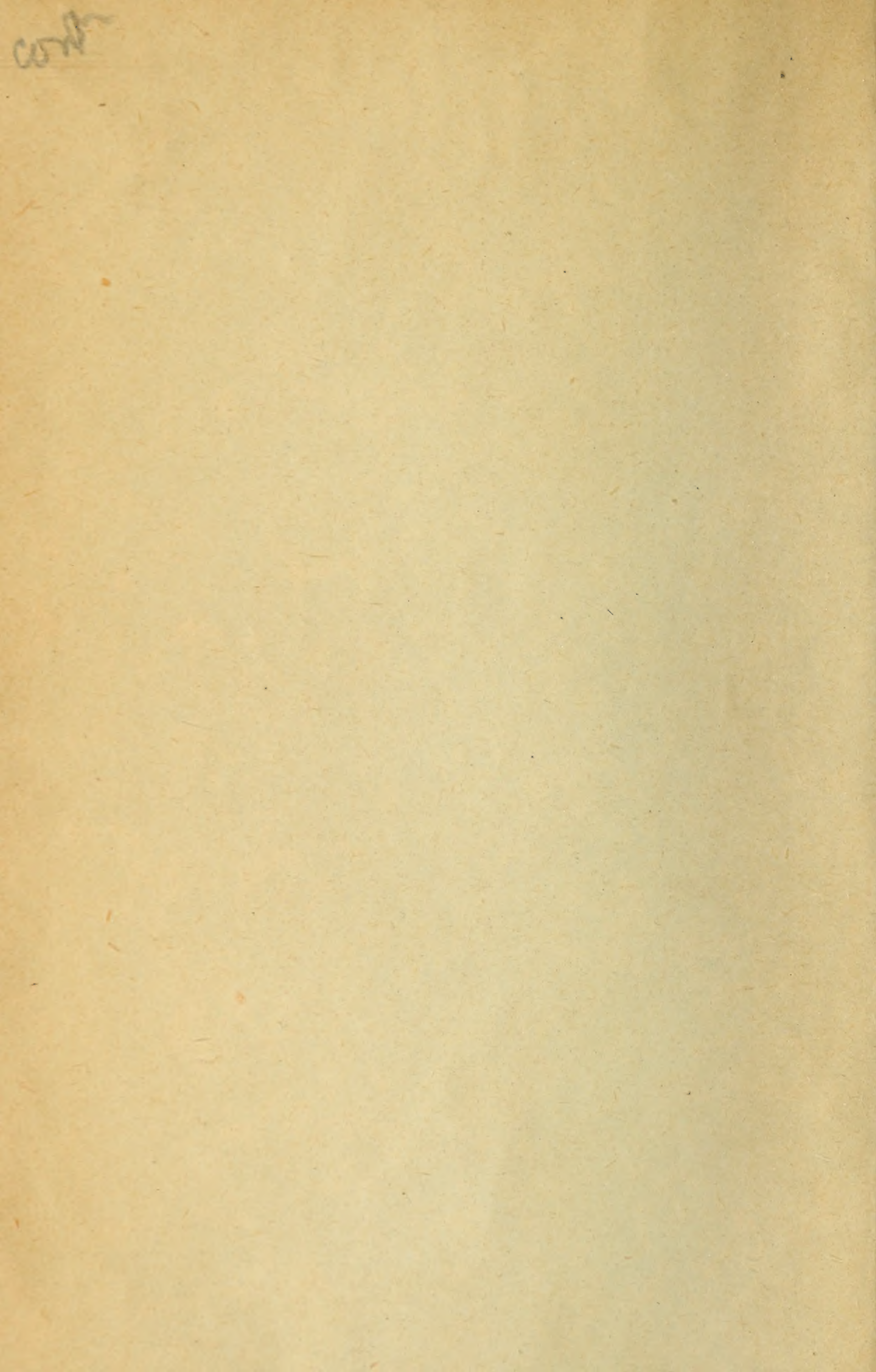

3 1761 08695694 3







LO QUE SÉ POR MÍ

SERIE SEXTA

CONTIENE CONVERSACIONES DE «EL CABALLERO AUDAZ» CON [illegible], LA REMONTA MILITAR DE [illegible], [illegible] HUMILLA, LA GOYA, LA CARIDAD MADRILEÑA, TORRES QUEVEDO, [illegible], PÉREZ [illegible], EL GIGANTE [illegible], EL MAESTRO [illegible], [illegible] ZOZAYA, NATALIO RIVAS, [illegible], EL DOLOR DE LA [illegible], [illegible], EL JOVEN [illegible], GALLO

LO QUE SE POR MI

SERIE SEXTA

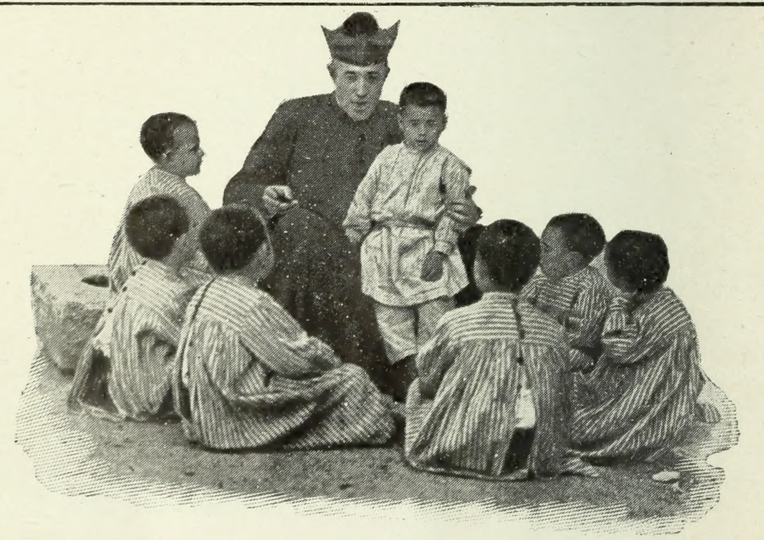
CONTIENE CONVERSACIONES DE «EL CABALLERO AUDAZ» CON JULITA FONS, LA REMONTA MILITAR DE JABALQUINTO, ORTEGA MUNILLA, LA GOYA, LA CARIDAD MADRILEÑA, TORRES-QUEVEDO, ROSARIO PINO, PÉREZ ZÚÑIGA, EL GIGANTE VENDÉEN Y EL ENANO DON PAQUITO, EL MAESTRO VILLA, GIOCONDA, ANTONIO ZOZAYA, NATALIO RIVAS, EMÉRITA ESPARZA, EL DOLOR DE LA INFANCIA, LOS PASOS DE UN BAILARÍN O LA DANZA DE LA MUERTE, EL JOVEN SILVELA, GALLO.









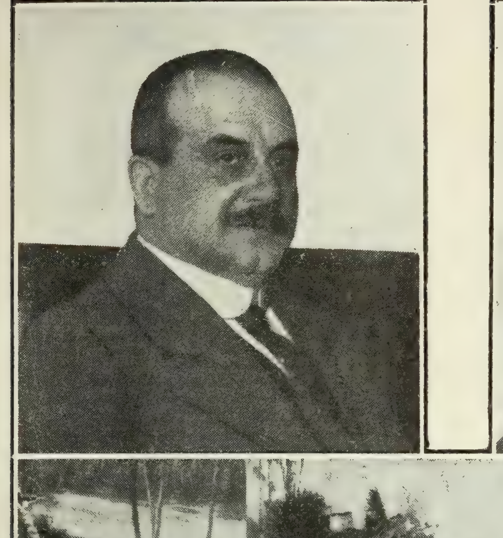






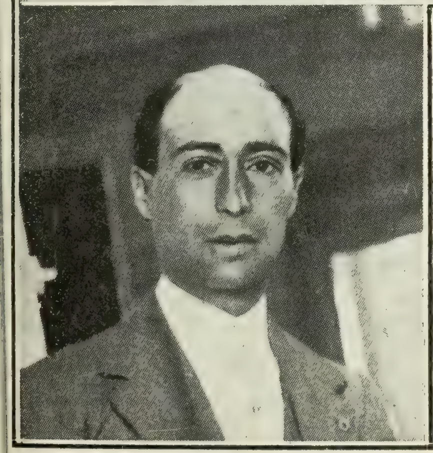














LO QUE SÉ POR MÍ



EL·CABALLERO·AUDAZ
[José María Carretero]
LO·QUE·SÉ·POR·MÍ
(Confesiones del siglo)
Serie sexta.
179369.
7.4.23
EDITORIAL·MUNDO·LATINO
·MADRID·
RIOVER

Tipografía Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-76 M

A D. Torcuato Luca de Tena.

Ilustre amigo: Este libro mío, donde se reflejan vidas de luchadores a quienes el triunfo ha sonreído, se lo dedico a usted con toda mi simpatía por usted, y por su tenaz y grande obra de cultura y de periodismo.

No siempre como ahora usted y yo hemos estado unidos por una recíproca amistad. Más de una vez hemos combatido en opuesto campo; pero aun cuando la diferencia entre nuestras ideas era más intensa, hemos sabido respetarnos como adversarios leales, luchando noblemente.

Usted ha tenido siempre, para mi más sincera estimación, la característica de ser uno de los hombres-tipo representativos de todo calvario, y el dolor y la fuerza espiritual que hacen falta en

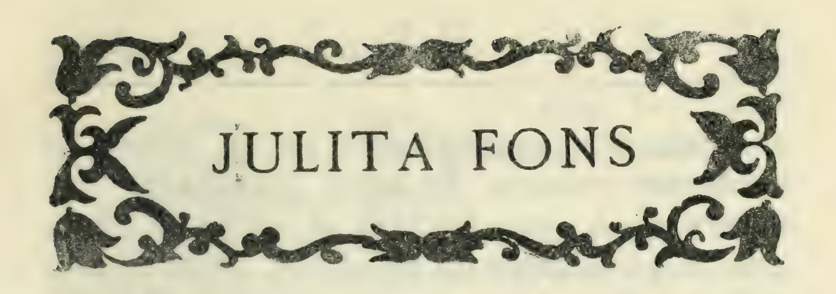
España para llegar a hacer algo en bien de España misma.

Usted con sus periódicos, como yo con mis libros, queremos hacer y dejar una obra que perdure en el espíritu popular. Y en lugar de hallar nobles facilidades para ello, la envidia, la ruindad y la indiferencia de los demás ha intentado malograr su empeño muchas veces.

Usted ha peleado, ha sido combatido, y a la postre ha sabido vencer contra esa estulticia y esa baja pasión que en España salen al paso de todo noble propósito, y que para el mío de escritor y de artista no tienen ni tendrán jamás otro valor que el de esos ladridos con que los encadenados de las cortijadas quieren en vano asustar a los hombres libres que van por el camino.

Por ello, porque ha sabido usted combatir y despreciar y triunfar al fin, reciba, con el testimonio de mi admiración, los votos de mi amistad.

EL CABALLERO AUDAZ.



JULITA FONS

La contemplábamos detenidamente, buscando en su belleza las armas de seducción con que triunfó siempre...

Y... Julita Fons no es una belleza perfecta. Tiene unos divinos ojos, muy negros y muy sonrientes; un cutis de alabastro con transparencias rosadas; una cabecita muy original cubierta con sortijas de ébano, y una nuca deliciosa... Nada más...

Y, sin embargo, Julita es seductora, irresistiblemente seductora, como si fuera la misma perfección hecha carne. Es una mujer que cuando habla o ríe suena a música...; una música cristalina y blanda que nos produce el mismo efecto de una mano de armiño que rozara y acariciase nuestra sensibilidad... Recordad que hay muchas mujeres que, sin ser

absoluta e impecablemente bellas, poseen el hechicero encanto de estar iluminadas por dentro... A este hechizo el vulgo le llama *gracia*, atractivo o un *no sé qué*. Nada de eso: es luz... Hay otras que, a pesar de la corrección de sus facciones, no dicen nada, no inspiran ningún madrigal: SON OPACAS.

La señorita Fons pertenece a ese pequeño grupo de mujeres iluminadas... Es la mujer-luz que atrae, que sugestiona, que fascina. «La señorita Fons es un poquitín peligrosa.»

Esto pensaba yo mientras el camarada Campúa la invitaba a *posar*...

—Natural; así, sonriendo—le decía Campúa...

¡Caramba a lo que le llamaba Campúa «natural»!... A una sonrisa tentadora llena de seducción... Y la señorita Fons sonreía... sonreía.

—¿Es usted feliz, Julita?...—la pregunté.

—Yo, en lo que cabe... ¡sí!... Claro que no del todo, porque la felicidad plena y completa no existe... En relación con otros momentos de mi vida, soy ahora más dichosa que nunca...

Y terminadas ya las fotografías, dió un saltito de gata de Angora y vino a sentarse en el sofá, al lado de nuestra butaca...

Estábamos en el coquetón y lujoso gabinete

de su casita... A pesar del calor, los suelos estaban cubiertos por gruesas alfombras... Ella nos explicó el motivo...

—En esta casa hace más calor, porque yo no quito en todo el año las alfombras..., porque...

Dudó un momento... Al fin decidióse, haciendo mohines encantadores.

—... yo por casa ando siempre descalza...

—¿Sin zapatillas?...

—Y sin medias ni nada... Completamente descalza... ¡Oh!... ¡Da mucho gusto andar así! Yo envidio por esto a los golfillos de la calle.

Reímos.

—¿Cómo es que se separó usted de la compañía del Reina Victoria antes de terminar la temporada?...

—Porque a mí me gusta descansar en verano, y, claro, como no pensaba acompañarlos a provincias, no me repartieron papel en la última obra... Y para estar veinte días sin trabajar y cobrando, prefería pasarlos en mi casa.

—Y en la temporada próxima, ¿vuelve usted al Reina Victoria?

—Creo que sí... Estamos en tratos sobre el sueldo: que yo quiero ganar más que este año.

—¿Cuántos años hace que debutó usted en el teatro, Julita?

—Debuté en octubre de 1899, en el teatro de la Zarzuela, con la obra de los Quintero *Los borrachos*.

Y Julita hablaba con gracioso ceceo andaluz, que me hizo exclamar:

—No puede usted negarlo.

—¿El qué?...

—Que es usted sevillana...

—Y a mucha honra: nacida hace treinta años en la calle de San Eloy, número 35... ¡Qué bonita es mi tierra!... ¿verdad?

—Verdad... También tiene luz como usted... ¿Y a qué edad vino usted a Madrid?

—Tendría ocho años... Levantaron mis padres la casa de Sevilla y nos instalamos aquí... Mi hermana Elena se dedicó a la ópera... Y yo, aunque era muy pequeña, me moría de envidia... ¡El teatro era mi sueño dorado!... Se lo juro a usted: no me dormía una noche que no soñara con que era una gran artista y con que el público me aplaudía... y yo saludaba y me echaban palomas y flores... En vista de mi inclinación decidida, cuando fuí mayor resolví dedicarme al teatro; pero como yo no tenía condiciones para cultivar la ópera, pues siempre he sido un grillo cantando, me agarré al «género chico»... Mis padres se opusieron durante muchísimo tiempo... Si se hablaba en

casa de esto, se perdía algún que otro cachete que me encontraba yo... Hasta que al fin, ante mi tenacidad, que era ya una locura, a última hora accedieron. ¿Qué tenían que hacer?... Los que más me ayudaron para que debutase fueron el maestro Jiménez y los Quintero...

—¿Y salió usted al escenario de la Zarzuela sin haber trabajado nunca?...

—Yo ya había salido al público dos veces con aficionados.

—¿Y debutó usted con *Los borrachos?*...

—Sí.

—¿Y saldría usted al público con un miedo enorme?...

—¡Quiá!—rechazó—. Ninguno. La ignorancia... No hay nada más valiente que los quince años... Desconocía el peligro. Salí al escenario como si estuviera en mi casa... Y después estaba siempre deseando salir a escena... Yo, con una inconsciencia supina, cogía en los repartos lo que me daban. Me era igual que fueran papeles de la Arana que de otra...

—¿Y la aplaudían a usted entonces?...

—Sí, mucho.

—¿Qué sueldo cobraba usted?...

—Me daba el maestro Caballero cincuenta duros al mes... ¡Oh!, y yo encantada... Había muchas que debutaban sin sueldo...

Hizo una pausa...

—Una de las razones por que yo le he tenido tanta afición al teatro, es porque siempre he creído, y creo, que la mujer debe procurar por todos los medios posibles ganarse la vida, pues ésta es la base de su independencia.

—De todas las obras que ha hecho usted, ¿cuál es la que más le gusta?

—La que más me gusta hacer es *La Divorciada*...

—¿Y en cuál obtuvo usted mayor éxito?...

—¡Oh!, en *El Conde de Luxemburgo*.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted?

—El día en que estrenamos *La niña de las muñecas*. Yo no trabajaba hasta el segundo acto, y figúrese usted que durante el primero *menearon* la obra de lo lindo... ¡Dios mío, con qué miedo salí yo a escena! Y cuál sería mi asombro y mi alegría cuando empezaron a sonar los aplausos en mi escena, y... ¡nada!, desde aquel momento se levantó la obra y fué un éxito...

—Y en su vida íntima, ¿cuáles han sido los momentos más felices que ha tenido usted?...

Hizo un mohín de enojo.

—¡Bah!, esos no le interesan al público...

—¿Y el momento más triste?...

Su carita se nubló amargamente, y...

—El día que murió mi padre.

Respetamos unos segundos de silencio; después...

—En el teatro, ¿nunca se han *metido* con usted?...

—Jamás... Jamás... Nunca... Nunca... Yo ahora le tengo mucho respeto al público; y es que mientras más se trabaja y más nombre se tiene, más se le teme.

—¿Es usted dormilona?...

—Muy dormilona... Me levanto a la una o una y cuarto.

—¿Está usted enamorada?...

—¡Oh!, qué cosas tiene usted... Corramos otro velo...

—¿A quién quiere usted más en el mundo?

—A mi madre...

—¿Pues no tiene usted hijos?...

—No; tengo un sobrinito de diez y siete años, que, por parecerse mucho a mí, dicen que es hijo mío... ¡Ojalá!...

—De todos los teatros en donde ha trabajado usted, ¿a cuál tiene más cariño?...

—A Eslava... Aquella fué la mejor época de mi vida.

—¿Tiene usted mucho dinero ahorrado?...

—No, señor... He ganado mucho; pero tengo muy poco.

—Pues goza usted fama de estar rica...

—Sí, en efecto; pero no es así. Más vale tener esa fama... Guardo lo suficiente para vivir con las comodidades necesarias...

—¿Qué vicio la domina a usted?

—Ninguno. Yo soy una mujer de voluntad... Hace algún tiempo tomaba éter. Me impuse la necesidad de dejarlo y lo dejé.

—¿Es usted caprichosa?

—Un poco.

—¿Es usted cariñosa?

—Regular; según y conforme.

—¿Y ambiciosa?

—Bastante.

—Dicen que tiene usted un espíritu frío y calculador...

—Eso no lo dirá todo el mundo... Yo creo que soy apasionada y romántica a ratos... Claro que no con todo el que me trata.

—¿Y el carácter?...

—Malo... ¡muy malo!... Hay días en que, sin saber por qué, me disfruto un malhumor espantoso... que no me puedo aguantar a mí misma...

—¿Llora usted con facilidad?

—Sí; no me cuesta trabajo; cuando voy al

teatro y veo una obra sentimental, cojo *unas perras* enormes.

—¿Ha amado usted mucho?...

—Muchísimo, muchísimo... Pero corramos otro velo sobre ese tema.

—Vamos a ver, Julita: ¿qué animal le gustaría a usted ser?

Soltó una sonora carcajada.

—No me atrevo a decirlo—murmuró después.

Campúa la animó:

—¿Por qué no?...

—Pues me gustaría ser... gallo.

Y volvió a reír maliciosa y picarescamente.

—¿Por qué?...—la pregunté.

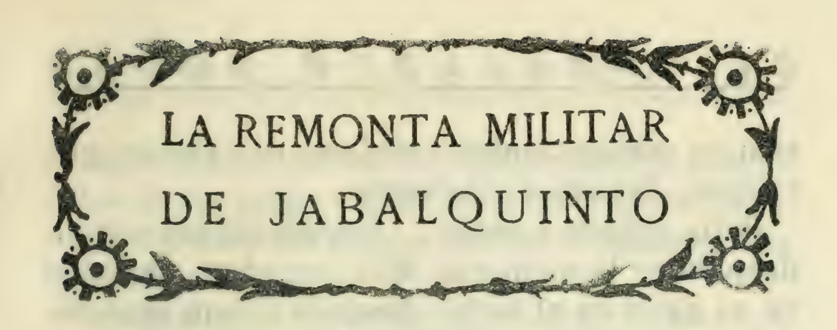
—Psch—labió—, ¡qué se yo!... Porque son unos animales muy bonitos, muy simpáticos, y porque son los primeros que cantan por la mañana... Además, el gallo es un animal simbólico.

—¿Cuál es la ilusión suprema que usted acaricia para el porvenir?...

Entornó los ojos dulcemente, como si en efecto soñase..., y murmuró:

—Llegar sana y fuerte a los sesenta años; tener una finquita en medio de un campo andaluz, y pasar allí los días y los años... hasta que me llame la Muerte...

La voz chillona de Julita parecía el sonido de monedas de oro.



LA REMONTA MILITAR DE JABALQUINTO

Me despertó el toque de diana. Un poco sobresaltado miré en derredor. ¿Dónde estaba?... Todo desconocido para mí. Me incorporé en el lecho, y, ayudado por los cuchillos de luz que penetraban por los intersticios de las maderas de los balcones, fuí buscando en la habitación... Era espaciosa y tenía dos grandes huecos. Paralela a mi cama había otra idéntica, donde dormía un sujeto... ¿Quién era aquel sujeto?... Los muebles eran de pino: dos armarios, dos lavabos, cuatro sillas y dos perchas. De la que estaba a los pies de mi cama pendía una guerrera de coronel de Caballería y una gorra militar. En un rincón había varios sables. Mi ropa yacía amontonada sobre una silla. Fuera, en el patio, jardín o campo, piaban legión de pája-

ros: un monorrítmico concierto de aviones, gorriones, jilgueros y palomas.

Pero, ¿dónde estaba?... Seguía sin conseguir despabilar la memoria. Mi compañero de cuarto se agitó en el lecho, después dió un resoplido y alzó la cabeza. Entonces pude ver que era...

—¡Campúa!—le grité.

—¿Qué hay?—me contestó algo sobresaltado, entreabriendo sus párpados cargados de sueño.

—¿Dónde estamos?

—Pero, hombre, ¿no sabes dónde estamos?

—No caigo.

—¡Qué gracia tiene! ¡Pues estamos en... Melilla!...

—¡Caramba! ¿En Melilla?...

—No; espera, que creo que no estamos en Melilla. ¡Ah! ¡Ya!... Este es el cortijo que la Remonta Militar tiene en Jabalquinto. Se llama *Dehesa de Isnadiel.*

—¡Es verdad!—exclamé yo, recordando todo.

Y estábamos allí, porque entre los buenos amigos que tenemos Campúa y yo hay un simpatiquísimo oficial de Caballería que se llama don Andrés Pérez Peinado. Este bizarro militar, que se ha batido en Marruecos como los mejores, estaba ahora destinado al cuarto Establecimiento de la Remonta, que está situado en el

término municipal de Torreblascopedro, a unos ochocientos metros de la estación de Jabalquinto. Hace unos dos meses nos lo encontramos en Madrid.

—Aquello es muy hermoso—nos dijo—. ¿A que no sois capaces de coger el tren y marcharos allí a pasar una temporada?...

Nos miramos Campúa y yo. La invitación era tentadora. Peinado, dueño de nuestra debilidad, insistió:

—¡Ya veréis qué bien os sienta!... ¡Qué caramba!... Así descansáis unos días... Allí hay de todo.

—¿Cuál es la mejor época para visitar aquello?...—pregunté yo, alentado por la tentación.

—El mes de mayo—me contestó.

—Pues en este mes de mayo te prometo que iremos. ¿Verdad, Campúa?

—Iremos—asintió mi compañero.

Y llegó el mes de mayo. Sus últimos días, una tarde de esas que se tienen ansias de aire y de campo, le pusimos un telegrama a nuestro amigo, y después nos metimos en el tren pensando en Iznadiel.

Y allí estábamos desde el día anterior.

Mis rememoraciones fueron interrumpidas por unos golpecitos dados en la puerta del dormitorio.

—¡Adelante!...—gritamos a un tiempo Campúa y yo.

Era un soldado.

—Buenos días. ¿Desean los *señoritos* que *le sepille* la ropa?...—nos preguntó con marcado acento andaluz.

—¿Qué hora es?—le pregunté.

—*La* seis...

—Caramba, ¡es muy temprano!

—Ya se han levantado el capitán Bello y el teniente Peinado...

Era una razón.

Nos cepilló la ropa, y saltamos de la cama. Yo abrí uno de los balcones. La luz entró a raudales, lastimando nuestra vista. Ya era el cielo un manto de azul cobalto, salpicado con algunos vellones de blancas nubes que se ensanchaban y parecían andar lentamente. Allá, a lo lejos, sobre un cerro, se alzaba Jabalquinto, como un montón abigarrado de casas rodeando una torre. Delante de nuestros balcones, en el patio del cortijo, varios soldados trajinaban, trayendo agua, ensillando caballos, limpiando potros. La falda del caserío se extiende en hondonada, y poco a poco se abre la amplia hoja de la vega, sembrada de cebada y habas. La tierra es rojiza, y allá, en el fondo, pasa el río Guadalimar, custodiado por una do-

ble fila de álamos, que, agobiados sobre las márgenes del río, parece que quieren mirarse en las serenas aguas.

Eran las siete. Un tren resbalaba raudo por la campiña, como una franja negra escoltada de humo. Conmovía los campos. ¡Bellísimo aquello!...

Ya en el lindo comedor nos esperaban los capitanes Bello, Abreu, Ledesma y nuestro amigo Peinado. Se cruzaron unas cuantas bromas. Donde hay militares hay alegría. Todos éramos jóvenes.

—Mi capitán—le dije a Bello—: ¿A qué hora se toca diana?...

—A las cinco. Qué, ¿se despertó usted?...

—Sí, señor... Y yo le agradeceré que dé orden de que mañana la toquen con violín.

Rieron la chirigota.

—A desayunar—gritó el capitán Ledesma, gentil y simpático—. Que los caballos están ensillados esperándonos para dar un paseo.

Yo tomé asiento al lado del capitán Bello. En el centro de la mesa había un gran timbal de migas a la andaluza.

—Cuánto va a sentir el coronel Nogueras no haber estado aquí—dijo el capitán Bello.

—¿Dónde está?...—pregunté.

—En Sevilla, comprando ganado. Como es

el que manda este Establecimiento, y es persona muy competente para esta clase de servicios, él mismo va a las ferias a hacer la selección de potros.

—Entonces, ¿ahora el cortijo está a cargo de usted?—inquirí.

—Sí, señor... Cada año está a cargo de un capitán, llamado *de campo*, el cual dirige las faenas agrícolas con arreglo a las órdenes que recibe de los jefes del Establecimiento. Este año estoy yo de servicio.

—¿Qué personal tiene usted a sus órdenes?...

—Un oficial, que es el amigo Pérez Peinado; un profesor veterinario, un brigada, y entre sargentos, cabos y soldados, unos ochenta hombres.

—Entonces, ¿en esta dehesa se crían todos los caballos del Ejército?

—No, señor; se recría la cuarta parte, porque hay tres análogos a éste. Aquí todos los años compran alrededor de cuatrocientos potros de dos y tres años, los cuales, al cumplir los cuatro, son destinados a los regimientos de Caballería por la Dirección de la Cría Caballar y Remonta, de quien depende esta clase de establecimientos. El ganado aquí está dividido en grupos de setenta a ochenta y cinco caballos, llamados piaras, que están a cargo de un cabo-

mayoral y tres soldados potreros. Para las faenas agrícolas tenemos catorce yuntas de bueyes, recolectándose abundantes cosechas de cebada, habas y yeros, que cubren en parte las necesidades del cortijo.

—¿Y ganado lanar?...—pregunté.

—También tenemos unas cien cabezas de ovejas y corderos. El ganado pasa invariablemente todo el tiempo en el campo, de día y de noche; así adquiere la fortaleza y sobriedad tan necesaria al caballo de guerra, dando después excelentes resultados, como lo prueba la campaña de Marruecos, donde el número de bajas es muy pequeño comparado con las penalidades que tienen que sufrir.

—Y este cortijo, ¿qué extensión tiene?

—Unas dos mil fanegas, aproximadamente.

—¿Es propiedad del Estado?...

—No, señor; es de un particular, y el Estado lo tiene en arrendamiento.

El timbal de migas quedó deshecho. Encendimos unos cigarros y bajamos al patio. Allí el profesor veterinario, D. Tomás López, con un delantal de dril puesto, estaba vacunando las ovejas.

—Esta vacuna es contra el carbunclo—me dijo Bello.

La operación es sencilla. Dos soldados co-

gían de la manada una de las ovejillas, que balaban plañideras, la sujetaban por las patas y el profesor le inyectaba en un muslo el suero. Un segundo en cada una. El coro lastimero era ensordecedor.

—Este caballo es para ti—me dijo Peinado—. Se llama *Huracán;* corre mucho.

Era un alazán cruzado, largo y alto. Tenía la cara alegre, y trajinaba con los dientes por inutilizar el filete de acero... ¡Bonito caballo! Monté. Ya los demás partían en fila, y yo los seguí.

—Vamos al río a ver pasar la yeguada—propuso Ledesma.

—Vamos—dijimos varios.

El campo era aquel día luz, serenidad, perfume, esplendor. Las amapolas saltaban en el suelo como gotas de sangre... El jaramago, triste y amarillo, las acompañaba...

Llegamos al río... Había que atravesarlo por el vado...

—Seguidme a mí—gritó Pérez Peinado desde su caballo—y no miréis a las aguas...

Uno tras otro fueron entrando los caballos en el río... Braceaban ruidosamente sobre las aguas, levantando montes de espuma. A la vista, la corriente, al deslizarse brava bajo nuestros pies, daba la sensación de arrastrar al ca-

ballo; pero, no: los caballos seguían caminando seguros por el vado.

—No os echéis a la derecha—gritaba el oficial.

Por fin llegamos a la orilla. Allí pastaba la yeguada. Al acercarnos, casi todas las bestias levantaron la cabeza y nos miraron con atención... Había preciosos ejemplares.

—¡Que pasen el río!

El potrero les dió unas cuantas voces:

—¡Ale!... ¡Ale!... ¡Ya..., ya..., ya!

Sonaron los cencerros... Estaban un poco reacias; pero al fin saltó una al agua, y tras ella todas las demás. ¡Más de ochenta yeguas atravesando el río! Iban a nado, hundiendo el cuerpo en las aguas, todas muy juntas, como una superficie de cabezas que llenaran el cauce.

De allí fuimos a visitar las ovejas, el rebaño dócil y quejumbroso, que, apiñado, se extendía en el valle como una enorme piel de lana sobre la esmeraldina alfombra de la vega.

Y como cuando recordamos era la hora de yantar, a buen galope de nuestros corceles tornamos al caserío.

—¿Qué le ha parecido a usted?—me preguntó el capitán Bello.

—Es tan grata la impresión que me ha producido todo esto, donde se advierte el más es-

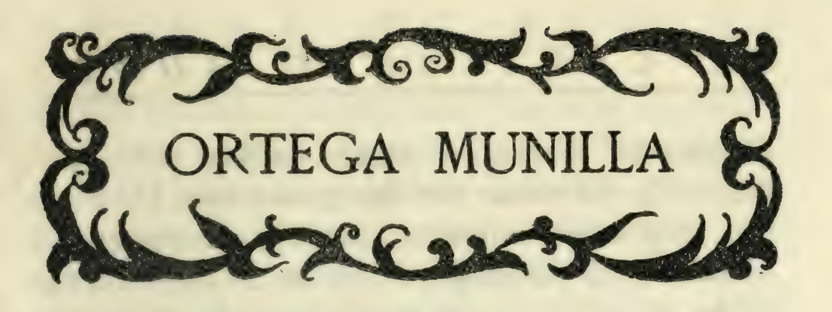
crupuloso desvelo de los que lo dirigen, que escribiré algo sobre Iznadiel—contesté.

—¡No, eso no!—protestó Pérez Peinado—. Tú no has venido aquí más que a distraerte unos días.

—Mi más agradable distracción es escribir con sinceridad lo que siento.

—¡A comer!—gritó Ledesma—, que nos espera un banquete dirigido por el acreditado sibarita Pérez Peinado...

Y nos sentamos a la mesa.



¿Nos habíamos equivocado? ¿Esperaríamos en balde?

La portera nos había dicho que en aquel piso vivía don José Ortega Munilla; la doncellita, sonriente, lo había ratificado, y nos introdujo en aquella habitación mientras «pasaba nuestra tarjeta al señor». Pero ¿era posible que aquel despacho, pequeño como una caseta de Consumos y modesto como el de un alcalde de barrio, fuese el despacho del gran maestro don José Ortega Munilla? Nos resistíamos a creerlo y temíamos, el gran maestro Campúa y yo, que se repitiese aquella célebre y divertida *plancha* que hicimos en Barcelona. La recordamos con horror. Fué hace un año. Buscábamos al dramaturgo catalán Iglesias por todas partes. Al fin, un amigo nos dió la que

él creía su dirección: paseo de San Juan, número tál. Al punto nos dirigimos allí. Un poco nos sorprendió encontrarnos con un *garage* de alquiler; sin embargo, como en el espíritu catalán se armonizan perfectamente las más opuestas aptitudes—escritor y comerciante o industrial, pintor y poeta—, aceptamos para nuestras mientes que Ignacio Iglesias, entre drama y drama, examinase el motor de un *auto* o le tomase la cuenta a un *chauffeur*.

Preguntamos por el señor Iglesias.

—El señor Iglesias—nos respondió el portero—está en su despacho; pasen ustedes.

Y penetramos dando saltos, como en una carrera de obstáculos, por entre los neumáticos y los bidones de gasolina, en un despacho en donde estaba sentado un señor a quien, por su barba negra y su pelo ondulado, encontramos algún parecido con el autor de *Los viejos*, que por fotografía conocíamos. Tomamos asiento. Yo le llamé maestro. Campúa le dijo que aquí en Madrid sería muy bien recibido. Nuestro visitado aceptaba encantado todo y se atusaba la barba con deleite. Hicimos veinte fotografías. Una, conduciendo un automóvil. Otra, hojeando la guía Michelin—no tenía otro libro a mano—. Otra, conversando conmigo. El hombre estaba un poco extrañado, pero se

dejaba hacer... ¡La vanidad humana no tiene límites! Creía el buen señor que su fama de alquilador y representante de automóviles había llegado hasta Madrid. Después empecé yo mis preguntas. Primero, los detalles biográficos. Había nacido en Pamplona; tenía tantos años; de pequeño fabricaba butifarras, etc. Al fin, le pregunté:

—¿Cuál es la última obra que ha hecho usted?

—La va usted a ver—me contestó—. *La suspensión ideal*.

Y cuando esperábamos que nos enseñase un manuscrito, nos mostró dos horribles pepinos de acero de esos que se acoplan en las ballestas de los automóviles. Entonces me asaltó la duda cruel.

—No, si yo me refiero a obra de teatro; algún drama—insinuamos.

—¿Drama?... ¿Drama?... He tenido varios. El último fué un choque en el paseo de Gracia. Hubo un muerto y dos heridos.

—¡Pero, señor!—inquirí yo aterrado—: ¿Usted no es el dramaturgo catalán don Ignacio Iglesias?

—¡Oh, no, señor!—aclaró él con flema—. Yo soy Joaquín Iglesias. Nada más que Joaquín Iglesias.

Comprenderás, lector, que creímos morir de estupor.

¿Nos ocurriría otro tanto en esta visita a Ortega Munilla?

Nuestra mirada escudriñaba por todas partes buscando un detalle que nos dijese: «Sí, aquí vive el que durante más de treinta años dirigió *El Imparcial*, el que fué muchísimo tiempo eje de la vida nacional, el ilustre periodista alrededor del cual giró toda la política española, el que con un artículo derribaba un Gobierno, el que ponía su vistobueno a Gabinetes políticos, el que desdeñaba carteras, el insigne escritor que era halagado por todos los gobernantes; sí, aun vive, y aquí vive, aunque te sorprenda.»

Ni un retrato, ni un recuerdo de aquellos días de gloria.

La mesa era una pobre mesa sin historia, de lo más modesto; sobre ella había papeles, algún libro y unas grandes cuartillas. Hasta que algunas notas que había escritas de puño y letra del maestro admirado nos trajeron al fin el triste convencimiento de que nos hallábamos en la casa, en el despacho de don José Ortega Munilla. ¡Oh! Y nosotros, que somos jóvenes, que amamos nuestra profesión, que acariciamos esperanzas sobre el porvenir del periodis-

ta honrado y trabajador, hemos sentido una inmensa pena, un profundo desaliento ante este ejemplo del eximio escritor, del hombre bueno que en tenaz y dura pelea conquistó en los campos de batalla del periodismo el grado de capitán general. Hoy, a los sesenta años, Ortega Munilla tiene necesidad, para vivir, de escribir tantas cuartillas como un mozo que comience a abrirse camino en las letras, y está refugiado en este piso humilde y en este despacho de estudiante. Esta jubilación no es muy ventajosa. Aprendamos, queridos compañeros. Pongamos toda nuestra alma al servicio de esta pícara profesión, que... ¡ya recibiremos el pago!

Y de nuestras meditaciones y perplejidades nos sacó la presencia de don José Ortega Munilla. Alto, recio; más que de escritor tiene aspecto de *lobo marino* por su color tostado, sus manos formidables, su luchana gris, su mirada franca y noble, sus gestos bondadosos, que denuncian un alma sana, infantil, y su grande pipa de tabaco inglés.

—Le dejé a usted la elección de la hora—empezó diciéndonos—, además de por cortesía, porque yo permanezco casi todo el día en casa; apenas salgo, y cuando lo hago, es a visitar mis nietecillos.

—Bien, maestro; hace usted vida de santo. Empecemos nuestra conversación recordando cuando usted era nietecillo.

Ortega Munilla hizo un gesto de asombro:

—¡Caramba, nos vamos a remontar al Diluvio!

Después sacó del cajón una tabaquera y cargó su formidable pipa; la encendió, y, tras de acariciar con su enorme mano su amplia frente y su cráneo completamente despoblado de cabello, exclamó:

—Pregúnteme usted, *Caballero Audaz*, que yo procuraré decirle cosas que no le he dicho todavía a nadie.

—¿Dónde nació usted?

—Soy cubano; nací en Cárdenas; pero mis padres eran españoles.

Hizo una pausa; yo le dejé recordar.

—A los pocos meses de nacer—prosiguió—me trajeron a Madrid, y yo madrileño me considero. Aquí estudié. Soy abogado, como todos los españoles; pero jamás he ejercido la carrera. Mi gran afición era, y... lo es todavía, el periodismo.

—¿Y cómo se manifestó en usted esta afición?

—Verá usted: Mi padre era periodista en periódicos que no cito porque ya no se acuerda

nadie de ellos; sin embargo, yo, cuando niño, tenía un horror tremendo al periodismo. Es más: le tenía rencor; porque en aquel período de la revolución de septiembre—apenas contaba yo nueve o diez años—se cultivaba un periodismo agudo y violento y audaz. Algo de lo que ocurre ahora. El periodista activo estaba en constante peligro. Los artículos había que sostenerlos con la punta de la espada o purgarlos en los calabozos de la cárcel. ¿Comprende usted mi horror hacia el periodismo? Pero las circunstancias me llevaron a él. Es curioso. Yo iba a ser cura por cierta vocación o entusiasmo mío, y seguí los estudios eclesiásticos en los seminarios de Cuenca y Gerona durante cinco años. Por eso sé tanto latín; lo único que sé es latín. Mi padre era redactor jefe de *El Tiempo*, y un día, durante unas vacaciones, se me ocurrió escribir unas cuartillas. Se publicaron, y el artículo gustó. Y aquella tentación—que debió ser cosa del diablo para apartarme de la carrera eclesiástica—varió por completo mis tendencias. Dejé la carrera de cura y me agarré a la de abogado, promiscuando con el periodismo. Claro que, para mis adentros, pensaba yo que cultivaría la literatura hasta el punto y hora que terminase mi carrera, pues tenía decidido entregar-

me a ella; ¡pero, amigo mío, el periodismo posee la seducción de una mujer bella y peligrosa!

Estas últimas palabras del ilustre ex director de *El Imparcial* fueron dichas con sentenciosa amargura.

—Pues bien—continuó—: Entré en *El Imparcial* de noticiero de guerra, mejor dicho, del Ministerio de la Guerra. Aquello no me hacía feliz. Y lo dejé porque no me gustaba buscar noticias. Al poco tiempo entré en *Los Debates*, y allí tuve la suerte de destacarme.

—¿Cómo?

—Un buen día se concluyó el folletón extranjero que se venía publicando. «Hombre—me dijo el director—, nos hacía falta un cuento para esperar el otro folletón.» «Pues yo tengo uno—le dije—. Se titula *La cigarra.*» Lo leyeron. Agradó mucho y comenzó a publicarse. Tenía dimensiones como para tres días de folletín; pero, amigo mío, fué un éxito, y el director me dijo: «Eso hay que seguirlo»; y así llegó a ser novela lo que sólo iba a ser cuento.

—Tras de esto entró usted en *El Imparcial*.

—Sí, señor; por entonces vino la escisión de *El Liberal*. *El Imparcial* se quedó casi sin gente, y Castro y Serrano me llamó y me dijo que si quería hacer las crónicas de «Los lunes de

El Imparcial», que entonces hacía nada menos que Fernández Flores.

Hizo un amargo silencio el admirable maestro, y después murmuró tristemente:

—Y en *El Imparcial* estuve treinta y tantos años.

Calló; cargó de nuevo su pipa y murmuró como pensando en voz alta:

—La vida es muy compleja, hay que olvidar.

—¿Y por qué salió usted de *El Imparcial?*

—La vida que yo hacía allí era mortal. Entraba en mi despacho a las nueve de la noche en punto, y salía a las doce horas. Había prescindido de todo para entregarme en alma y vida a mi amor, que era el gran diario. Tuve a mi alcance cargos políticos y no me sedujeron. Yo no intervenía en cuestiones de la política sino como periodista testigo de ellas. Cuando salí de *El Imparcial*, a las dos Cortes siguientes dejé también de ser diputado.

—¿Y al desaparecer su influencia en la vida pública, habrá usted recibido muchos desengaños?

—No lo crea usted—rectificó bondadoso el maestro—. Yo estoy obligado a restaurar un poco el concepto humano, pues ahora que no soy nadie recibo muy delicadas muestras de consideración de las gentes.

—¿Y libros?

Durante mi labor periodística publiqué más de veinte volúmenes. De todos ellos, el preferido por mí, mejor dicho, el que menos me disgusta, es *El tren directo*, novela que fué muy elogiada por *Clarín*. Mis dos maestros de diario estudio han sido y son Balzac y Galdós. Por consejo de los médicos, a la salida de *El Imparcial* me fuí a Vitoria, y allí tengo mi casa, mis libros y mis elementos de trabajo.

—¿Y trabaja usted mucho?

—Casi todo el día. Lo necesito para comer, y además que tengo la misma afición, el mismo entusiasmo que cuando mozo. Escribo a máquina hasta el punto que no puedo escribir a mano. Muchas veces para una carta delicada que quiero vaya de mi puño y letra, tengo primero que hacer el borrador a máquina. Yo guardo la idea de un periódico diario ideal. Un periódico que yo hago mentalmente todas las mañanas con los acontecimientos del día.

—¿Qué le produce a usted la literatura?

—Unas ocho o diez mil pesetas al año, y eso por la colaboración americana. Y le voy a contar a usted la forma curiosa de cómo empezó mi colaboración en *La Esfera*.

—La sé, maestro; pero cuéntela usted.

—Yo muchas veces dudo de mí. ¿Estaré ya

tonto y sólo se apreciará de mis artículos la firma por la velocidad adquirida? Entonces, para convencerme, recurro al incógnito y echo una calicata por ahí a ver si estoy anticuado. A lo mejor acudo a un concurso enviando un trabajo, o mando a un periódico una crónica con un seudónimo. Pues bien: leía yo en Vitoria *La Esfera* asiduamente, y, ¿por qué negarlo?, me encantaba, y leyendo las interviús del *Caballero Audaz*, se me ocurrió otra sección de interviús con los muertos. Escribí la primera, la firmé con el seudónimo de *Claro de la Plaza*, y la remití a «Prensa Gráfica». Y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con ella publicada al poco tiempo. Mandé varias más y fueron saliendo rápidamente. Esto hablaba muy bien de *La Esfera*, pues demostraba que ustedes leían los originales de desconocidos, cosa que no se hace en todos los periódicos. Al fin, cuando *Claro de la Plaza* era un personaje, rompí el incógnito. Y ahí tiene usted cómo a los sesenta años me proporcioné las delicias del *debut*. Todo muy ingenuo, muy sencillo, que así es mi espíritu; no me enterrarán con ningún tricornio, banda o espadín, sino con la chichonera, pues vivo en niño toda mi vida.

—¿Y de libros? ¿Qué prepara usted?...

—Varios... ¿No ve usted que yo no hago más que escribir?... Produzco mucho.

—¿Y con facilidad?

—Sí, con gran facilidad; yo, desde luego, escribo mal, muy mal; pero escribo de prisa y sin tropiezos, como si dictara... Tanto es, que la mano resulta un freno para las ideas... Pues de libros, ahora estoy preparando una serie de cuatro volúmenes, que contendrán todas las impresiones de mi viaje a América, y que lleva el título de *Un viaje a las tierras del Plata*, muy interesante. Además, tengo tres novelas escritas y dos o tres colecciones de cuentos...

—También he leído que está usted próximo a debutar como autor dramático. ¿No?

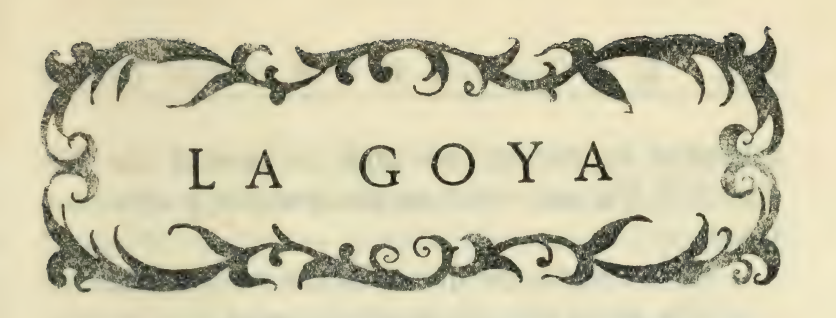
—Sí, señor. El porqué ya lo he relatado en *El Día*. En efecto: Fernando Mendoza tiene para estrenar en esta temporada una obra mía títulada *Soñaba el Rey*... Y, mire usted qué coincidencia: Escribí esa obra en el mes de mayo, antes de todos los lamentables sucesos que después se han desarrollado, y, sin embargo, parece que me la han dictado esos sucesos... Así es que hoy tiene una actualidad enorme.

—¿Qué opina usted de la Academia?

—A mí me parece que, con todos sus errores, es una de las pocas instituciones que en Espa-

ña están bien organizadas. Y me parece muy bien, asimismo, que se discuta a la Academia y a los que la formamos; las figuras y los prestigios deben ser discutidos. Eso de los castillos encantados no debe existir. Nada de eso. Yo soy periodista en medio de la calle; ¡ahí! Que unos digan que soy malo y otros que soy bueno. Lo espantoso es que todos estén de acuerdo sin saber por qué.

Era ya de noche.



LA GOYA

En el dintel de aquella habitación con atavíos árabes me detuve un momento a observarlo todo y a saturarme plenamente del fuerte perfume exótico que la aromaba.

—¿Esta es la célebre habitación?—pregunté.

—Sí—repuso Aurorita—. Se habló tanto de ella, y ya ven ustedes que no tiene nada de particular.

No quise darle el gusto de celebrarla, y me concreté a comentar:

—Huele a sándalo y a incienso.

—Toda mi casa y mi piel huelen a sándalo —contestó la maja—. Es mi perfume predilecto...; y amo el sándalo porque yo soy como él: perfumo el hacha que me corta.

Puso en sus palabras toda la graciosa e in-

trigante intención de una cortesana de Felipe IV. Yo aparenté no enterarme, y ella continuó:

—Es un perfume que fabrico yo misma.

—¿Un poco afrodisíaco?—inquirí.

—Tal vez... Eso no sé... No he tenido ocasión de experimentarlo.

—Y en esta habitación...

—Ya ve usted: es un rinconcito árabe que le llamamos *La Meca*. Se duerme muy bien aquí.

Y al mismo tiempo que decía todo esto, dió un salto de gata y fué a caer con indolencia muy árabe sobre el amplio y mullido diván turco, rociado de ricos cojines de seda y brocado de iglesia, y cubierto con una magnífica piel de leopardo. Y en seguida me invitó, indicándome un sitio a su lado.

—Échese..., échese aquí; verá usted qué bien se está...

Obedecí. Verdaderamente era deliciosa la habitación, con su fuerte perfume oriental, con su dulce luz rosácea y, sobre todo, con su dueña menudita, bella y traviesa, que decía todo con una doble intención encantadora. Vestía una linda bata de crespón de seda color violeta, bordada con tisú de oro; tenía algo de túnica griega, y se ajustaba tan perfectamente a su cuerpo, que lo modelaba como una segun-

da piel. Sus brazos, blanquísimos y redondos como serpientes de alabastro, quedaban al descubierto. Llevaba el cabello suelto. Alrededor de su descote caía el pelo, color oro viejo, tostado por el agua oxigenada. Se había pintado muy poco... Sólo sus magníficos ojos color caoba habían sido sabiamente prolongados por el lápiz azul.

La madre, la tía y una distinguida amiga de la artista—que tiene una suprema elegancia de tísica y unos extraños ojos color ajenjo—habían hecho tertulia con Pepe Campúa alrededor del diván en donde nosotros hablábamos. Saqué mi caja de cigarrillos egipcios, y ofrecí. Todas las damas aceptaron... Y *La Goya,* al mismo tiempo que con una pícara y elegante desenvoltura de mujer francesa encendía su cigarro, me preguntó:

—¿Dónde encuentra usted estos cigarrillos Royal Derby?

—Por ahí—dije vagamente.

—Pues nosotras, para encontrarlos, nos volvemos locas.

—Con esto de la guerra—intervino su tía—, anda muy escaso el tabaco egipcio. Ya no quedan khedives rojos; los dimitrinos se están acabando, y los murattis y los derby están por las nubes.

—¡Ah!—lamentó cómicamente Aurorita—. No sé qué va a ser de nosotras las que nos gusta echar humo.

— Vamos a ver, Aurorita — le pregunté por hablar algo—: ¿Querría usted ser hombre?...

Alzó sus magníficos ojos, tan dulces y tan femeninos, y me dirigió una mirada entre sorprendida y angustiada.

—¡Oh! No, señor *Audaz*—repuso al fin—. Es mucho más cómodo ser mujer, cuando se está entre hombres galantes.

—Y si fuese usted hombre—insistí—, ¿qué querría usted ser?... ¿Pintor, abogado, militar, literato, sereno? ¿Qué?...

Meditó un momento... Después repuso tranquilamente:

—¡Qué sé yo!... No lo he pensado nunca, porque jamás me he sentido hombre. Desde luego, me gustaría ser hombre de talento y valiente, para gustar a *La Goya*.

Decía esto meciendo sus piernas, cruzadas, y haciendo pausas para dar chupadas al cigarrillo.

— Qué pretenciosa es usted — exclamé riendo.

—Y usted, siempre que encuentra ocasión, me da una puntadita. Hoy, sin ir más lejos, en

la interviú de Raquel me llama modista... Esto a mí me hace mucha gracia. Yo soy modista y modesta.

—Eso es un juicio de Raquel que yo no puedo enmendar... Ahora tiene usted ocasión de decirme lo que ella le parece, y en paz.

—Ya lo he dicho muchas veces, y no tengo por qué rectificarlo: una gran artista.

—¿Es usted sincera?...

—Absolutamente sincera. De verdad; le hablo a usted con el alma. Yo, tanto a Raquel como a las demás artistas de primera fila, las encuentro mérito positivo... Y créame usted que todas tienen algo cuando el público las aplaude... Decir lo contrario es tonto.

—Habla usted como una persona feliz.

—¿Pero usted cree que con esta cara se puede ser desgraciada?...

Y se quedó mirándome fijamente con monería deliciosa. Agregó convencida:

—¡Ah! No le quepa a usted duda; las personas saludables, bellas y halagadas por el público, no tienen derecho a ser desgraciadas ni a hablar mal del prójimo... Pues si así fuera, ¿qué íbamos a dejar para esos seres débiles, anormales, defectuosos y enfermizos?... Esos, esos desgraciados sí tienen el derecho, y casi el deber, de amargarnos un poco la vida con

sus murmuraciones, sus bilis y sus maldiciones. Nosotros, los felices, ¡no!...

Fumamos durante una pausa. Ella se recostó más cómodamente.

—Conque feliz, ¿eh?—murmuré yo intencionadamente—. Pues a mí me habían dicho que no era usted feliz.

—¿Por qué?

—Por la huella sangrienta que en su alma había dejado un amor ingrato y doloroso.

—¡Bah!... Las heridas del amor, cuando ya son cicatrices, ayudan a vivir, y a veces traen la felicidad, pues resultan tan honrosas como las recibidas en los campos de batalla...

—Luego entonces..., ¿ya está usted curada de *esa herida?*

—Creo que sí—murmuró lentamente.

—¿Pero llegó usted a quererle?... Me parece a mí...

Me interrumpió con vehemencia:

—Sí, señor; llegué a quererle mucho; más que a nadie... Fueron tres años de idilio; los tres años mejores de mi vida... Todavía le quiero. Ya, ahora, como a una cosa lejana, como a una cosa que ha muerto. Esto, más que un cariño, es una añoranza. Él también estuvo muy enamorado de mí.

—Y... ¿por qué terminaron ustedes?...

—La gente nos ha separado.—Y con distinto tono de voz prosiguió—: Con los toreros ocurre una cosa muy divertida: hay que quererlos a ellos y a sus amigos; de lo contrario, se corre el riesgo de perderlos para siempre.

—¿Y eso?...

—Pues porque todos los amigos del torero se creen con derecho a intervenir en su vida privada y a dirigirlos en cuestiones amorosas... ¡Muy gracioso!... Ellos le aconsejan; no le abandonan un momento, con el fin de que no pueda ver a la novia... Si tiene una cogida, no se culpa de ella a los amigos que le recomiendan que «se acerque», sino a la novia... ¡En fin, delicioso!...

—Vamos, que tener amores con un torero es igual que disfrutarse un tío en Alcalá.

—Igualito. No obstante, yo, para ese hombre, guardo mis mejores recuerdos... Él tenía la obligación de haberse casado conmigo; no lo hizo, y, sin embargo, yo le quiero y no le guardo rencor. Sé que vive una vida triste, aislado, sin amigos, acosado por los prejuicios y preso en una quimera amorosa, y me inspira lástima, una profunda lástima... Créalo usted: todas las noches, al meterme en la cama, exclamo: ¡Pobre Ricardo!...

Esto lo decía Aurorita sin la menor emoción, con una suprema indiferencia que denunciaba su alma fría.

—Aurorita, me parece usted una mujer superficial y caprichosa. ¿No?...

Se incorporó para protestar.

—Pues no es así. Yo soy una pasional, una romántica. Ahora bien, que no quiero todos los días y a todo el mundo, sino cuando saben conquistarse mi corazón, cuando saben interesármelo... Querer por querer, me parece estúpido..., salvaje.

Hubo una pausa, y variamos de conversación.

—¿Qué edad tenía usted cuando debutó?...

—¡Caracas!—protestó en broma—. ¿Ya quiere usted enterarse de toda mi vida?

—No, señorita; de todo lo que quiera usted decirme.

—Debuté a los diez y siete años, en 1911, en el Trianón.

—¿Qué era usted antes de dedicarse al teatro?...

—Era... persona.

—Ya lo comprendo, graciosa.

—Quiero decir—explicó—que antes de ser artista fuí persona, de cuyo requisito prescinden muchas artistas improvisadas que no sa-

ben ni leer... Es decir, que era yo una muchacha *bien*, educada en el colegio de monjas del *Sacre Coeur* de la calle de Don Pedro, y sabía francés, escribir correctamente, piano, pintar y labores; todo a la perfección.

—¿Y... usted en el colegio...?

—Yo, en el colegio, quería ser monja.

—¿Y por qué no lo fué?...

—Porque era muy mala... ¡muy mala!...

Y su voz se apagó lentamente como un eco lejano que nos trajese las travesuras infantiles.

—¡Pobres monjitas!—deploró—. Ahora ya, un poco aterradas por los peligrosos derroteros de mi vida, me recordarán de vez en cuando como quien recuerda a un diablillo, y, haciendo la señal de la cruz, se refugiarán atribuladas en una dulce Salve, que seguramente aplicarán por la salvación de mi alma, de mi pobre alma descarriada... — Y tras un silencio, aseguró—: Y ya ve usted qué cosas: nunca he sido más buena que ahora, porque jamás he sido más humana.

—¿Y usted se dedicó al teatro sin necesitarlo?...

—En absoluto. Vivíamos bien; pero mi lema (fíjese que no digo mi divisa) fué, es y será: *siempre adelante*... La idea de dedicarme al

teatro se me ocurrió de repente, y en quince días preparé mi *debut*.

—¿Quién la aconsejó?

—Nadie; yo solamente.

—Pues se dice que Saint-Aubin fué su padrino, y que gracias a su ayuda llegó usted a triunfar.

—Nada de eso es cierto. El pobre don Alejandro fué para mí un padre; pero le conocí el día antes de mi *debut*; así es que él no pudo dirigir mi repertorio... Solamente, porque no me habían terminado los trajes, me aconsejó que hiciera *La Tirana* en vez de *La Maja vestida*. Cuando yo debuté con este género, no había ninguna que lo cultivase, y ahora, a mi vuelta de América, estoy encantada de ver lo que se ha fomentado. Antes nadie se acordaba de Goya; ahora todas son sobrinas, nietas, tías o cuñadas de él. Así, pues, que mis méritos como artista no los discuto; para eso está usted; pero lo que sí proclamo muy alto y con orgullo es que yo he sido la creadora de un género castizamente español. Eso no me lo quita nadie. ¡Qué vengan chisperos y majos de rumbo! Todos saldrán al escenario después de haber salido *La Goya*.

—Y la primera vez que salió usted a escena, ¿le emocionó mucho?...

—Nada; el día que yo debuté era una inconsciente... Ahora siento mucho más miedo que entonces.

Hubo un silencio. Volvimos a encender otro cigarrillo.

—¿Cuál es su animal preferido?... El que, en caso de necesidad, quisiera usted ser.

—Yo... yo... Un caballo bueno de carreras. Sí, sí; un caballito de esos que cuidan mucho, y los acarician, y los dan pan mojado en jerez.

—Me han dicho que aquí, en su casa de usted, se celebran sesiones de espiritismo... ¿Es cierto?...

—Sí, señor; en esta misma habitación; pero no se lo diga usted a nadie. Mi prima Teresita es un *medium* magnífico.

—Entonces, ¿usted está convencida del espiritismo?...

—Completamente. Me convencí a fuerza de pruebas sorprendentes... Todos los días nos comunicamos con los espíritus amigos. A mí me han dicho que ya mi espíritu estuvo encarnado, y que era la duquesa de Alba en tiempos de Goya; y mi madre, una maja del Dos de Mayo. No se ría usted. Hace pocas noches nos habló el espíritu de una persona muy allegada a Belmonte.

—¿Y qué dijo?—pregunté intrigado.

—Nos dijo que, por Dios, procurásemos por todos los medios conseguir que Belmonte se retirase del toreo en este año mismo, porque si no, moriría en la plaza de Sevilla. Que de la única manera que tal vez se desviara el conjuro sería consiguiendo que Belmonte no se pusiera más una sortija que llevaba siempre y que representa una calavera. Esta sortija traía *la Muerte*, y era condición precisa que de la mano del torero la quitase la mano de su íntimo amigo Gillis.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Decírselo a Gillis.

—¿Y se la quitó a Belmonte?...

—No lo sabemos...

Callamos. La luz rojiza, el olor a perfumes orientales, el mullido diván, nos abismó en meditaciones teosóficas... Las lentas espirales del humo azulino que despedían los cigarrillos egipcios, nos parecían espíritus amigos que nos rodeaban... Yo sentí un cosquilleo en la nuca que me estremeció y me puso los pelos de punta; algo así como si me rozase una mano de sombras que se iba deslizando a todo lo largo de mi espina dorsal...

Y tras este silencio de rememoración, cada uno refirió una anécdota extraña relacionada con los espíritus... Yo, por no quedarme atrás,

conté una espantosa, tremebunda, que se me ocurrió en aquel mismo momento.

Hasta que el miedo vil llegó a ser el amo de la tertulia, y entonces escuchamos una voz lejana, quejumbrosa y solemne, que, en madrileño castizo, dijo:

—¡Soy el espíritu de Sócrates!...

Cuando ya íbamos a caer al suelo derribados por el espanto y el terror, se abrió lentamente la puerta de *La Meca* y apareció la nariz del simpático Joaquín Belda.



LA CARIDAD MADRILEÑA

Cuando ya estuvimos acomodados en los asientos, partió el automóvil, raudo, por la calle Mayor. Campúa le conducía; en los *baquets* interiores íbamos, apretadamente sentados, el teniente de alcalde del Centro, don José Alvarez Arranz, el catedrático señor Asensio y este incauto cronista.

La mañana era cálida, limpia y transparente. El sol, que ya comenzaba a bajar hasta las aceras, quemaba como el reflejo de un incendio, y el cielo, de un añil purísimo, remozaba seres y cosas. Corría a ratos un suave céfiro dulce como caricias de mujer.

—Son las nueve y media—observó el señor Alvarez Arranz cuando atravesábamos la Puerta del Sol—. A las diez podemos estar en la Paloma.

Y el rostro pequeño, redondo y sanguíneo de nuestro talentoso amigo se animaba con una íntima satisfacción al hablar de la excelente obra benéfica que íbamos a visitar y de la cual es él concejal-delegado.

—Cuando estuvo aquí el alcalde de París —nos decía—, ¿usted recordará que visitó el Colegio de la Paloma?... Pues bien: se llevó de él una impresión agradabilísima, hasta el punto que hace pocos días tuve la grata sorpresa de recibir una carta rogándome encarecidamente que le enviase datos relativos a la constitución y entretenimiento de este Protectorado, para crear en París uno análogo.

—Veo, amigo Arranz—dije yo—, que siente usted un gran entusiasmo hablando de esto.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Y pongo al servicio de esta causa toda mi actividad... Y no crea usted que yo solo, no. Tanto el alcalde como todos los concejales, estamos de acuerdo en esta obra de caridad. Hasta los socialistas, que, como sabe usted, no están en la mejor armonía política conmigo, son los primeros en apoyar las iniciativas que se traducen en beneficios para la Paloma... Algunas mejoras he conseguido; una de las principales es que cuente con abundancia de agua, pues antes, para la bebida y demás usos del Establecimiento, sólo existía

una conducción de aguas que no era suficiente, y hoy ya hemos instalado dos, con lo cual está bien dotado. Aquello, como verá usted, es una gran finca de enorme extensión; esta finca en manos de un particular produciría bastantes beneficios, porque sus tierras serían utilizadas para labranza; pues bien: yo persigo esto del Ayuntamiento. Allí se puede hacer una buena granja agrícola, suficiente, por lo menos, para atender las necesidades del Establecimiento. ¿No les parece a ustedes?

Asentimos...

El coche dejaba atrás los Cuatro Caminos. En la calle Bravo Murillo tuvo que detener su velocidad porque la carretera estaba obstruída por numerosos carros de traperos. Era aquello una triste peregrinación de pobreza, una amarga comparsa de miseria y hambre. Los carros, desvencijados, rebosantes de basuras con festones de esteras viejas y pedazos de saco, eran arrastrados en su mayoría por borriquillos flacuchos, que andaban lentamente a fuerza de tirar de ellos niños, mujeres y zagalones sucios y andrajosos, algunos con los pies descalzos... Envueltos en el polvo del camino y en el humo del *auto* llegamos a la carretera de Francia; allí viró el coche y volvió a recobrar su velocidad como si unas alas invisibles le impul-

saran. A los pocos instantes descubrimos a la derecha, en una meseta de la Dehesa de la Villa y ante el fondo frondoso de los pinares, los pabellones coquetos y rojizos donde se albergan los pobreticos hijos de Madrid desheredados de la fortuna, y para los cuales nuestro vilipendiado Municipio tiene un beso de caridad.

¡Santa caridad!, tan bien administrada y tan noblemente entendida, que para no vejar ni humillar al que de ella necesita y se acoge en este santo Establecimiento, han sustituído sus directores la palabra «asilo» por «escuela»: *Escuela y talleres de Nuestra Señora de la Paloma.* Sólo esta delicadeza espiritual honra a un pueblo.

Al penetrar el coche en la explanada, acudieron presurosos grupos de niñas y niños, como bandadas de palomas... Los nenes, a nuestro paso se descubrían respetuosamente, mostrándonos sus rostros risueños, gordos, sanos y bien tostados por el sol y por el aire de Guadarrama.

El director nos esperaba y acogió nuestra visita con efusiva amabilidad.

El señor Becerra, además de director de esta casa benéfica, es un notable periodista del cual se puede aprender mucho. Todo él es simpatía

sugestiva; su rostro bermejo y sajónico no cesa jamás de sonreír.

Primero nos presentó el personal del establecimiento: El señor capellán; sor Josefina, hermana de la Caridad; el médico, señor Alonso de Velasco; el jefe profesor de Instrucción primaria, señor Robles; el director de la banda, maestro Gassola, y el profesor de gimnasia, señor Molina.

Ya me ha dicho el señor concejal-delegado que esta casa es un modelo en su clase; así es que no tendrá usted inconveniente en que veamos todo—le dije a Becerra.

—Al contrario—contestó él, lleno de júbilo—: Si yo quisiera que visitaran estas escuelas todos los detractores del Municipio, para que vieran que el Ayuntamiento hace muchas cosas muy bien. Ahora que cuando se trata de obras superiores a sus fuerzas, no las puede hacer, ni bien ni mal.

Y, hablando, hablando, asesorados por los señores Alvarez Arranz y Becerra, seguidos por el sacerdote y los profesores, fuimos recorriendo los pabellones.

—Diga usted, Becerra: ¿Cuántos acogidos hay en la actualidad?—comencé mi interrogatorio.

—Cerca de mil, entre niños, niñas y viejos de ambos sexos.

—¿Niños es lo que más hay?...

—Sí, señor; ahora, setecientos.

—¿Y a qué edad ingresan los colegiados?

—Desde los seis a los catorce años; es indispensable que reunan las condiciones de ser hijos de Madrid o llevar, ellos o sus padres, cinco años de residencia en la corte.

—Ahora esto se lleva con absoluto rigor —agregó el señor Alvarez Arranz—, pues es muy justo que un establecimiento que costea el Municipio de Madrid sea disfrutado por sus hijos pobres.

—¿Cuánto viene a costarle esto al Ayuntamiento?

—En cifra redonda—contestó el señor Alvarez Arranz—460.000 pesetas. Cada colegiado sale por 82 céntimos diarios, con instrucción, vestuario y demás.

—¿Hasta qué edad están aquí?...

—Generalmente — dijo Becerra — hasta los diez y seis años de edad, a la cual, salvo rara excepción, salen perfectamente instruídos, sabiendo Mecanografía, Francés, Taquigrafía y varios oficios, con lo que están capacitados para ganar un jornal de tres o cuatro pesetas... Después que consiguen la primera colocación, los retenemos dos meses más, con el fin de que dediquen estos primeros sueldos a comprarse

ropas sin pedir anticipo. De aquí han salido muchachos que hoy son hombres de gran valía y provecho, y que ocupan muy buenos cargos. En la banda municipal hay cuarenta y ocho que pertenecieron a esta Casa; entre ellos, el segundo jefe, señor Yuste. Vega, el director de la banda de Alabarderos, también salió de aquí, y Ayllón, el de la banda de Valencia. El alcalde tiene en su secretaría particular un muchacho que fué muchos años colegiado del Asilo y hoy es profesor de Taquigrafía y Francés. De las casas de banca y sitios de confianza nos están solicitando constantemente personal, pues saben que los de aquí llevan inculcadas la honradez y el trabajo.

Estamos en los pabellones de enseñanza... Una doble fila de bancos con pupitres dejan libre un estrecho pasillo. En el centro se lee un sabio consejo de lo que deben ser los niños para los pájaros: «*Dios premia a los niños que protegen a los pajarillos*.»

Por los bancos de la clase había desperdigados seis u ocho chicuelos que, al entrar nosotros, se pusieron en pie con respeto.

—¿Qué estudios siguen aquí los niños?...

—La primera enseñanza dividida en seis cursos o grados, donde están comprendidas todas las asignaturas obligadas por las disposiciones

oficiales vigentes, con la extensión adecuada a cada una de ellas.

—Sobre cualquier materia de primera y segunda enseñanza—terció, con noble orgullo, el profesor señor Robles—puede usted preguntar a mis discípulos.

Para complacer al profesor y salir de allí convencido, me acerqué a uno de los niños:

—Vamos a ver, buen mozo: ¿cómo te llamas?

—Juan Gordillo, para servir a Dios y a usted—me contestó el muchacho con desenvoltura.

—Y, dinos: ¿tú sabes algo de Geografía?

—Sí, señor—repuso con seguridad.

—Muy bien. ¿Podrás decirnos los ríos principales de Europa?...

El acogido, con una seguridad poco común y hasta envidiable, nos dejó admirados con su respuesta; volví a hacerle otra pregunta, y otra... A todas ellas, aunque de distintas materias, contestó sin titubear un momento. Después, otro alumno salió al encerado; del *Quijote* le dictamos un párrafo, y lo escribió taquigráficamente; uno pequeñín, que apenas tendría diez años, lo leyó al pie de la letra. Quedamos maravillados, seguros de que muchos niños que estudian en privilegiados colegios no tienen una instrucción tan completa y sóli-

da como estos pobres acogidos, que son y serán el orgullo de Madrid.

—Además existen en el Establecimiento —dijo el señor Arranz—clases especiales de Gimnasia, Dibujo, Piano, Caligrafía, Taquigrafía, Francés, Matemáticas, Física, Química y Electricidad. Como verá usted ahora, tenemos también talleres de casi todos los oficios.

Y visitamos todos los pabellones.

Los dormitorios son modelos de higiene, limpieza y salubridad. Las camas, magníficas, de blanquísimas sábanas y mullidos colchones. Ni en las paredes ni en las puertas hay manchas. Los suelos, como el jaspe. Los metales brillan como el oro. Por las numerosas y amplias ventanas entran raudales de luz y aire puro, saturado de eucaliptos y pinos. Las enfermerías, salas de operaciones y farmacia están perfectamente instaladas, con un rigor higiénico admirable.

—¿Hay muchos enfermos?—pregunté al médico, señor Alonso.

—Muy pocos. Ocho, y casi todos aquejados por males leves: catarros o indigestiones.

—¿Qué mortalidad media suele haber?

—El uno por mil al año. ¿No ve usted qué sanotes están?... Algunos llegan en peligro de muerte y aquí desechan la ruina. Cada niño

tiene su cédula fisiopaidológica, donde consta todo el historial clínico, además de los antecedentes hereditarios...

De los talleres de artes y oficios, donde vimos notables trabajos hechos por los alumnos, pasamos al comedor.

Este es espaciosísimo, cubierto por una claraboya de cristal y con numerosos ventanales en los muros. Las mesas, de hierro y piedra de mármol, se enfilan a un lado y a otro. Tocó la campana que avisaba para la comida, y fueron llegando en alegre tropel los muchachos. Olía a cocido bien condimentado. Antes de empezar la comida rezaron en pie una oración.

—¿Qué acostumbran a comer?—interrogué a Becerra.

—Pregúnteselo usted a uno cualquiera de los acogidos.

Entonces me dirigí a uno jorobadito que, arrodillado sobre el banco para llegar hasta el plato, comenzaba a comer la sopa.

—¿Estás contento aquí?...

—Muy contento... Son muy buenos—repuso el desgraciado con cariñosa vehemencia...

—Dime... dime, ¿qué os dan de comer?...

—Por la mañana, de desayuno, sopas de ajo. Ahora, a las doce, sopa, cocido, carne y tocino.

—¿En abundancia?...

—De sopa y cocido, todo lo que queremos... De carne, nos dan a cada uno setenta y cinco gramos, y cuatrocientos de pan blanco... Y por la noche, unas veces, judías con chorizo; otras, patatas con tomate, según... Muchos días tenemos extraordinario, que consiste en un plato más de carne.

—¿A qué hora os levantáis?...

—A las cinco; en seguida nos lavamos, y a desayunar; después entramos en las clases y en los talleres hasta las doce. Desde que terminamos de comer hasta las tres de la tarde dormimos la siesta; luego, otra vez a las clases y talleres hasta las seis, que empieza el recreo.

—¿Y en qué consisten vuestros recreos?...

—En jugar al *foot-ball,* al *tennis*, o a la pelota.

—¿Os castigan mucho?...

—Nunca, nunca. Lo más que hacen es regañarnos. Son muy buenos.

—Este pobre chico—me explicó Becerra, refiriéndose al estevado—entró aquí muriéndose, le curamos, y ahora ya está perfectamente.

—Me ha dicho que comen muy bien.

—Lo suficiente y tal vez un poco más—exclamó Becerra—. Ya ve usted. Aquí se ha

dado el caso precioso de que un asilado estuvo manteniendo a sus padres con parte del pan y la carne que le correspondía. Él se alimentaba con la sopa y el cocido, y sin que lo viéramos, creyendo que le íbamos a regañar, guardaba su pan y su carne y todos los días se lo daba a sus padres por la verja. Y sin ir más lejos, uno de los hijos del desgraciado capitán Sánchez le guardaba a su viejo padrino parte de la comida, y también se la daba sin que nos enterásemos. A pesar de esta merma en su ración, el chico se puso más grueso.

Calló Becerra.

Yo entonces hice una última pregunta al jorobado.

—¿Os laváis el cuerpo con frecuencia?

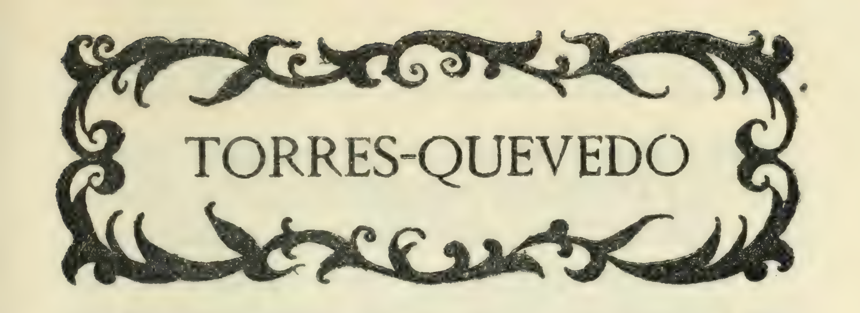
—Todos los jueves.

Recordé al efecto que había visto en mi visita una magnífica instalación de baños y de pilas, con servicio de agua fría y caliente.

En uno de los ángulos del comedor, dos hermanas de la Caridad seguían el reparto de la comida. Una tenía delante una gran perola de cocido; la otra repartía la carne y el tocino. Los muchachos desfilaban ante ellas para recoger en sus platos de porcelana la gran cazada de menestra humeante y el buen pedazo de carne...

Comían todos alegremente. Todos comían lejos de sus padres y de los seres queridos. Este insensato pensamiento transió de inmensa amargura mi alma... Jamás, lector, he sentido más ganas de llorar...

—¡Madre!—clamaban los chicuelos con ternura filial—. ¡Sor Josefina!...



—¿Ve usted?; esta es la fresa mecánica—me dijo el sabio inventor al mismo tiempo que me indicaba un aparato del taller.

—Esto está muy bien, don Leonardo—comenté yo recorriendo con la mirada la nave—taller de mecánica—. ¿Entonces, este Centro depende del Ministerio de Fomento?

—Sí, señor—me explicó lentamente don Leonardo Torres-Quevedo—. Este Centro de ensayos de aeronáutica y laboratorio de automática que yo dirijo, ha sido organizado por dos reales órdenes. Primero, en 1904, se autorizó lo referente a ensayos de aeronáutica, y más tarde, en 1907, se dispuso la creación del Laboratorio de automática. El principal objeto de este Centro ha sido el que yo continuase mis experiencias y trabajos sobre las máqui-

nas algebraicas de mi invención; pero además se dedica al estudio y construcción de máquinas y aparatos científicos de otras invenciones.

Y al mismo tiempo que conversábamos, íbamos caminando despacio hacia el despacho del señor Torres-Quevedo.

Este sabio inventor es alto, extraordinariamente alto, de anchas espaldas y abultado pecho, que dan la idea de una complexión atlética. Su tez morena, su barba gris, sus ojos negros y muy grandes, componen una faz completamente árabe. Y una pequeña observación: sus pies son extremadamente pequeños.

Camina siempre con un poco de indolencia y con las manos muy metidas en los bolsillos del pantalón.

Ya en su amplio despacho, tomamos asiento. Yo, ante su mesa de trabajo, sobre la cual había planos, compases y escuadras. Él, en una butaca, a mi lado. Esta conversación, para el insigne ingeniero resultaba una tortura, porque el rasgo característico de Torres-Quevedo es la modestia; pero una modestia indominable que le hace ser premioso en su charla cuando de sus inventos se habla, y que le obliga a azorarse y confundirse si se le prodigan los elogios que merece.

A mí, que ando entre escritores, políticos y artistas, que es donde está más desarrollada la vanidad, me ha sorprendido esta cualidad de mi visitado, y...

—Es usted muy modesto—le he dicho.

—No lo crea usted—repuso él—. Soy como todos los hombres. Lo que pasa es que me gusta hablar poco, y esto se interpreta en mí como signo de modestia; pero, en el fondo, soy igual que todo el mundo.

—¿Y escribir?

—¡Oh!, escribir resulta para mí un martirio. Mire usted: cuando dicen que trabajo mucho porque me paso todo el día entregado a mis experiencias, yo lo niego. A mi juicio, trabajar es imponerse una labor desagradable; pero inventar y madurar mis inventos constituye para mí una diversión. En cambio, cuando escribo, sí creo que trabajo, y quisiera no tenerlo que hacer jamás.

Hubo una pausa. Le ofrecí un cigarro. Lo rechazó, murmurando:

—No fumo ni tengo ningún vicio. Pienso, como el filósofo, que con un vicio menos se puede mantener un hijo más, y como yo tengo seis, ya no queda en mi presupuesto margen para vicios.

—¿Todos varones?

—No, señor; tres varones y tres hembras. El mayor ya es ingeniero. Mentalmente, es hijo mío; tiene las mismas dificultades y las mismas facilidades que yo. Los otros dos también quieren ser ingenieros. Veremos.

—¿Su padre de usted?...

Me interrumpió:

—Era ingeniero también.

—¿Tenía algún invento?

—No, señor; no tenía ninguno.

—¿Usted estudió en Madrid?

—Sí, señor; aquí, en la Escuela de Caminos.

—¿A qué edad terminó usted la carrera?

—A los veintitrés años.

—¿Entonces, era usted aplicado?

—No, no era nada aplicado; pero eso no lo debe usted decir, no sea que sirva de mal ejemplo a mis hijos.

Después de sonreír bondadosamente, prosiguió:

—No era un estudiante malo, malo; pero tampoco excelente. Medianillo. De siete que éramos tenía el número cuatro.

—¿Perdió usted algún año?

—Año entero, no; alguna vez salí mal en junio y aprobé en septiembre.

—¿En dónde comenzó usted a ejercer la carrera?

La carrera la he ejercido muy poco. Estuve un año en el ferrocarril de Sevilla a Huelva como ayudante de sección, a las órdenes de otro ingeniero joven, y no nació en mí el deseo de continuar por ese camino. Mi gran afición, desde pequeño, ha sido la mecánica. En mi casa no había cosa rota que yo no compusiera y hasta modificase. Yo no he sido ni soy hombre de estudios; es decir: no me gusta estudiar. Yo cojo un libro, y, a la docena de líneas, empiezo a discutir con el autor, y como él no está presente, resulta que siempre llevo yo razón. Esto es muy lamentable.

Hizo un silencio y después murmuró:

—He perdido la disciplina del estudio; no sé estudiar. Yo soy inventor, únicamente inventor. A propósito de esto decía yo en mi discurso de la Academia de Ciencias, que aunque los inventores figuran en las milicias científicas, no figuran en los ejércitos regulares. Somos guerrilleros. Sin grandes conocimientos teóricos, nos movemos en un terreno muy limitado, cuyos accidentes todos nos son familiares; guiándonos por intuiciones, procediendo aisladamente y por sorpresa, conseguimos a veces colaborar con éxito en la campaña. Para ser hombre de ciencia se necesita estudiar mucho; para ser inventor no es preciso

poner a contribución más que la voluntad y el tesón. Yo soy un gran obstinado.

—Entonces, usted, ¿abandonó el ejercicio de su carrera?

—En lo que se refiere a rendimientos mentales, sí, señor. Yo tenía lo suficiente para vivir, y me dediqué en cuerpo y alma a los inventos.

—¿Cuál fué el primero?

—La máquina de resolver ecuaciones en cualquier grado. Ese aparato—suspiró—se ha llevado mi vida. Ya lo creo completamente perfeccionado, tal como yo lo había concebido.

—Será usted un gran matemático...

—¿Por qué? ¿Porque he inventado una máquina algebraica? No. Nada de eso; la máquina sabe muchas más matemáticas que yo.

Y como me viera reír incrédulo, prosiguió:

—No, de verdad; no soy matemático. Claro que sé más matemáticas que cualquier hombre que ande por la calle; pero no es mi especialidad. Sin necesidad de ser una eminencia en matemáticas se puede inventar máquinas de calcular; de igual manera que, sin ser aviador, se puede inventar un aparato de aviación.

—Y su segunda invención, ¿cuál ha sido?

—El *telekino*. Como todo el mundo conoce este invento, no merece la pena hablar de él.

Yo insistí diplomáticamente:

—Según tengo entendido—le dije—, es un aparato con el cual se consigue gobernar navíos a distancia.

Tomó él la palabra:

—En efecto; ese es el aparato. Aprovechando la telegrafía sin hilos, con el *telekino* se consigue mandar y transmitir mandatos en cualquier número y para cualquier cambio de mecanismo o de efecto o de sentido del movimiento. Es decir: aplicado en el mando de embarcaciones, desde la orilla o desde otra embarcación cualquiera se puede con el *telekino* obligar al barco por él gobernado a que se pare, o a que varíe de ruta, o a que choque con otro navío, etc., etc.

—Pues ese invento es de extraordinaria importancia en una guerra.

Torres-Quevedo me detuvo rápido, y con un gesto pesimista exclamó:

—No, señor. El *telekino*, desde que lo inventé, lo creo, hoy por hoy, de poca aplicación práctica; podrá tenerla quizá el día que se resuelva el problema de la sintonía o sintonización, que es el aislamiento de la telegrafía sin hilos; pero mientras tanto, no. Hoy día podría ejecutar una orden si no se cruzara en el camino su mandato con otra orden contraria. Y

esto da lugar a confusiones que están todavía por resolver. ¿Comprende usted?

—Perfectamente.

—¿Recordará usted que en Bilbao hice experimentos satisfactorios del *telekino* delante de don Alfonso XIII? Desde el mismo *Giralda* dirigimos barcos con absoluta precisión; pero si hubiese habido otro mandato por medio de la telegrafía sin hilos, las órdenes del *telekino* no hubiesen sido obedecidas.

—Tengo oído que el gobierno inglés le había a usted comprado la patente del *telekino*.

—¡Oh, no! ¡Nada de eso!—rechazó rápido—. Ni me han hecho ofrecimientos ni yo lo he propuesto. Eso responde a una pequeña confusión. Vera usted: la Sociedad Astra, de Francia, ha contratado conmigo la exclusiva en la explotación de las patentes en todo el mundo del dirigible por mí inventado, dejando libre la española por si a nuestro Gobierno le convenía alguna vez construir sus dirigibles sin recurrir al extranjero.

—¿Y ya surcan los espacios globos de su sistema?

—Sí, señor. Ya hay varios de la serie Astra-Torres, y, según creo, dan satisfactorio resultado.

—¿Qué ventajas tiene el dirigible Torres-Astra sobre los ya inventados?

—Muchas, que sería penoso de explicar. Principalmente, el sistema de *armadura funicular*, que permite que el dirigible pueda plegarse y empaquetarse con la misma facilidad que los del sistema plegable; y se parece a los rígidos en la ventaja de poder suspender la barquilla, no de las telas, sino de una armadura que permanece rígida longitudinalmente, con independencia de la tensión que en ese sentido tenga la envolvente. Otra de sus características es la forma trilobulada del globo, y varias más.

—¿Le produce a usted mucho la explotación del dirigible?

—Algo; es lo que más me produce. No tengo inconveniente en decírselo: tres francos por cada metro cúbico que se construye. Pero no ponga eso.

—¿Por qué?

—Porque yo soy un hombre que se dedica a cuestiones mecánicas, no soy un financiero; así es que, después de todo, ¿qué importancia tiene para mí el dinero? Y si va usted echando la cuenta de lo que he gastado en madurar mis inventos, tal vez haya sido más de lo que me han producido.

—¿Qué más inventos tiene usted?

—Algunos más: el *ajedrecista*. Un aparato que juega al ajedrez con rey y torre como si fuese una persona, respondiendo con absoluta precisión a todas las jugadas que se le hagan, y siempre se da «mate». Además, galantemente, avisa las equivocaciones del adversario con una luz, y a las tres equivocaciones que se tengan deja de jugar con uno: lo considera muy poca cosa para alternar con él. Luego lo verá usted; es muy curioso. Este aparato no tiene ninguna finalidad práctica; pero viene a sustentar mi teoría de que siempre es posible construir un autómata cuyos actos todos dependan de ciertas circunstancias más o menos numerosas, obedeciendo a reglas que se pueden imponer arbitrariamente en el momento de la construcción. Evidentemente, estas reglas deberán ser tales que basten para determinar en cualquier momento, sin incertidumbre alguna, la conducta del autómata.

Hizo una pausa, y después exclamó:

—Mi afición son las máquinas de calcular y los autómatas. Ahora estoy trabajando en la invención de un aritmómetro. Claro que aritmómetros hay muchos; pero yo creo, o mejor dicho, espero que éste sea mucho más completo que los anteriores.

—¿Y el trasbordador del Niágara?

—Ya sabrá usted que está funcionando desde agosto último.

—¿Y cómo se le ocurrió a usted esa idea?

—Por un instinto patriótico. Por el deseo de llevar a tierras extranjeras el nombre de España. En vista del resultado que está dando el trasbordador de Ulía, también de mi invención, un grupo de amigos de Bilbao pensaron en poner otro sobre el Niágara y pidieron la concesión; ya le digo a usted: más que como negocio, como patriotismo también por parte de ellos.

—¿Y da resultado?

—Hasta ahora no se puede formar juicio. Ha costado la instalación más de quinientas mil pesetas. Todo dinero español.

—¿Qué vida hace usted?

—Me acuesto a las once de la noche y me levanto a las siete. Todo el día, menos las horas de comer, me lo paso aquí, en el Centro.

—¿Qué edad tiene usted?

—Voy siendo viejo, aunque no lo parece; tengo ya sesenta y cuatro años.

Quedamos sorprendidos, porque el ilustre inventor representa veinte años menos.

—Y dígame usted, don Leonardo, ¿el Estado español le ayuda a usted para sacar adelante sus inventos?

—El estado español — repitió con satisfacción—me ha atendido muy bien. Este Centro está perfectamente dotado. Todo el personal está propuesto por mí. Y esto se ha fundado, como le dije a usted antes, más que nada para que sea el laboratorio de mis experiencias.

—¿A qué altura se halla España en mecánica con relación a otros países?

—Estamos atrasados—murmuró tristemente—; pero vamos avanzando.

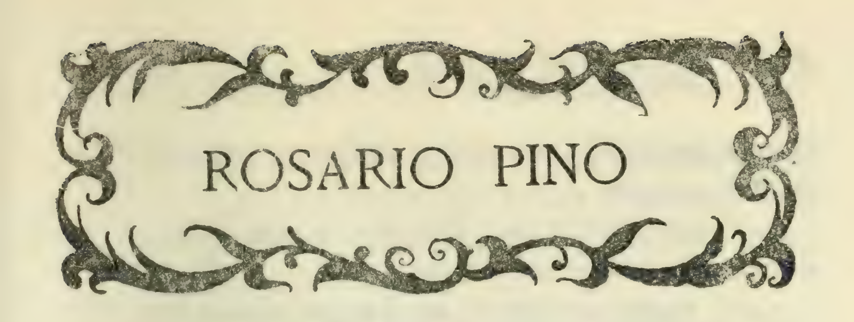
—A juicio de usted, ¿cuál es el país más adelantado en esta materia?

—En mecánica práctica, los yanquis. En inventiva yo creo que van delante los franceses. En fin, qué sé yo. No tengo bastante competencia para responder a esa pregunta, y, sobre todo, no quiero que se me tilde de apasionado por tal o cual grupo beligerante.

Y reímos.

Cuando en compañía del bondadoso y sabio ingeniero abandonamos el Centro y salimos a los altos del Hipódromo, era la una y media.

Hacía un sol maravilloso. Daban ganas de gritar, reir y correr.



ROSARIO PINO

Nos acomodamos en un rincón del escenario...

Era el santo de la genial actriz, y su compañía celebraba la fiesta bailando y riendo en medio del tablado histriónico. Parecía que estaban ensayando un sainete de Arniches. Ahora la música tocaba un pasodoble, y todas las parejas lo bailaban, revolviéndose en giros rápidos y acompasados. Después, un tango argentino, y entonces fueron dos solamente las que se atrevieron a bailar.

—¿Usted no baila, Rosario?—la pregunté a la artista.

—¡Oh!, sí; ya he bailado mucho antes que usted viniera. Ahora, hablemos.

Y en el bello rostro de la admirable artista

quedó prendido un gesto dulce y apacible de interrogación.

—Y esta fiesta tan simpática, ¿la celebra su compañía todos los años?

—Sí, todos los años; en dondequiera que nos coja el día de mi santo, se baila un poco y se beben unas copas de *champagne*. Claro que, cuando andamos por provincias y hay campo o jardín, resulta más agradable.

—¿Se conoce que la quieren a usted mucho? —advertí.

—¡Oh, sí; mucho nos queremos! A fuerza de trabajar y de luchar juntos tanto tiempo, hemos terminado por ser una gran familia bien avenida. Son todos muy buenos.

Rosario calló. Estaba sentada en una butaca, con las manos, largas y marfileñas, reposadas en el regazo. Y sus melancólicos ojos verdes acariciaban los rostros amigos, que la sonreían con cariño y respeto.

Así, en esta dulce actitud, de santa más que de comedianta, permaneció largo rato. Yo la contemplaba. Rosario Pino es todavía una mujer deliciosa. Sus encantos físicos no se han extinguido. Al contrario: con la madurez de los años, su rostro ha ganado en serenidad. Es cierto que sus cabellos ya han empezado a grisear; pero no son tallos de plata, no: es

como un leve empolvado, o como un fuerte reflejo de luz, que contrasta deliciosamente con su cutis fresco, terso y rosado, como hecho con nardos y con rosas.

—¿Me mira usted que ya voy teniendo el pelo blanco?—me preguntó al observar que yo la miraba de hito en hito.

—Sí, en efecto—asentí—; me sorprendo del admirable contraste de su pelo tornasolado y su cutis de alabastro.

—Muchas gracias. Alguien me aconseja que me tiña el cabello de rubio. Yo no quiero. Me parece una ridiculez, ¿verdad? No hay que engañarse. Todo el mundo sabe que no soy una chiquilla, pues si fuese una chiquilla no podría ser Rosario Pino. No podría haber trabajado tanto ni haber gozado con mi arte tanto como he gozado. Mi vida artística es como una adorable hija que, aunque yo me embadurnase la cara y el cabello, iría denunciando mi edad, porque es ya una mujerona de veinte años que me acompaña a todas partes, y yo me siento orgullosa de ello. Ella es mi gloria..., y ya sabe usted que la gloria es incompatible con la extremada juventud. Mi pelo se va poniendo gris en el escenario. En medio de las comedias que interpreto, no quiero representar la ridícula farsa de mi juventud.

—Piensa usted muy bien, Rosario. Aunque yo creo que, para tomar esta determinación, lo que más influye en usted es un sentimiento de coquetería. Usted está persuadida de que este velado del cabello da más interés a su rostro aniñado.

Rió como una chicuela ingenua; yo, variando de conversación, continué:

—¿Desde muy niña sentía usted afición por el arte escénico?

—¡Oh!, sí; yo creo que desde que tengo uso de razón era mi sueño dorado. A los diez años ya hacía mi funcioncita en una compañía de aficionados que había en Málaga que se llamaba *Calderón de la Barca*. Después, en otra dirigida por José Ruiz Borrego.

—¿Y ya se destacaba usted?

—¡Psch! —labió llena de ruborosa confusión—. Allí decían los compañeros que sería mucho para el teatro; pero...

—Pero... ¿qué?

—Que ellos qué sabían.

—Ya lo ve usted si sabían; el público ha confirmado los pronósticos... ¿Qué arte cultivaban en estas dos compañías de aficionados?

—¡Figúrese usted! Cada dramón que ponía los pelos de punta! Teníamos en el repertorio un dramita, titulado *Los Carvajales*, que ellos

decían que yo lo interpretaba muy bien. No sé... No sé...

—¿Y allá en Málaga se decidió usted por la carrera artística?

—No, señor. Mucho después. Verá usted: Mis padres eran muy pobres—esto lo tengo yo a mucho orgullo—. Vivíamos muy mal, muy mal, con el jornal que mi padre ganaba en una imprenta. En esta situación ocurren los terremotos que acabaron de arreglarnos: la imprenta donde trabajaba mi padre se hundió, y, claro, nos quedamos con el día y la noche. ¡Qué angustia, Dios mío!... ¿Qué hacer? ¿Adónde recurrir?... ¡Espantoso!... Un pariente nos aconsejó que nos fuéramos a Barcelona..., y nos metimos en el tren... Figúrese usted qué viajecito, desde Málaga a Barcelona, en tercera... Entonces, y luego más tarde, me di yo cuenta exacta de lo doloroso que es vivir... ¡vivir mal!

Suspiró hondamente, y con lágrimas a flor de los párpados prosiguió:

—Allí, en Barcelona, unos amigos me recomendaron a la Tubau, y ella pudo contratarme con un durito de sueldo. Piense usted lo que pasaríamos. Pagábamos tres duros de casa. Bueno, ¡había que ver la casa!... Era una gatera en lo alto de un tejado. Y con el duro

teníamos que pagar el alquiler, comer toda la familia y vestir. ¡Lo que yo pasé entonces, Dios santo!... La mayoría de los días no comíamos, y tan contentos. Recuerdo que en el piso de debajo vivía un maquinista del teatro de Novedades. Era una familia excelente, y nos tomaron gran afecto y compasión. Muchos días comíamos gracias a la generosidad de ellos. Todavía vive el bueno del maquinista. Y mire usted, cuando últimamente estuve en Barcelona, ante las aclamaciones del auditorio, salí con él, que ya está muy viejecito, al escenario, y lo abracé delante de todo el mundo, y referí públicamente el motivo de mi agradecimiento por aquel buen hombre. Fué una escena conmovedora. Casi todo el público salió llorando.

—Prosigamos con sus tiempos pasados. ¿Siguió usted con la Tubau?

—No. La Tubau se marchó a América al año de entrar yo en su compañía, y volvimos a quedarnos con el día y la noche.

—¿Por qué no la acompañó usted a América?

—Mi padre me dijo que se moriría de pena al verme embarcar, y... yo no supe condenarlo a muerte. Yo he sido siempre, ante todo y sobre todo, buena hija, por deber y por dictado del corazón.

Hizo una pausa muy triste.

—Siga usted—la invité.

—Pues nada, que desde que se marchó la Tubau tuve que ganarme la vida haciendo *bolos* por los pueblos de alrededor y cosiendo ropa blanca. Con todo esto lograba sacarme al día dos o tres pesetas. Los mismos vecinos me proporcionaban la costura, porque yo siempre he sido muy tonta, y... ¡qué sé yo!..., me daba vergüenza de buscarla... ¿Le cansa a usted esto que le cuento?

—Al contrario, Rosario—protesté—, me encanta. Es muy interesante. Siga, siga. ¿Y cuándo se casó usted?

Suspiró tristemente.

—Por entonces—murmuró; y como alejando un mal pensamiento, exclamó—: ¡En fin!... Pues bien: como la vida en Barcelona se nos hacía imposible, nos vinimos a Madrid. Aquí me volvió a contratar la Tubau, que ya había vuelto de América.

—¿Con qué sueldo?

—No recuerdo; creo que con cuatro duros.

—¡Caramba!

—Pero es que ya, para los efectos artísticos, éramos dos: mi marido y yo.

—¿Se llevaba usted bien con su esposo?

Rosario hizo una mueca de dolor.

—Mejor es que no hablemos de eso. No nos llevábamos ni bien ni mal; yo tenía veinte años, y él no me hacía ningún caso. Eso es todo.

Los ojos de la gloriosa actriz estaban llenos de lágrimas. Sus pupilas claras brillaban como dos aceros. Parecía estar representando una mujer benaventiana.

—¿Y con la Tubau...?—inquirí.

—Estuvimos algún tiempo, hasta que nos contrataron en Lara. A mí, de primera actriz. ¡Oh, Lara! ¡Qué gratos recuerdos guarda para mí ese teatrito! Ahí fué en donde coseché mis primeros aplausos. Su escenario ha sido testigo de las mayores alegrías e inquietudes de mi carrera artística. ¡Ay, Lara de mi alma!...

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Lara?

—Estuvimos lo menos ocho o nueve años.

—¿Y después?

—Después pasamos a la Comedia, y ahí está toda mi vida artística.

—No, falta. ¿Y desde la Comedia hasta ahora?

—He recorrido toda España con esta compañía que ahora me festeja.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida artística?

—¡Oh! El día de mi despedida de Madrid, en el teatro de la Princesa. Yo jamás había sentido tan cerca, ¡tan cerca de mi corazón!, el cariño que me tenían aquí, y cuando lo vi aquel día, creí morirme de felicidad.

—¿Y el más desgraciado?

—Ese mismo día—repuso rápida—. Fué el día más feliz y más desgraciado de mi vida. Feliz, porque me acarició el público con más cariño que nunca. Desgraciado, porque me iba... Yo entonces pensaba que para siempre. ¡Y es tan triste despedirse para siempre!... En mi vida íntima, la pena más grande que he tenido fué el día que murió mi padre. ¡Pobre padre mío!...

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos ocho años.

—¿Cuál es la artista de su género que más le gusta?

—¿Española?

—Sí, española.

—¡Oh! María Guerrero. Mucho más que ninguna.

—¿Son ustedes amigas?

—Muy buenas amigas. Nos queremos hace muchos años. Ayer estuvo en el teatro, y esta tarde también vendrá a verme.

Un portero que caminaba escondido tras una

enorme canastilla de flores nos interrumpió, entregando a Rosario una tarjeta.

—¡De María!... ¡Qué lindas flores! ¿Ve usted en este delicado detalle que es muy sincero nuestro cariño?

—En efecto—asentí—. ¿Ante qué público le gusta más trabajar?

Meditó un momento.

—No me atrevo a decírselo. ¿Y si se enojasen los demás y me creyesen desagradecida?

—No sea chiquilla.

—Me gustan todos los públicos; pero este de Madrid es el mío: el que me hizo artista y el que me proporcionó los ratos más dichosos de mi vida.

—Entonces, ¿volverá usted a trabajar a Madrid después de esta corta temporada?

—Si encontrase teatro, sí.

—¿Desiste usted de su viaje a América?

—No; lo tuve que suspender en mayo, porque en vísperas de embarcar me puse malísima con una inflamación al hígado. ¡Estoy muy malita! Casi... casi... a régimen lácteo. ¡Un fastidio! No puedo tomar dulce, ni beber vino, ni comer carnes.

—¡Pobrecita!—lamenté—. ¿Y para cuándo ha aplazado usted su ida a América?

—No sé. Veremos.

—¿Cómo es que, después de haberse despedido y haber tomado la resolución de abandonar el teatro, no se decide usted a ello?

—Pues verá usted, amigo mío: Mi propósito era, en efecto, retirarme. Y retirarme a una casita de campo y llevar una vida modesta; pero en el momento de echar cuentas me encontré con que todavía no había reunido capital para vivir modestamente. ¡Tenía que seguir trabajando! Esto, dada la locura que yo siento por mi arte, no es, ciertamente, un sacrificio, y menos cuando todos los días me halaga el público y la Prensa, como me está ocurriendo durante esta temporada en Madrid.

—¡No debió usted jamás abandonarnos!

—No debí... no debí...—lamentó ella también—. Yo creí que había llegado *mi hora*.

—No; quiá. Todavía no hay ninguna que la sustituya a usted. Todas juntas no la sustituirían.

—Gracias, gracias.

—¿Las obras de qué autor prefiere usted?

—Las que gusten más; yo no tengo preferencia.

—Tendrá usted una que le guste más que las otras.

—Tal vez; pero no acierto. *Rosas de Otoño*... es posible.

—¿Y los papeles?

—Siempre me agradó hacer mujeres serenas y sentimentales. Yo no he sentido jamás la niña y la damita ingenua. ¡Nunca!

—¿Tuvo usted hijos?

—No—suspiró—. Y a esta hora lo siento más, pues ya me van haciendo falta.

—¿Qué es lo que ama usted más de la vida?

—Después de mi arte, el campo, las flores, el cielo y las muñecas.

—¿Cuál es su mejor amigo?

—Qué sé yo. Dios, que es con el que procuro siempre estar a buenas.

La fiesta y el baile continuaban. De pronto, la voz de Da Rosa gritó en acento portugués en el patio de butacas:

—Falta un cuarto de hora para la función; la fiesta queda terminada.

Calló la música. Y comenzaron las aclamaciones: ¡Viva nuestra directora!... ¡Viva Rosario Pino!... ¡Viva la Prensa!... Al mismo tiempo que daban vivas, las damas de la compañía iban dejando besos y abrazos en las manos y en la frente de la gloriosa actriz.



PÉREZ ZÚÑIGA

Allí, en el gabinete, que estaba casi lleno por un magnífico piano de cola, tomamos asiento.

—¿También toca usted el piano, don Juan?

—No, señor—nos replicó Pérez Zúñiga—. Aquí la gran pianista es mi señora, que ha tocado en muchos conciertos. Yo tengo verdadera pasión por la música, la cual me proporcionó el primer dinero que gané en esta vida.

—¿Con qué instrumento?

—Con el violín, y tocando en las orquestas de las iglesias.

Calló un momento. Me ofreció un cigarrillo; mientras que yo lo encendía, fué al despacho próximo y volvió con un violín y un arco, y mostrándomelo con el mismo deleite que se muestra un hijo, exclamó:

—Mi mejor amigo es este violín, que, al fin, *desafina*, pero, desde luego, menos que otros amigos. Este violín me dió de comer muchas veces. Él sabe de mis penas y de mis inquietudes más que nadie... Más que yo mismo... En él se refugia mi espíritu cuando estoy demasiado triste..., y sus notas me hacen el efecto de una voz amiga que me consuela: una voz cariñosa que he estado oyendo por espacio de muchos años. Antes, cuando eran menos complicadas mis ocupaciones, me deleitaba haciendo música, acompañado, generalmente, por mi esposa. Ya la pluma, insaciable, se iba apoderando de todo mi tiempo.

A mí—¿por qué no confesarlo?—me sorprendió el aspecto serio del notable escritor festivo y su conversación serena, apacible y sin átomo de gracia. Yo esperaba encontrarme con un camarada sonriente y en constante elaboración de chistes. Nada de eso. Pérez Zúñiga, con sus barbas ya casi albas, sus gafas de oro y su gesto bondadoso y austero, da más sensación de un profesor de Ciencias Exactas que del ingenioso humorista que tanto nos ha hecho reír con sus *Cosquillas* diarias del *Heraldo* o con sus *Viajes morrocotudos*. Después de esta observación, exclamé:

—¿Sabe usted una cosa, don Juan?

Él, adivinando mi pensamiento, contestó:

—Sí, señor. Sé lo que me va usted a decir: que no está en armonía mi aspecto serio y mi conversación sosa con el género cómico que cultivo. En efecto: es la decepción que sufre todo el mundo al tratarme. Pero yo creo, mi amigo, que para escribir en guasa no hace falta ser un hombre atolondrado y juguetón, que se suba por las paredes, que reciba a las visitas con castañuelas y pellizque a las porteras. Yo soy un hombre serio y formal y escribo en cómico.

—¿Es usted de Madrid, don Juan?

—Sí, señor.

—¿Y a qué edad comenzó usted a escribir?

—Teniendo ocho o nueve años empecé a hacer versos.

—¿Siempre humorísticos?—inquirí.

—Siempre—afirmó—. Le hacía un romance, o una quintilla, o un soneto, a la palmatoria, o a la sartén, o al puchero. ¡A todo! Pero nunca se me ocurrió que esta facilidad mía para hacer versos cómicos podía explotarse, y, claro, lo hacía en broma y para los de casa.

—¿Y, al mismo tiempo, seguía usted sus estudios?

—Ya lo creo. Seguía la carrera de música y la de abogado.

—¿Y terminó usted las dos?

—Sí, señor. Terminé la carrera de violín a los diez y siete años, y de Derecho me licencié al mismo tiempo que García Prieto y otros muchos muy conocidos. A todo esto, en casa de unos íntimos amigos míos y de Vital Aza se habló de mis condiciones de poeta festivo y se leyeron versos míos. Entonces, Vital me dijo: «Debe usted explotar esto; tiene usted grandes condiciones de escritor cómico.» Y de allí nació *Madrid Cómico*, no el de Sinesio Delgado, sino el primitivo, y con la recomendación de Vital entré de redactor, y allí estuve todo el tiempo que duró el periódico: año y medio.

—Y a todo esto, ¿el violín...?

—Con él me ganaba la vida.

—¿Y para qué tenía usted más afición: para la música o para la literatura?

—¡Oh!, para la música. Condiciones... no sé...; pero afición, más a la música.

—¿Y qué le ha producido a usted más?

—La literatura. ¡Si de la música saqué muy poco!... Lo necesario para ir viviendo unos cuantos años. ¿No ve usted que la música fué destronada por la literatura, y ya pasó a ser un adorno?

—¿Y cómo fué abandonarla?

—¡Qué sé yo! Creí que me iban a producir más nombre y más dinero los versos.

—¿Y así ha sido?

—No me puedo quejar. A mí la pluma me ha traído muchas pesetas a casa, ¡muchas!...

—¿Cuánto calcula usted?

—Es muy difícil; pero ya ve usted: una obra sola, *Los viajes morrocotudos*, cuya sexta edición se está agotando, me lleva producidos doce mil duros. Agregue usted a éste los numerosos libros que tengo publicados, que todos se han vendido muy bien, el teatro y la labor cotidiana en periódicos; porque, amigo *Audaz*, llevo treinta y ocho años, día por día, haciendo versos y artículos festivos.

—¿Escribe usted con facilidad?

Contestó rápido:

—A facilidad no creo que me gane nadie. Y, sobre todo, tengo una resistencia cerebral enorme. Yo, muchas veces, he creído que, a fuerza de pensar, se podía uno volver loco. ¡Mentira! Yo he pensado y he retorcido mi entendimiento y lo he estrujado todos los días durante treinta y ocho años, y me encuentro tan fresco como cuando tenía veinticinco.

—¿Cómo hace usted las *Cosquillas* del *Heraldo?*

—Cojo los periódicos de la noche, los leo en

la cama, y de lo que arrojan pergeño lo que he de decir al día siguiente, y por la mañana, en cuanto me levanto, las hago y las mando al periódico antes de ir a la oficina.

—¿Cómo a la oficina?—pregunté sorprendido.

—Sí, señor—repuso don Juan, sonriendo—. La mañana entera la destino al destino.

Reímos el chiste; él continuó:

—Soy jefe de Hacienda en la Intervención de la Deuda, empleo que, después de haber hecho mi carrera administrativa en el Ministerio de Ultramar, al suprimirse éste me proporcionó la reina Cristina, a quien debo eterna gratitud.

Callamos durante unos momentos. Pérez Zúñiga acarició el arco del violín como si fuera una mano querida. Yo le pregunté:

—¿Y de teatro? ¿A qué edad estrenó su primera obra?

—Empezaba a escribir para el público... Tendría yo diez y ocho años. Fué una pieza que se estrenó en Lara, titulada *La manía de papá*. Recuerdo que, para salvar el calvario de novel, la presentó Vital Aza como suya, y cuando ya estaba para estrenarse dió mi nombre.

—¿Y gustó?

—Sí, gustó. Era algo inocente. Ya le he dicho a usted que tenía yo diez y ocho años.

—¿Cuántas obras ha estrenado usted?

—Cerca de treinta. Creo que veintisiete.

—¿Cuál obtuvo éxito más lisonjero?

—*El señor Castaño*, zarzuela en un acto que se estrenó en Maravillas. La hicieron los dos Mesejos y Loreto Prado, que entonces ganaba cuatro pesetas.

—¿Y qué le ha dado a usted más dinero, el teatro o los periódicos y libros?

—Relativamente, el teatro me ha producido más. Ahora que la otra labor ha sido más intensa y más continua.

—Diga usted, don Juan: y en estos treinta y ocho años, durante los cuales ha tenido usted que hacer a diario chistes y versos humorísticos con la pluma, ¿habrá usted tenido duelos de familia y días amargos?

El rostro serio de don Juan adquirió más gravedad.

—¡Oh, ya lo creo! Eso ha sido lo peor. Muchas veces he tenido que hacer reír a mis lectores mientras que yo lloraba. ¡Eso es espantoso! En otras ocasiones enfermé con fiebre; pero ningún día he abandonado mi pluma. Y figúrese usted las cosas tristes que me habrán pasado en estos treinta y tantos años. A pro-

pósito de este contraste le escribí a mi hija unos versos titulados *Lágrimas ocultas*, los únicos serios que habré escrito en mi vida; decía así:

Y el poeta de la risa, con voz muy triste y emocionada, comenzó a recitarlos:

¿Piensas que es, pobre hija mía,
franca siempre mi alegría
porque jamás me ves triste
y vivo explotando el chiste?
¡Cómo te engañas, María!
¿Me ves trabajar contento?
Pues siempre, al coger la pluma,
camina mi pensamiento
entre una chanza que invento
y un malestar que me abruma.
Suele ser mi malestar
hijo de penas o apuros
que no puedo remediar,
pues por los trances más duros
me obliga Dios a pasar.
¡Cuántos días de amargura
pasé fingiendo ventura!
Sí; ¡cuántos, mientras tu madre,
tus hermanos o mi padre
ardían en calentura,
disimulando temores
y dominando dolores,
tuve que hacer que mi mente

soltase el chiste corriente
pedido por mis lectores!...
De la muerte en el dintel
te vi un día, y aquel día,
llorando sobre el papel,
hice chistes a granel
para comer, ¡hija mía!
¿Y crees que es desdicha escasa,
llorando, escribir en guasa?
Pues mayor pena no cabe.
¡Eso, niña, no lo sabe
nadie más que el que lo pasa!
Aunque me sienta morir,
tal sacrificio es forzoso;
pero, al ver que hago reír,
da todo el mundo en decir
que soy un hombre dichoso.
Esto creen, y no hacen bien,
y es porque no consideran
que en mí hay lágrimas también,
¡lágrimas que ya quisieran
ser de esas que todos ven!
Ésas acusan un duelo
que puede encontrar consuelo
si alguno en ellas repara,
y hacen un surco en la cara
que pronto borra el pañuelo;
pero las otras que, ardientes,
brotan como avergonzadas
y se ocultan a las gentes
entre risas aparentes

y venturas no gozadas,
¡ésas, no sabes, María,
todo lo amargas que son;
porque un día y otro día
caen hacia dentro, hija mía,
y abrasan el corazón!

—¡Muy bien!—elogié.

El poeta de la risa me había conmovido un poco. Para alejar de su espíritu y del mío la tristeza, varié el tema de la conversación.

—¿Cómo se le ocurrió a usted hacer los *Viajes morrocotudos?*

—Por las obras de Julio Verne. Como luego se me ocurrió hacer en cómico *La cocina económica* y otras tantas cosas.

—¿Está usted satisfecho de la vida?

Hizo un gesto indefinido.

—Psch... Sí; como la llevo encauzada me parece bien. Trabajaré hasta que me muera. Y sobre el porvenir estoy tranquilo. Aunque no tengo un céntimo ahorrado, he dado carrera a mis hijos, y ya sin comer no he de quedarme.

—¿Y seguirá usted escribiendo siempre en broma?

—Escribir en serio no me gusta; no es que no lo sienta. Yo soy sensible a los pesares,

como cada quisque; pero no me gusta ni hablar de ellos.

—Cuénteme usted alguna anécdota.

Meditó un momento.

—¡Qué sé yo! No recuerdo ahora... ¡Ah, sí; verá usted! Se estaba estrenando en Lara una obra mía titulada *Gabán de pieles*, y cuando ya estábamos por la mitad y el público la reía mucho..., ¡puá!..., un tramoyista, desde lo alto de los telares, cayó en medio del escenario. Las artistas se desfallecieron, el público se emocionó y se suspendió unos momentos la representación. Como al tramoyista no le había ocurrido gran cosa, prosiguió el estreno. Pero, ¡figúrese usted!, después de aquel trago qué confianza tendría en el éxito. Y, sin embargo, el público rió, y triunfó la obra.

Hizo una pausa.

—Para terminar—continuó riendo—, le diré que acaba usted de celebrar una interviú con un muerto oficial.

—¿Qué quiere usted decir?—pregunto intrigado.

— Que yo, según he leído, estoy muerto desde hace nueve años. Verá usted: Hace tiempo se publicó un libro titulado *Madrileños ilustres muertos*. Cayó un ejemplar en mis manos, lo hojeé, y cuál no sería mi asombro cuando en

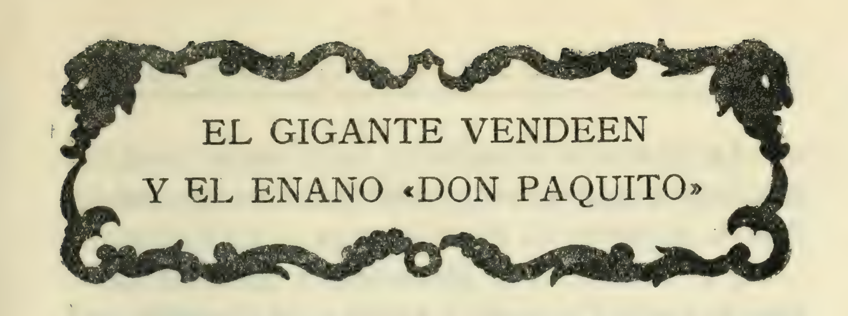
la letra P, y con mi retrato, me encontré como muerto oficial. Decía así: «Pérez Zúñiga. Escritor festivo muy popular; nació el 18 de octubre de 1860, y falleció a fines del año 1908. Su muerte fué muy sentida.»

Y como reíamos, añadió:

—Sí, la cosa ahora hace reír, pero a mí me puso los pelos de punta. «¡Caracoles!—dije—; si me habré muerto y no lo sabré yo.» Y no crea usted: todavía, a ratos, me preocupa un poco. Luego me enteré que este libro estaba costeado por una entidad oficial y que el bárbaro que lo hizo cobraba un tanto por cada muerto que llevaba, y, ¡claro!, no tuvo piedad. Mató a todos los que quiso, mejor dicho, a todos los que necesitó para cubrir su presupuesto. Lo raro es que al impresor y a los cajistas que hicieron el dichoso librito no se les ocurriera pensar que mi muerte era un error, puesto que todas las noches les hacía «Cosquillas» desde las columnas del *Heraldo*.

—Eso, mi querido don Juan—lamenté—, demuestra lo poquito que en España se lee.

Y nada más.



Míster Leonard me escuchó con su caracteristico gesto de payaso inglés. Después, dirigiéndose a uno de los mozos que barrían la pista, le ordenó, al mismo tiempo que se colocaba el hongo en la coronilla:

—Mira, Gabriel: vas a coger un coche y te vas a ir ahí, a la calle de San Marcos, a recoger al gigante, y lo traes aquí. Después vas por *Don Paquito* a la fonda de la calle del Carmen; pero corriendo. ¡Ale!, ¡ale!...

Ya se marchaba el criado y lo detuvo con un grito:

—¡Oye!... Les dices que les esperan aquí unos señores periodistas... ¡Ah!... Y que *Don Paquito* se traiga el traje de luces... ¡Vuela!...

Salió el criado como una centella. Leonard, Campúa y yo quedamos esperando sentados

en el rojo anillo de peluche de la pista. Leonard nos amenizaba el rato contándonos curiosidades de algunos de los números contratados.

En el centro de la pista, dos franceses jugaban al toro. De *miuga* hacía uno de ellos, que *achuchaba* con las patas de una silla. El otro, con una capa vieja, color escarlata, le daba verónicas, galleos, pases rondeños... ¡Muy bien!... Varios compañeros que andaban diseminados en grupos animaban con *olés* y celebraban con carcajadas los *pases* y ocurrencias de la lidia... Se oían voces en todos los idiomas. Un muchachote rubio, alto, musculoso, en mangas de camisa, hacía equilibrios cabeza abajo sobre la perinola de una silla. Un japonés, con cara de tigre, daba piruetas sobre la alfombra. Un inglés le hablaba cariñosamente a un *bull dog*, convenciéndole de que tenía que dar un triple salto mortal. Los mozos corrían y descorrían las cuerdas de las maromas, trapecios y anillas. Entraron tres japonesas, rígidas, metidas en guardapolvos de seda color plomo, tocadas con sombreros de paja, bajo cuyas alas caídas se escapaban las trenzas de metro y medio, que parecen cabos de pita. Dan diabólicas ganas de tirarles de la punta. Flotaba aroma de tabaco inglés quemado.

Llegó el correo, y míster Leonard fué reclamando con voz potente al dueño de cada carta.

—*¡Monsieur «Meteors!»*...

—*¡Manchú!*...

—*¡Míster Gobert Belling!*...

Venían los nombrados, y Parish, al mismo tiempo que les entregaba las epístolas, les decía alguna chanza en francés, inglés, alemán, ruso, chino! ¡Era una Babel!

—¡El gigante!... ¡El gigante!...—dijeron varias voces.

Y en efecto, por detrás de nosotros, avanzando cansino y ceremonioso, con andares de camello y rigidez de roble, llegaba el imponente gigante Vendéen. Yo te confieso, lector, que a su lado sentí un poco de inquietud, algo de aplanamiento, un inmenso horror de que me diera un leve pisotón con sus botazas negras de ¡62! centímetros, que parecen el anuncio de una zapatería. Anda torpemente, temeroso de hundirse o de tropezar con todo lo que encuentre a su paso. Viste uniforme de coracero francés, con casco y hombreras que le hacen aparecer más alto todavía. Lleva un sable a medida, que para otro cualquier mortal es una lanza. Su rostro seriote y pálido es entrelargo, de facciones descolgadas y angulo-

sas. Es tardo en la expresión y en la comprensión, tal vez porque dado su divorcio social, por la incomunicación en que tiene que vivir, su espíritu está detenido en los repliegues infantiles. Seguramente... Sus orejas y sus ojos son de tamaño corriente. Es barbilampiño.

Nos presenta Parish, y él me entrega su mano, donde se esconde la mía como entre un manojo de cirios. Sus compañeros los artistas le rodean, y todos tienen una broma a propósito de su elevación. Uno le mira la cara con telescopio. Otro le pregunta qué tal temperatura hace por las alturas. Otro pasa por entre sus piernas. El japonés hace que le habla con auxilio del teléfono... Vendéen se ríe bonachón y sosamente apacible... De vez en cuando dice algo con voz gangosa y desagradable.

—Vamos a ver, Eugenio—comienzo preguntándole—: ¿Dónde nació usted?

—Nací en Torigny, Francia.

—¿Es verdad que tiene usted diecinueve años?

—Sí, señor. Entro el año que viene en quintas.

—¿Pero estará usted exento por su estatura?

—¡Ah! No sé... no creo.

—¿Cuánto mide usted?

—Dos metros treinta y cinco centímetros.

—¡Caracoles! Fíjese usted, Leonard: ¡cuarenta centímetros más que yo!...—exclamé, y me puse al lado del gigante.

En efecto: a pesar de mi estatura, que yo creía extraordinaria, no le llegaba ni al hombro... Seguí interrogándole:

—Sus padres de usted, ¿eran muy altos?

—No, señor; de altura mediana; sólo mi abuelo paterno llegó a tener una estatura como la de usted.

Me aterré por mis nietos, y proseguí:

—Y el desarrollo de usted, ¿ha sido en un período determinado de tiempo, o se ha venido manifestando desde la niñez?

—Desde la niñez. Cuando iba al colegio ya era más alto que el maestro; tanto es que él me utilizaba para poner orden entre mis compañeros, a los cuales les asustaba mi estatura.

Reímos todos y después continué:

—¿Cuánto pesa usted?...

—Ciento cincuenta kilos. He de advertir a usted que mi crecimiento se verifica siempre durante el sueño. A veces caigo dominado por un letargo que me dura treinta y seis o cuarenta horas; al despertar observo que los pantalones se han quedado cortos diez o doce centímetros. Esto me ocurre de tres en tres meses.

—Está usted satisfecho de ser gigante?

—No, señor; porque tengo que hacer una vida horrible de esclavitud. No puedo salir de casa más que a altas horas de la noche; necesito una cama de tres metros para dormir, o empalmar dos de matrimonio; en las líneas de vía estrecha de los ferrocarriles franceses, no puedo viajar como no me pongan un vagón especial; necesito siete metros de tela, doble ancho, para un traje, y cuando estoy cumpliendo contrato no puedo salir más que en coche.

Se entristeció Vendéen y me entristeció a mí. Después siguió:

—Ahora bien: ya en mi calidad de gigante, lo que deseo es crecer, crecer hasta los veinticinco años, hasta llegar, como me han anunciado los médicos, a los dos metros ochenta centímetros. En la actualidad soy el más alto y el más joven de los gigantes del mundo.

—¿Y qué acostumbra usted a comer?...

Era la una de la tarde y se le alegró el semblante.

—Verá usted: me desayuno con seis huevos fritos, jamón y una gran taza de chocolate, capaz para seis jícaras, migado con un kilo de pan. A las dos como: una sopera llena de puré o *potage,* un kilo de carne, un pollo con arroz —que por cierto me gusta mucho—, un flan de seis huevos, queso, frutas, cuatro o seis

panecillos españoles y tres vasos de café. A las ocho de la noche hago otra comida análoga.

—¡Vaya un invitado!—comentaron.

—¿Tiene usted novia?

—No, señor; ni la he tenido nunca. Si tuviera el gusto de encontrar una buena moza española, me casaría con ella después del servicio... Me gusta mucho la mujer española.

—¡Ya lo creo! ¡Es regularcilla!... ¡regularcilla!... Lo diré por si hay alguna que se atreva con usted... Y en último caso, que le den a usted permiso para casarse con dos... ¿Y qué tal carácter tiene usted?...

—No encuentro nada que me enfade.

—Y si un hombre le pegara un bofetón, ¿qué haría usted?...

—Bah; dudo que alcance nadie... Pero si eso llegase, me reiría y le sujetaría hasta que se le pasara la furia...

—Y en su pueblo natal, ¿a qué se dedicaba usted?

—Al cultivo del campo y a la cría de caballos. Allí hay muchos caballos.

—Señorito—le dijo un mozo a Leonard—: Ya está aquí *Don Paco*.

Miré en derredor y no lo veía.

—¿Dónde está?...

—Aquí—dijo una mujer de aspecto *apaletado* que había frente a mí.

Al fin, entre sus brazos, y tras el pañolón de felpa, vi asomar una cabeza menuda, pálida, rugosa y redonda como un garbanzo mirado con una lupa.

—Aquí estoy, hombre, ¿qué hay?—gritó con voz aguda y aflautada.

—¡Caramba, *Don Paco!* Venga usted aquí.

Echó pie a tierra. A mí me llegaba más abajo de las corvas; al gigante, poco más arriba de las botas. Vestía un trajecito canela, un sombrero «Lok» verde y unas botas color avellana, abrochadas por tres botones. Muy elegante. Anda con flamenquería, moviendo la cabeza jacarandosamente, acompasando el airoso braceo toreril a la majeza de sus andares. Recuerda a Ricardo Torres... hasta el punto de que viéndolo parece que se está mirando a *Bombita* por unos prismáticos invertidos... Es inquieto, corretón y revoltoso. Muy simpático. Contesta todas las bromas y tiene una imaginación agilísima... Le cogí en brazos; pesa lo que un niño de pocos meses: ¡Nueve kilos y medio!, y ¡setenta y dos centímetros de alto!

—¡Atención, «Don Paquito»!...—le dije, sosteniéndole a la altura del hombro con una mano.

—¿Qué edad tiene usted?...

—Veintiún años...

—¿Tendrá usted novia?...

—Dos; una en mi pueblo y otra aquí.

—¿Eso quiere decir que le gustan a usted las mujeres?

Mucho más que los hombres.

—Pero, vamos por partes: ¿cuáles le gustan a usted más, las rubias o las morenas, las altas o las bajas, las gruesas o las delgadas?...

—Las gruesas, y las morenas, y... las rubias también me gustan a rabiar. Ya ve usted la novia que tengo en mi pueblo...

—¿En qué pueblo?—le interrumpí.

—¡Hombre! En Bermillo de Sayago, provincia de Zamora.

—Ya, ¡siga!

—Esa es rubia, y la que tengo aquí, en Madrid, morena.

—¿Por qué se vino usted de su pueblo?...

—Tuve que salir *de naja* por causa de esa rubia... Hicimos una ligereza, y el padre me buscaba con un garrote.

—¿Y no le encontraría a usted?...

—Quería que yo me casara. Tan joven, ¡figúrese usted!...

—¡Carambita, *Don Paco!*... Es usted un punto de cuidado...

Se arregló el sombrero y dijo graciosamente, con voz pastosa:

—Se hace lo que se puede.

—¿Y la novia de aquí?...

—Esa se llama Elvira F. Es sobrina de una actriz muy conocida. Me quiere a rabiar, y yo a ella también...

—¿Será muy cariñosa con usted?...

Y yo con ella.

—¿Comerá usted muy poco, *Don Paquito?*

—Hombre, lo que tengo gana. Según... Me desayuno con una tacita pequeña de café. Al mediodía tomo un huevo y un cachito de carne, y por la noche, un filetito o un poco de pescado.

—A usted, ¿no *le entristece ser tan chiquitín?*

—Me da lo mismo. Yo nunca he estado malo; voy a todas partes, porque me lleva mi madre en brazos. No falto a ninguna corrida de toros, que es lo que más me gusta.

—¿Quiere usted que echemos un cigarrillo?

—Venga. Y eso que no me agrada mucho fumar en ayunas.

—Si usted no fuera tan pequeño, ¿qué le hubiese gustado ser? ¿Cura, militar?...

—¡Torero! Hombre, ¿no me ve usted la coleta?—contestó, enseñándome su diminuta trencilla.

Después, señalando al gigante, exclama:

—¡Qué cara de primo tiene ese tío!

—A ver si le oye a usted—le advertí—y le pega una *trompá* que lo evapora.

—¿A mí?... Si este tío me pusiera a mí un *dátil* encima... ¡pues se había caído!...

—¿Qué iba usted a hacerle?...

—Pegarle un tiro en el corazón...

—¿Sabes, Paquito?...

—Oiga usted—me atajó, rápido como una polvorilla—. ¿Qué es eso de *sabes?*... ¿Es que quiere que nos tuteemos?... Porque, si no, no sé quién le ha dao a usted tanta confianza... ¡Nos ha fastidiao!... Vaya... Haga usted el favor de soltarme en el suelo...

—Pero, *Don Paco*..., perdone usted, que ha sido una distracción.

—Bueno... bueno; pero suélteme usted ya, que yo tengo muy malas pulgas...; además, que voy a torear un poco.

Le solté. Cogió su capa, y con gentil picardía empezó a imitar toreros... Eran ellos... *Bombita*, con su alegría y sus pases ayudados. Pastor, con su seriedad, sus andares de compás y sus pases naturales. Belmonte, desgarbado, gallardo y temerario, liándose el toro al cuerpo. *Gallo*, con sus *espantás*. ¡Eran ellos... mirados desde un aeroplano!... Lo aplaudía-

mos y lo mimábamos. El gigante lo miraba con envidia. Estando allí *Paquito*, nadie hacía ya caso de él... Todos alrededor de *Paquito*.

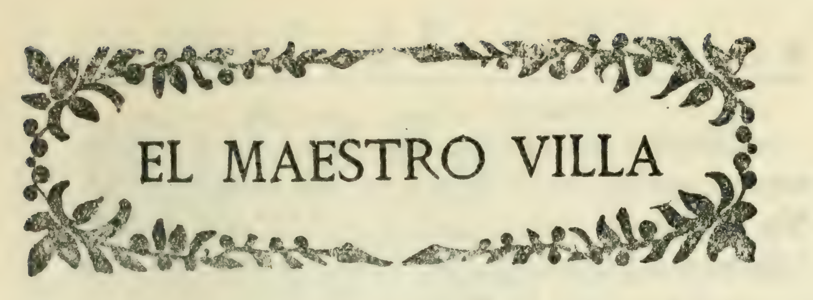
—Leonardo, ¿vámonos al Retiro a hacer allí unas fotografías?

—¡Andando!

Cuatro coches nos trasladaron a la Casa de Fieras...

Cuando el gigante Vendéen se acercaba a las jaulas de los leones y de los tigres, observamos que las fieras huían rugiendo aterradas, como ante algo sobrenatural... En cambio, cuando los monos vieron acercarse a *Don Paquito*, fueron en pelotón a él, le gruñeron cariñosamente y se dispusieron a jugar en su compañía...

El gigante es tan alto como el elefante.



La simpatía del maestro Villa es castizamente madrileña, como su tipo pequeñito, regordete y erguido, y sus andares airosos sin flamenquería. Para mí estos hombres menuditos y siempre risueños poseen una atracción misteriosa. Ya lo dijo el gran Zamacois: «El misterio de un hombre pequeñito.»

Antes de tomar el primer sorbo de la fresca cerveza con que el notable músico me obsequiaba en el despacho de su casita, ya se había adueñado de mi espíritu con su naturalidad casi infantil y con su sincera modestia.

Nos habíamos quitado las americanas para estar más cómodos. Yo tomé asiento ante su mesa de trabajo; él, frente a mí. De una caja que había sobre un estante sacó dos cigarrillos. Fumamos.

—Créame usted—me dijo lleno de confusiones—que me pone usted en un compromiso. Yo no he de saber decirle nada que resulte ameno e interesante. Mi vida ha sido la vida de un obrero de la música. Si algo soy o represento, a mi gran afición por ella se lo debo. Mis trabajos musicales no han sido trabajos, han sido deleites, recreos; así es que, cuando triunfe como músico, jamás podré decir: «Triunfé gracias a mis trabajos», sino «gracias a mis recreos».

—¡Ah! ¿Sí, maestro? ¿Luego para usted constituye un deleite dirigir la banda en estos días de infierno y tomarse un baño de sudor?

—Mientras estoy con la batuta en la mano no me entero de si hace calor o frío y de si sudo o tirito. De verdad.

—Creí que siempre resultaría fatigoso.

—Sí, algo; más que por el movimiento, por la tensión nerviosa; pero está bien compensado si el auditorio es respetuoso y amante de la música.

—¿En dónde le agrada a usted más dirigir los conciertos?

—En Rosales por la noche, y en el Retiro por las mañanas.

—Entonces, ¿en el Retiro, por las noches, no?

—¡Quiá! Es una gente especial; no son amantes de la música, y, además, no oyen ni se ocupan para nada de la banda... ¡Un fastidio!

Hizo una pausa. Tomó un sorbo de *alemana*; lo saboreó con deleite; después respiró fuerte y satisfecho.

—¿Su padre de usted era músico, maestro?

—Sí, señor; músico: violinista del Real y de la Sociedad de Conciertos.

—Entonces, ¿él fué su profesor?

—No; más bien mi iniciador, porque yo sólo tenía diez años cuando él murió. Éramos tres hermanos; el tercero murió, y el otro es el violonchelista del Real, de la banda y de la Sinfónica. Mi padre, a su muerte, casi se llevó la llave de la despensa. Comenzamos a vivir trabajosamente. Un poco de calvario; y yo, en seguida, empecé a buscarme la vida, y conseguí ganármela.

—¿Cómo?—inquirí.

El maestro, tras de sonreír apacible al rememorar un recuerdo, exclamó:

—Cantaba en los coros de niños del teatro Real. Estrené *Mefistófeles* y *La Gioconda*. Ya, con lo que me daban, me ganaba mi plato. ¡La vida!

—Y a todo esto, ¿usted sentía gran afición por la música?

—Muchísima, y sin trabajo ninguno estudiaba la carrera de violinista. Mi ilusión era arrancar gemidos y frases a mi violín. Soñaba con ese día. El solfeo lo estudié con don Antonio Llanos; la armonía, con Fontanilla; el violín, con Monasterio y Arbós, y la composición, con Grajal y Serrano.

—¿Era usted aplicado?

—Sí. Más que otros. En eso tengo que hacerme justicia. Le advierto a usted que si hubiese sido bruto lo mismo se lo diría. Yo soy un hombre sincero. Cuando ya estaba terminando mi carrera de violín hice oposiciones a la Sociedad de Conciertos, que dirigía el maestro Mancinelli, consiguiendo plaza, y al mismo tiempo entré en el Real como violinista.

—¿Y de qué vivía usted durante este tiempo? —pregunté.

—¡Ah, mi amigo!—repuso satisfecho el músico—. Antes de todo esto ya me ganaba yo mi sueldecito tocando en cafés y teatros.

—¿En qué cafés?

—En el de Prada, en el Gran Vía y en el Imperial. Yo sostenía mi casa, y para que a mi madre no le faltara nada era preciso acudir a todos los resortes. Pues bien: en el Real, de violinista, estuve siete u ocho temporadas; en

esto la Sociedad de Conciertos abrió un concurso para premiar una obra en cuatro tiempos, basada en cantos de cualquier región española. Yo concurrí a este concurso con *Cantos regionales asturianos*, y obtuve el premio primero. Y ya, desde aquel momento de mi vida, empecé a sobresalir, a hombrearme con los maestros y a campar por mi respeto, dirigiendo orquestas de ópera y concierto. Después, cuando se hizo el Lírico, estaba yo en Oporto, y recibí una carta de Chapí ofreciéndome la dirección de la orquesta. Acepté, y después me volvió a escribir diciendo que, si quería colaborar a la obra total del teatro Lírico, me ofrecía una ópera de Dicenta titulada *Raimundo Lulio*. Yo... ¡figúrese usted, una obra de Dicenta para mí, que era un desconocido! Acepté encantado.

—¿Y estrenó usted con éxito?

—Sí, señor; con mucho éxito. Tanto es que desde entonces acá ya ha sido más fácil y más amable la vida para mí. Del Lírico pasé al Real de director; allí he estado nueve temporadas; también durante ese tiempo he dirigido la Sociedad de Conciertos.

—¿Y la banda municipal?

—La banda municipal se fundó durante este período, y fuí llamado para dirigirla.

—¿Qué le gusta a usted más dirigir, la orquesta o la banda?

—Las dos cosas tienen su pro y su contra. El trabajo de la banda se lleva más ensayado, sin precipitaciones que son frecuentes en las orquestas.

—¿Cuáles son sus músicos predilectos?

Contestó rápido:

—Los dos de todo el mundo: Wagner y Beethoven.

—¿Y españoles?

Hizo un visible gesto de contrariedad. La pregunta le ponía en un grandísimo aprieto. Al fin se decidió:

—Españoles, me gustan varios. Chapí era un músico admirable y muy completo: el más completo, tal vez, de todos. También mi predilección está por don Tomás Bretón, que ha tenido aciertos definitivos. *La Dolores*, por ejemplo; *La verbena*, y sus *Escenas andaluzas*.

—¿Cree usted que la música española está en decadencia?

Meditó indeciso. No quería decir lo que pensaba. Al fin se decidió:

—Yo creo que estamos en un momento muy interesante de renovación, y que los procedimientos y la base que se emplean ahora son

más sólidos. La música, de poco tiempo a esta parte, ha evolucionado en el mundo entero, y en este torbellino de evolución hemos sido arrastrados nosotros. Se dice que nuestro teatro lírico es endeble porque tardan en salir obras con éxito. ¿Usted sabe el número de óperas que al cabo del año se estrenan en Italia? Pues seguramente no bajarán de cien obras, y, sin embargo, vea usted lo que queda. Y si en el teatro se observa decadencia, no es toda la culpa nuestra. No. Créame usted. Los autores de letra tienen su parte. Antes encontraba usted un autor que le hacía un libreto interesante; hoy día no, y, sin embargo, la música de *Las golondrinas* ha quedado. ¿Qué libreto tiene usted hoy de zarzuela en tres actos que se pueda igualar a *El rey que rabió*, a *Jugar con fuego*, a *La tempestad* o a *Curro Vargas?* Ninguno, ninguno.

Llevaba razón el simpático maestro. Variamos de conversación.

—De todo lo que ejecuta la banda, ¿qué es lo que más le gusta, maestro?

Se quedó un momento perplejo.

—Psch—labió encogiéndose de hombros—, no sé. Hay varias cosas que me gustan mucho. Casi todo lo que tenemos; por eso lo tocamos. Claro que de lo que más me gusta es

Wagner, porque, además, se adapta muy bien a banda.

—¿Está usted satisfecho de la constitución de la banda municipal?

—Mucho, y cada vez más.

—Es la mejor banda de...

No me dejó terminar, y repuso:

—De España, sí.

—¿Y del extranjero?

—De las mejores.

—¿Cuáles son las del extranjero que puedan competir con la nuestra?

—De las que yo he oído, la «Guardia republicana», de París.

—¿En dónde gusta más la banda que usted dirige?

—No sé; en todas partes. En San Sebastián, el año pasado, fué una verdadera locura.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?

—Cuando se estrenó *Raimundo Lulio*.

—¿Qué labor tiene usted hecha?

—Estrenada, ocho obras de concierto y siete actos de teatro. Preparada, dos zarzuelas inéditas y dos en dos actos que estoy haciendo.

—¿Qué es lo que más dinero le ha producido a usted?

—En teatro, *Raimundo* y la *Rapsodia astu-*

riana para violín y orquesta que me estrenó el glorioso Sarasate. Pero usted sabe que el género de óperas y conciertos, como resultado pecuniario, es una desdicha.

—¿Cuáles son sus obras inéditas?

—*Pepa la naranjera*, letra de Soldevilla, y *Molinos y gigantes*, de Fiacro Irayzoz. Y las dos que tengo en preparación: una, el libro es de sus compañeros de *Prensa Gráfica* Pepe Montero y Moya Rico. Con esta obra tengo muy fundadas ilusiones, pues el libro, a mi juicio, es un acierto.

—¿Y la otra?

—Permítame usted que me reserve el nombre de los colaboradores.

—¿Gana usted mucho dinero?

—Sí; para vivir bien y ahorrar alguna cosilla, porque yo soy un hombre de orden que, aunque no me privo de lo necesario, no me gusta despilfarrar.

Y el notable maestro reía sana e ingenuamente.



Muchos de mis lectores harán un gesto interrogativo, y mentalmente se preguntarán: «¿Quién es ésta?»

Porque hoy nuestra interviuvada no es una *artista de cartel*, mustia, machucha y vieja, que ha rodado veinte años por los escenarios y tiene el corazón cansado de amar y lleno de odios, vicios, envidias y rencores hacia las otras compañeras... Hoy nuestra interviuvada es una muñeca ideal de quince años, llena de candor y de inocencia, que ve todo lo de la vida de color de rosa, que juega todavía con sus amiguitas las otras muñecas, y que del místico patio del colegio de monjas pasó al bullicioso escenario del teatro Lara...

¡Siempre no habéis de ser vosotras, las artistas ya consagradas, las que ocupen mi pluma

y mi entendimiento!... Alguna vez he de presentar a mis lectores el perfil espiritual de una estrella nueva, que se elevará muy alto..., muy alto... Ahora, esta artista es María Teresa Jauffret, *La Gioconda*...

Es alta y delgada... Su cuerpo se cimbrea como un chorro de agua; sus brazos tienen la hechicera gracia de una danzarina griega, y sus ojos, muy grandes y negros, son melancólicos y soñadores: parecen estar encantados ante el recuerdo de un cercano sueño infantil. Como la *Monna Lisa* de Leonardo, tiene la frente tersa y fresca, como hecha con pétalos de rosas tempranas; dos trenzas de cabellos color de caoba caen por sus hombros sobre su pecho escurrido, en donde apenas se ha iniciado la línea de mujer...

Me la presentaron una noche en la misma puerta del teatro Lara... Al escuchar mi nombre tuvo un momento de inquietud, y no acertaba a pronunciar palabra... Su prima, *La Goya*, acudió en su auxilio, llamada por una invitación de los ojos de la danzarina-niña.

—Qué... ¿te azoras?...—le preguntó.

—No—protestó ella.

—Es que esta niña tiene mucho miedo a los periodistas, porque dice que no sabe qué contestar...

—No es eso — mintió *Gioconda* algo enojada.

—Entonces, ¿qué?... ¿Por qué ese gesto de confusión?...—inquirí yo.

—Lo que a mí no me gustan son las interviús.

—¿Y por qué?... A ver..., a ver...

Se encogió de hombros, y por toda contestación desplegó los labios en un delicioso ¡Psch! Yo insistí buscándole la mirada.

—Tendrá usted sus motivos...

—Ninguno... Que yo no sé decir nada... La cuestión es que pienso muchas cosas que a mí me parecen muy bonitas; pero luego no sé explicarlas... ¿Qué será eso?

—Cortedad... Falta de confianza en usted misma y en el que la escucha...

—Tal vez...—silabeó, jugueteando con el abanico—. Es que soy muy tonta...

Y Teresa levantó su lindo rostro, sonrió y volvió a encogerse de hombros.

—Pues nada, le aseguro a usted que no hablaremos para nada de interviú. Hablaremos de lo que usted quiera.

Pareció sosegarse.

Y comenzamos a andar calle de la Corredera arriba.

—¿Viene usted con nosotras a tomar cho-

colate y buñuelos? — me preguntó ingenuamente.

—¿Adónde?

—A una chocolatería que hay allí arriba... Es muy mala... Dan un chocolate pésimo... Acude a ella un agente muy pintoresca, como la de las novelas de Perico Répide y Carrère. Pero... ¡nos divertimos mucho!

Nos seguían, en alegre y vocinglera caravana, *La Goya*, unas amigas de ella, Répide, el maestro Faixá y alguien más que no recuerdo... El silencio de la noche, que difundía una plácida quietud, era turbado por nuestras voces y risas. El gas de los faroles parecía moribundo... La luz arrojaba de la luna, sobre las fachadas, una viva claridad y destellaba en el empedrado absurdo de la calle.

Instintivamente, María Teresa alzó sus soñadores ojos a la altura, buscando el cielo con su luna macilenta y sus estrellas, que latían como corazones de luz.

—¡Qué hermosa noche!—murmuró—. Dan ganas de tener alas, ¿verdad?...

—Usted casi las tiene.

—¿Por qué?

—Porque cuando baila apenas posa las puntitas de los pies en el suelo... Baila usted muy bien.

Ella miró desconfiada y largamente, buscando la sinceridad de mis palabras... Convencida, exclamó:

—No; todavía no bailo como yo quisiera...

—¿Como quién quisiera usted bailar? ¿Cómo *Tórtola?*

—¡Oh, no!...

—¿Cómo *La Imperio?*

—Tampoco... Como yo me imagino, sin pensar en nadie..., sin parecerme a otra... No sé explicarme...

—¿Cómo que no?... Está muy bien dicho...

María Teresa rió, y cansada de andar seriamente, dió un saltito de perdiz.

—Cuénteme usted, cuénteme... ¿Es usted, en efecto, prima de Aurorita?

—Nuestras madres son hermanas.

—¿Es usted de Madrid?

—No, señor. Nací en Bilbao, como toda mi familia: en la Salve. Allí viví siempre, hasta que me escapé para venir aquí.

—¿Cómo que se escapó usted?

—¡Oh!—protestó con sigilo—. No levante usted la voz. Que no quiero que se entere nadie...

—Perfectamente, pero cuénteme...

—Yo estaba en Bilbao en un colegio de monjas... Eran muy buenas conmigo; pero un día me cogieron escribiéndole una carta a una

niña y me castigaron... Yo entonces me puse muy triste... Las monjas me hablaban de la agradable vida del claustro... ¡Sí!... ¡Sí!... A mí no me tiraban los hábitos... Por los periódicos y por sus cartas me enteraba de los éxitos de mi prima Aurora, *La Goya*... «¡Quién fuera ella!», pensaba todas las noches al acostarme... Un día fué a verme Aurorita, que estaba trabajando en Bilbao; le hablé de mi aburrimiento y... ¡qué sé yo!... Aquella noche, aprovechando el sueño de la hermana Fernanda, que era la vigilante, me escapé a gatas del dormitorio; y después, saltando por una ventana, abandoné el colegio... y me presenté en el teatro en donde trabajaba Aurorita... ¡Figúrese usted su sorpresa!... Me regañó mucho... Me besó... y, después, de acuerdo con mis padres, me trajo a Madrid con ella... Como yo tenía una loca afición por el baile, me puso en la Academia de Julia Castelao... Y allí me he hecho bailarina.

—Pero de esto, ¿hace mucho tiempo?

—Hace poco más de dos años.

—Todo eso es muy pintoresco e interesante.

María Teresa me miró inquieta.

—Sí; pero no se le vaya a usted a ocurrir contarlo a nadie.

—¡Qué disparate!—protesté.

Llegábamos a la puerta de la chocolatería... En efecto: era un cafetín clásico de esos que durante la noche sirven de refugio a los bohemios, a los maleantes y necesitados.

Penetramos y tomamos asiento ante una mesa de mármol... En el fondo, dos individuos con blancos delantales hacían buñuelos y churros ante una enorme sartén llena de aceite. De vez en cuando el aire traía una nube de humo que se agarraba a la garganta. En el mostrador, sobre una hornilla, estaban los cacharros del chocolate y del café... Con todos nosotros entró en el cafetín una avalancha de bulliciosa alegría. Era delicioso el contraste de la pobreza del burdel con las espléndidas indumentarias y joyas de las artistas. Un golfo que dormitaba con la cabeza apoyada sobre los brazos, alzó los ojos y nos miró con rencor... Un pobre se acercó a pedirnos limosna... A coro se comenzó a cantar el *Ven y ven*.

La Gioconda y yo continuamos refugiados en nuestro diálogo.

—¿Usted sentirá mucha emoción ante el público?

—¡Ca!; ninguna... El público es muy bueno... Yo no puedo decir otra cosa... Para mí desde el día de mi *début*, que fué la noche del

beneficio de Aurorita, no hubo más que halagos y mimos...

—Pero es, señorita *Gioconda*, que usted resulta encantadora bailando.

—No, nada de eso—desechó con naturalidad—. Es que al público le hago gracia por que sí...

—De todo lo que baila usted, ¿qué es lo que más gusta?

—*La boda de Luis Alonso*... A lo menos, á mí me parece lo más bonito. Y es lo que bailo con más gusto... Ahora, para nuestra *tournée* por América, llevo un repertorio muy nuevo y que dicen gustará... ¡Ya veremos!

Y este «ya veremos» lo dijo envolviendo las frases en un suspiro de ilusiones y entusiasmos.

—¿Tiene usted mucha afición por el baile?

—Tanta, que a veces creo que estoy loca... ¿Verdad que debe ser una locura no pensar en nada más que en mis bailes?

—No; una pasión... Sin embargo, seguramente ya empezará usted a interesarse por algo más...

—No comprendo; ¿por qué?

—Algún amorcito...

Rió a carcajadas.

—¡Ni siquiera!... Pobrecillos... Me río mucho

de los que quieren tener relaciones conmigo, y... ¡nada más!...

—Pues qué, ¿no ha tenido usted novio?

—Pero, hombre, ¡si tengo quince años!...

—No importa. Según me han dicho, también tiene usted mil pretendientes.

—¡Bah!... ¡Tontos!... Mire usted: para enterarme qué era eso de tener relaciones, me puse en amores con un muchacho americano... A los pocos días me convencí de que esto no me divertía nada... Al contrario... Me aburría... Me aburría, y entonces le dije: «Mira, chico, vete de paseo, porque no me haces agradable la vida.»

—Eso fué un poco cruel, María Teresa—le dije en broma.

—¡Ah! Pues más cruel hubiese sido mentirle lo que no sentía...

Llevaba razón la niña de las trenzas. Hubo una pausa durante la cual un mozalbete gordo y de tez colorada y lustrosa nos servía el chocolate y los buñuelos.

—¿Es usted feliz, *Gioconda?*—la pregunté.

—Ahora mismo, completamente feliz... Vivo acariciada por los afectos más sinceros: mi abuelita, mi madre, mis tías y mi prima, y además he realizado mis ilusiones de ser artista... ¡Mi sueño dorado!

—Y para el porvenir, ¿qué otras ilusiones acaricia usted?

Meditó con los ojos fijos en sus manos marfileñas. Y...

—Yo no quiero pensar en el porvenir.

—¿Por qué?

—Porque es acercarme a la muerte, y... a mí la muerte me aterra. ¿Qué nos acechará tras del último suspiro de la vida?... Esta inquietud pone mi alma en carne viva... Parece una penitencia... Yo envidio esas personas cuya sensibilidad no es turbada por estos pensamientos... ¿Usted no piensa nunca en la muerte?

— Sí, señorita; algunas veces: cuando la deseo.

Me miró sorprendida.

—¿Pero tan mal le va a usted en la vida?

—No, señorita; al contrario: tan bien... ¡tan bien!... que a veces me pasa con ella lo que a usted con ese novio americano... Me empalaga..., me aburre... Por muy divertida que sea la vida, más interesante es la muerte... por ser misterio. Y eso es lo que pasa: que a ratos se siente impaciencia por desentrañar ese arcano.

Gioconda me escuchaba con sus grandes ojos llenos de compasión y espanto... Le pregunté:

—¿Qué animal le gustaría a usted ser, Teresa?

—Un águila muy grande—me contestó presurosa.

—¿Para qué?

—Para volar y volar, y llegar hasta los astros, y enterarme de cómo son... y de lo que ocurre allí...

—¿Cuál artista de sus compañeras le gusta más?

—He visto muy pocas. María Esparza baila muy bien, especialmente *de puntas*.

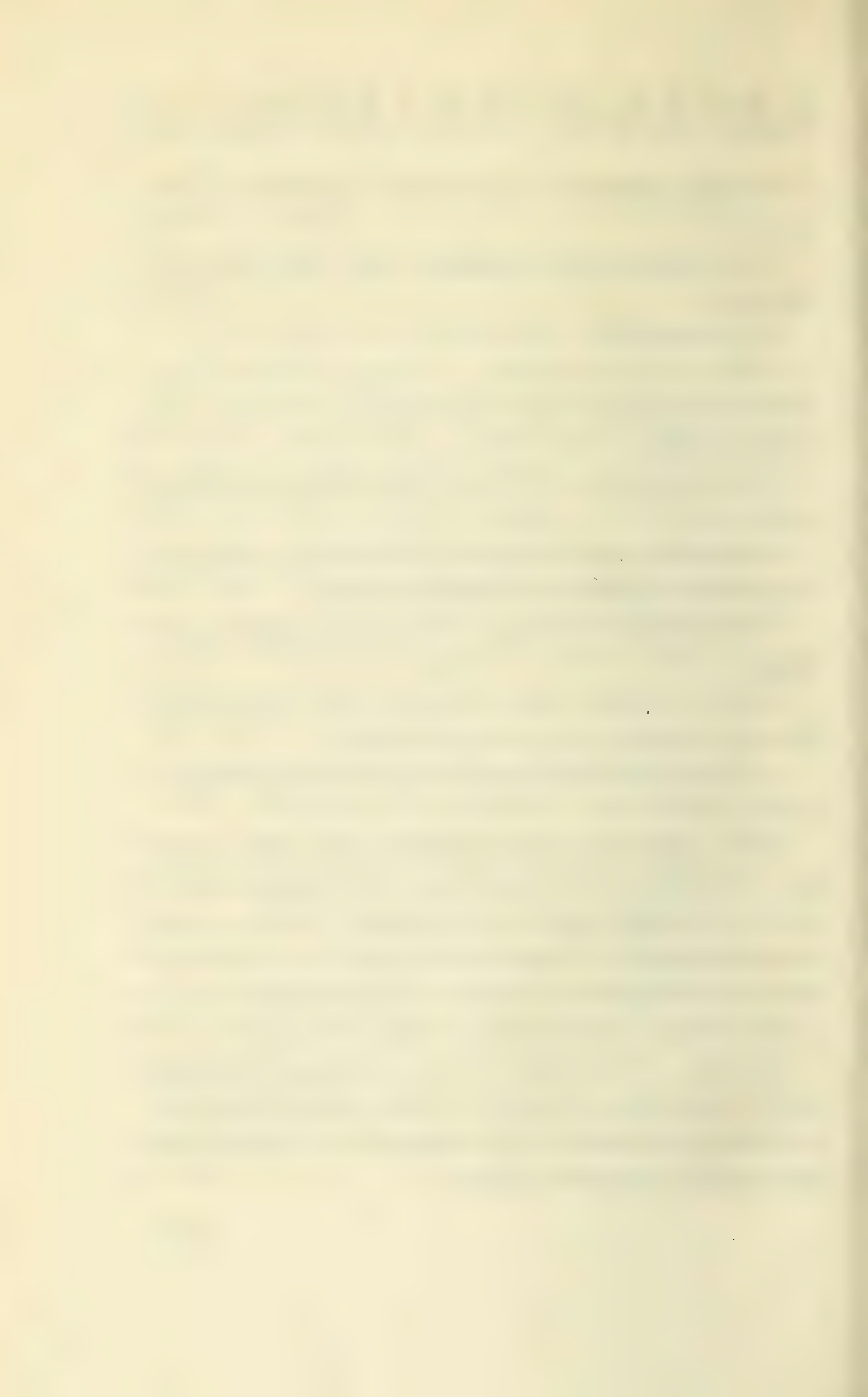
—¿Qué es lo que más le gusta a usted de la vida?

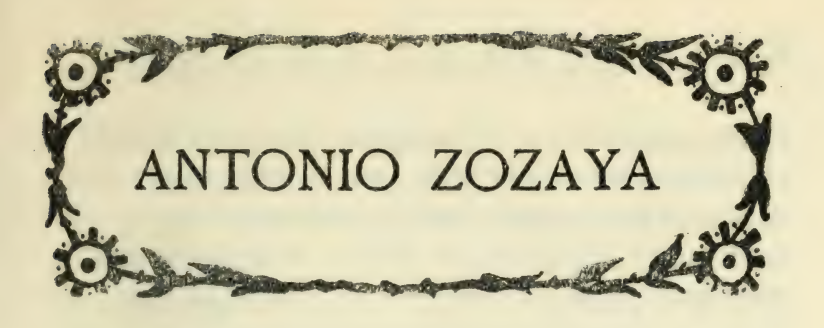
—¡Hay tantas cosas divinas que admirar!... En una noche como ésta, el cielo.

—¿Cuál es la suprema aspiración que acaricia usted?

—Pasar a los ojos de la gente de niña a mujer... No hay cosa que más me enoje que el que me traten como a una niña... ¡Oh, es que me desespera! .. Todo el mundo se cree con derecho a darme consejos, a tocarme la carita, a tutearme y mirarme con aire protector...

Reímos... ¿Verdad que es encantador que en estos momentos en que todas las artistas de *varietés* quieren volver a ser niñas, haya una que sueñe con ser mujer?...





Sostuvimos un escarceo epistolar.

El maestro se negaba a dialogar con *El Caballero Audaz* si el diálogo había de salir a la luz pública. «Mi personalidad—me decía en sus cartas—no interesa al público; toda exhibición me parece vanidad censurable.» «Mi vida a nadie importa.» «Me niego, pues, definitiva e irrevocablemente a toda entrevista que haya de publicarse.» A estas negativas respondía yo con súplicas y reproches: «¡Pero, maestro! ¿Ha de ser usted, mi admirado de alma, quien haga fracasar por primera vez a este periodista? ¿Dónde estaría *El Caballero Audaz* si todos hubiesen pensado como usted? No es posible; ni usted, que es un hombre a la moderna, puede tomar resoluciones irrevocables.» Seguramente después de meditarlo du-

rante una noche, el insigne maestro resolvió rendirse. Y me escribió una última carta claudicando con estas bellas palabras: «No puedo continuar negándome. Estoy a su disposición, más que nada, porque usted, amigo mío, ha conseguido despertar en mí un gran afecto como hombre y una muy alta estimación como literato, y deseo muy vivamente que seamos amigos y demostrarle estos sentimientos.»

Y a la mañana siguiente subíamos por la escalerita pina y estrecha de la casa que en la calle de la Magdalena habita el maestro Zozaya.

Una doncellita sonriente y menudita nos abrió la puerta y nos guió hasta la sala elegante donde ya nos esperaba el ilustre literato.

Zozaya no es de los escritores que al hablar con ellos derrumban la admiración que despertaron como literatos. Al contrario: su charla, amenísima y extraordinariamente culta, eleva más su personalidad ante los ojos del interlocutor. Como D. Antonio Maura, D. Ramón del Valle-Inclán, D. Manuel Bueno o don Dionisio Pérez, cuando habla es el libro amenísimo en el cual siempre se aprenden muchas cosas útiles. ¡Y abundan tan poco los hombres así!...

Don Antonio Zozaya usa unas espesas barbas, casi blancas; sus ojos se han enturbiado ya un poco de tanto leer. Es extraordinariamente afable.

—Vamos, maestro—comencé diciéndole, al mismo tiempo que me dejaba caer sobre una cómoda butacona—. Por poco me da usted un disgusto.

Sonrió algo confuso. Después...

—Unicamente por ser usted he aceptado, convencido de que hago mal. Mire usted: mi cualidad más saliente es conocerme, saber que no intereso gran cosa personalmente; mis trabajos tal vez despierten algún deseo de estudio y reflexión. Pero nada más.

—Eso ya lo dirá el público. Hábleme usted de su niñez.

Meditó un momento. Se acarició la cuadrada barba y...

—Yo, sin duda, nací para emborronar papel: soy hijo de un notario, y en mi casa eran autorizados anualmente de dos a tres mil números. Desde mi niñez pasaba los días escribiendo originales, copias, apuntes—tomaba ya apuntes en la escuela—, comentarios a cuanto leía, y versos. Padecía realmente la manía de leer y escribir, y esto me ocasionó un estado de anemia que obligó a mis padres a enviarme a So-

ria, en donde me repuse y acabé el bachillerato en tres años. Allí seguí tomando apuntes tan extensos que algunas lecciones asombraron a los profesores por la fidelidad con que las había tomado, con puntos y comas. Vuelto a Madrid, en donde he nacido y quisiera morir, volví a manchar papel sellado y a llenar de apuntes y estudios literarios resmas enteras de papel de oficio; por si algo faltaba, a los veinte años, uno antes de acabar la carrera, fundé la «Biblioteca económica filosófica».

—¿Qué carrera seguía usted?

—Leyes. Por desdicha para mis aficiones, en cuanto la terminé comencé en seguida a ejercerla.

—¿Con provecho?—inquirí.

—¡Psch!—sonrió indiferente—. Pagué la cuota fija hasta los treinta y siete años, y la máxima hasta los cuarenta.

—Y al mismo tiempo, ¿escribía usted?

—No, señor. Un día, ya a los cuarenta años, pensé que había cultivado bastante una profesión que no me daba más que dinero, y la abandoné y me hice periodista. Realmente, soy también de la generación del 98, aunque muy diferentemente orientado; porque antes de esa fecha ningún periódico aceptaba mis trabajos ni de balde, excepto *La Justicia*, de Salmerón,

de la que fuí director cinco meses y en donde acabé de convencerme de que mi vocación estaba en las Letras.

—¿Cuántos libros ha publicado usted de entonces acá?

—¡Asusta un poco! Setenta y cinco volúmenes de traducciones filosóficas con notas y prólogos, y diez y ocho obras originales.

—¿Cuáles son sus preferidos?

—Mis libros que más quiero son: *El huerto de Epicteto* y *Poemas de humildad y de ensueño.*

—¿Prefiere usted hacer verso, o prosa?

—Según el estado de mi espíritu.

—¿Le ha producido a usted mucho la literatura?

—Poco, muy poco—murmuró indiferente—. Mire usted: *La biblioteca filosófica*, a que consagré todas las economías y ocios de mi juventud, se ha vendido mucho y me ha costado grandes sacrificios por su escaso precio, propio para la divulgación cultural, y lo reducido del público aficionado a estos estudios. Por *La Dictadora* me dió la casa Henrich dos mil pesetas, y raro es el libro que me ha producido otro tanto; muchos los regalé. Vivo de lo que me rinde diariamente mi pluma, y, en resolución, soy pobre, aunque *El Liberal* me paga

mucho más de lo que merezco: cuatro mil quinientas pesetas anuales, y *Prensa Gráfica* me publica cuatro o cinco artículos al mes.

Hizo una pausa. Después, arrastrado por una sinceridad injusta, exclamo:

—A pesar del honor que *La Esfera* y usted me dispensan hoy, sé muy bien que no tengo de qué estar orgulloso de mi carrera literaria.

—¿Y el teatro? ¿Por qué no lo cultiva usted?

—¡El teatro!... ¡¡el teatro!!—suspiró—. Tal vez sea esa mi vocación; pero estrené *Misterio* en el Español, obra en que puse todo el esfuerzo de que soy capaz, alcancé un éxito verdaderamente enorme, y a los ocho días tuve que retirar la obra porque iba poca gente y el empresario quería estrenar. Si lo hice mal, no quiero volver a engañarme; si lo hice bien, renuncio a escribir para un público que no se entera. La obra ha sido publicada a treinta céntimos en *Los Contemporáneos*. Ahí está para pregonar mi torpeza y la perspicacia del público del Español. Ahora he escrito una obrita para el «Teatro de los niños», ese juguete precioso de cartón que habrá usted visto en los almacenes de escritorio, y la he escrito con gran contento. La tarea cuadra bien a mis aficiones humildes, y, además, justo es que yo

escriba para los niños cuando tantos autores lo hacen para las niñeras.

—Hablemos de la Academia Española, ya que *El Liberal* y *El Día* han puesto sobre el tapete este tema. ¿Aspira usted a ser académico?

Zozaya, un poco confuso, apresuró signos negativos. Después exclamó:

—Eso de la Academia no tiene atadero. Ni aspiro a ocupar sillón alguno, ni seré tan presuntuoso que secunde en este punto iniciativa alguna. Admiro a los académicos actuales, y deseo antes ser su discípulo por merecimientos que su colega por merced. Me asusta la idea de que alguien pudiera preguntar un día: «¿Por qué está ese infeliz en la Academia?» En cambio, confieso que me halagaría que las gentes llegaran a preguntarse, en un exceso de benevolencia: «¿Por qué no está?»

—¿Y qué le parece a usted la idea de *El Liberal* de conocer los treinta y seis nombres más populares entre sus lectores?

—Excelente. Iniciativas de este género son harto más loables que las que apartan a las gentes del respeto a cosas y personas, y es digna del literato insigne que dirige ese periódico para mí tan querido y al que tanto debo.

—¿A qué dramaturgo contemporáneo admira usted más?

—A varios: Galdós, Dicenta y Guimerá, y en otro género, los Quintero y Linares Rivas.

—¿Y de novelistas?

Hizo un gesto de desagrado:

—Entre los novelistas hay, sin duda, algunos excelentes; pero yo siento poco la novela, y entre los tres mil volúmenes de mis estantes apenas si hay cuatro docenas, contando las obras maestras de la novela de todos los tiempos y países.

Y calló. Yo insistí:

—¿Y de los poetas?

—De los poetas diré que aun estoy en Campoamor y Zorrilla, sin negar que hay una juventud brillantísima que en la novela y la poesía produce alguna vez obras admirables. Pero yo en esto no soy voto, porque los libros que prefiero son los que hablan de cosas de la vida, como los de Cajal, Costa, Buylla, o de impresiones de viajes, como los incomparables de Gómez Carrillo.

—Dígame usted algunos rasgos de su espíritu tal como usted lo sienta.

Dudó un momento:

—Hombre..., no sé..., no sé... ¿Quién es capaz de medirse? Lo más que hacemos es eso: *sentirnos*. Yo soy optimista, aunque desde hace mucho tiempo llevo en el alma la pesa-

dumbre de penas mortales de necesidad, de las cuales procuran consolarme mi mujer y mis hijos, a quienes debo todas mis energías y amables solaces. Soy en el mundo un inadaptado; pero siento como nadie el exquisito placer de las cosas desinteresadas y sublimes. Amo las rosas por su color, por su fragancia, y, sobre todo, porque tienen espinas. La vida es un calvario, y me alegro de que lo sea. Amigo *Audaz*, estará usted conforme conmigo: Nada hay más bello que el dolor cuando se tiene fe en el porvenir, se lleva en el corazón un asceta y en los labios una palabra que es la última de todos mis libros: ESPERANZA.

La conversación del ilustre cronista, del insigne filósofo, era amenísima; pero las horas pasaban, y nos pusimos de pie. Ya en despedida, con indiscreta curiosidad se fijaron mis ojos en un retrato de Zozaya que pendía sobre el sofá y en cuyo marco había dos plumas: una de oro y otra de plata. El dueño vino en auxilio de mi curiosidad.

—Esas plumas—me explicó amablemente—no están ahí por necia vanagloria, sino porque me recuerdan dos grandes afectos. La de plata me la regaló mi madre siendo muy niño; la otra, de oro, fué adquirida por los ciegos españoles por suscripción en cuotas que no pa-

saron de diez céntimos. Son para mí dos joyas que pregonan que, si no supe escribir, supe hacerme querer.

Y con un entrañable abrazo terminamos nuestro diálogo.



Mientras que esperábamos en la amplia rotonda, con las paredes embujadas de libros, nos entreteníamos el simpatiquísimo Paco Gómez Hidalgo y yo en curiosear en aquel archivo de recuerdos que denunciaba el espíritu exquisito, ordenado y romántico de Natalio Rivas.

Retratos de políticos, de artistas, de toreros, rociados por todas partes: por la chimenea, por los estantes, sobre la mesa. En sitio preferentísimo, una gran cabeza fotográfica, admirable de expresión y de parecido, de don Segismundo Moret. En vez de dedicatoria tiene una cláusula testamentaria escrita por Natalio Rivas. Dice así:

«Mis hijos y descendientes rendirán el mayor respeto a mi memoria consagrando siempre su mejor recuerdo de cariñosa gratitud a

este hombre insigne, gloria de España, que me otorgó su confianza y que fué mi jefe, mi maestro y mi más entrañable amigo.—*Natalio Rivas.*»

¿Verdad, lector, que este detalle de sublime delicadeza espiritual nos habla muy bien de nuestro visitado?... Cercano al retrato de Moret, que está en el centro, en sitio preferente, a la derecha, hay uno del conde de Romanones, con cariñosa dedicatoria, y a la izquierda, otro de Santiago Alba. Nuestro ambulante ministro liberal aparece en esta fotografía un poco imponente con su casaca ministerial flamante y sus barbas franciscanas: «A Natalio Rivas, que tiene más de un bordado en este uniforme.—*Santiago Alba, 907.*» Los que buceamos en el tinglado político por entre bastidores, sabemos todo el alcance de esta dedicatoria... *Moret-Natalio-Alba*.

Sobre la chimenea, y al lado de *Bombita*, Guerra, Mazzantini y mil más, hay una fotografía del torero «trágico». Tiene la expresión artística y dramática de su media verónica. La dedicatoria merece leerse: «Para mi ilustre y queridísimo amigo don Natalio Rivas, uno de los hombres más buenos, más cultos y más sinceros que tiene la política, y que, en su debilidad por la fiesta de los toros, ha llegado a

dispensar amistad al modesto lidiador que tiene hoy un gran honor en dedicarle esta fotografía, en prueba de mi inmensa gratitud y cariño hacia él.—*Juan Belmonte.*»

Y cuando terminábamos de leerla llegó don Natalio Rivas.

—¿Han visto ustedes qué expresión la de esta fotografía?—nos dijo, al mismo tiempo que se estrechaban nuestras manos:

—En efecto—asentimos—. Está en ella como en ninguna el espíritu de Belmonte.

—¿Y sabe usted por qué?

—¿Por qué?—inquirimos llenos de curiosidad.

—Porque esa fotografía está hecha unos momentos antes de torear... Camino de la plaza, en Granada, le llevé a una fotografía... Quería yo tener un retrato de Belmonte minutos antes de jugarse la vida. Fíjense ustedes en esa mano contraída, en ese gesto...

Contemplamos un instante más al lidiador, y después tomamos asiento en una butacona... Don Natalio quedó enfrente; una mesilla maqueada nos separaba.

Natalio Rivas posee, como nadie, esa simpatía sugestiva y cautivadora que se llama «don de gentes»; su charla es avasalladora, ingeniosa y chispeante.... Con la misma capacidad habla de arte, que de literatura, que de agri-

cultura, que de política... En todo es el maestro ameno, que siempre siembra enseñanzas.

Las horas pasaban oyéndole hablar, y nos parecían minutos. Su acento de fino andaluz agracia notablemente su conversación... Físicamente, su silueta puede ser la misma de aquel gran estadista que se llamó Canalejas.

—No puede usted negar que es del riñón de Andalucía—le dijimos.

—Como que me honra muchísimo. Nací en la Alpujarra. Mi padre fué el abogado de más fama de allí, y políticamente pertenecía a aquellos liberales de la revolución del año 20. Vamos, era un liberal de Riego; pero jamás salió del país. Allí resultaba el guía y el consejero de toda la comarca. Fuimos varios hermanos, pero el que en realidad heredó las condiciones políticas de mi padre fuí yo, que he llegado a asumir la dirección de cincuenta y cuatro pueblos... Y allí mi vida resultó patriarcal... En Orjiva, que es el distrito que vengo representando, he llegado a conseguir el ideal de que no haya partidos políticos.

—¿Dónde hizo su carrera?

—En Granada. La terminé a los veinte años, y me dediqué al bufete en Albuñol...

—¿Cómo empezó usted la carrera política?

—Saliendo diputado provincial en Granada;

más tarde, presidente de la Diputación... Ya sabe usted cómo se politiquea en provincias.

—¿Vino usted a Madrid cuando ya era diputado a Cortes?

—No, señor... Yo me trasladé a Madrid el 96, y salí diputado el 901.

—¿Existía ya su gran amistad con Moret?...

—A Moret le conocía de una manera superficial desde el año 90... Por cartas, por atenciones políticas que tuvo conmigo... Al llegar a Madrid comencé a tratarle más íntimamente, y en el año 97 llegué a poseer la amistad paternal y el inmenso cariño de don Segismundo...

Natalio hizo una pausa... En sus ojos brillaban lágrimas... Con voz llena de tierna emoción, esa emoción que sólo sentimos al hablar de nuestros padres, continuó:

—Moret, en los últimos años de su vida, fué para mí el *todo* de mi existencia: mi padre, mi hermano, mi amigo, mi maestro, «todo»... En mí confiaba sus intimidades políticas y particulares, como si yo fuese su propio pensamiento. ¡Pobre amigo!... Durante las temporadas que estuvimos separados nos escribíamos a diario... Poseo una numerosísima colección de cartas de él, por cierto muy interesantes, que el día que yo me muera irán, Dios mediante, a la

Academia de la Historia para que de ellas hagan lo que les tenga más en cuenta.

—¡Lo de secretos políticos que poseerá usted!

—Figúrese... Y en mí siempre serán secretos, pues si alguna vez los contara no hubiese sido nunca digno de poseerlos—esquivó Natalio mi intención.

—Y dígame, don Natalio: ¿Es cierto que Moret presintió su muerte mucho antes de que ocurriese?

—Ya lo creo. Él mismo, el 1 de enero del 13, y cuando se constituyó el Gabinete Romanones, recuerdo que me dijo una mañana: «Yo no deseo ni puedo volver a ser Poder, porque no tengo fuerzas para ello, porque mi corazón no marcha bien. Acepto la presidencia del Congreso; pero para la primavera necesitaremos Romanones y yo un nuevo presidente. A mí no me queda más misión en el partido liberal que consolidar la jefatura de Romanones.»

Hizo una pausa don Natalio; despues agregó por su parte:

—Ahí tiene usted por qué yo no podría estar al lado de otro jefe que no fuese el Conde. Soy su amigo personal hace muchos años; siempre he tenido por él vivísima simpatía, y, además, estimo, no sólo porque esa es mi convicción,

sino también porque se lo escuché a Moret, que es, de todo el partido liberal, el hombre que reune más condiciones para acaudillarnos. Además, conmigo ha tenido distinciones que me obligan a la gratitud, y como yo no varío nunca de jefe, a su lado estaré mientras vivamos, y podrá tener un amigo tan leal como yo, pero más, no.

Nuestro gesto de honda tristeza no lo advirtió el subsecretario de Instrucción pública.

Proseguimos:

—¿Usted ha sido periodista, don Natalio?...

—Sí, señor. Lo he sido y siento no seguir siéndolo, porque mis condiciones nativas son de periodista; las circunstancias me han cambiado... Pero tengo tanto amor a escribir, que desde que vine a Madrid llevo un *Diario* de mi vida, donde recojo todas mis impresiones y movimientos del día. Esto lo llevo con un cariño profundísimo; por trimestres encuaderno mis libros, y ahí quedan hasta los asuntos más íntimos de mi vida...

—Es curioso...

—No puede usted imaginarse; y, sobre todo, útil, porque en ese índice de la vida de uno hay grandes experiencias y enseñanzas.

—¿Cuáles son sus aficiones más dominantes?

—La política y el arte... Adoro el arte; nada

hay que me emocione tanto como un cuadro de Velázquez o un bello paisaje serrano... De ahí mi protección a los artistas..., y por eso nada más justo a mis aficiones que el cargo con que me ha honrado el Gobierno. Y mi afición mundana, los toros.

—Luego, según eso, ¿usted no cree salvaje la fiesta del toreo?

—¡De ninguna manera! La creo muy artística; tal vez y únicamente tenga algo de salvaje en las novilladas. Pero en las corridas serias de buenos lidiadores me parece una fiesta de alegría y de arte. A mí me encanta esa emoción de ver al hombre valeroso delante del toro eternamente muerto, y, gracias a la magia de su capote y de su destreza, eternamente salvado.

—¿Cuál ha sido el día más feliz que ha tenido usted en su vida política?

Meditó indeciso. Al fin...

—Hombre, temo que no lo va a creer el que lo lea... Pero esta es la verdad de mi corazón. El día más feliz de mi vida fué el día que Moret fué presidente del Consejo por primera vez, en 1 de diciembre de 1905; por cierto, día de mi santo. Para mí las cosas de aquel gran hombre eran más interesantes que las mías... Su recuerdo lo conservo con un tinte de dolor inex-

plicable. Yo entro aquí, en mi despacho, todas las mañanas, a orar ante el retrato de mi amigo, y me parece que va a hablar.

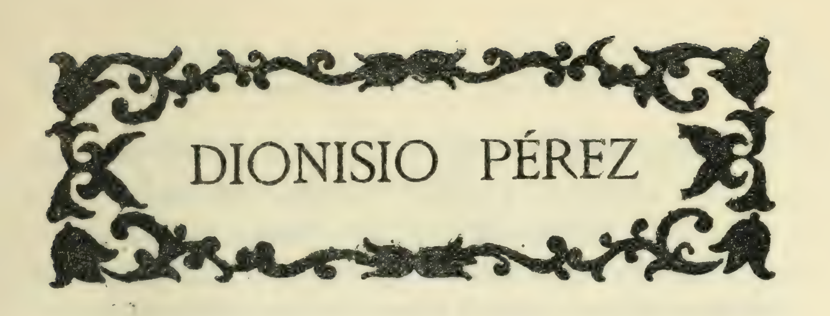
Los ojos de don Natalio volvieron a entristecerse.

—Don Natalio—exclamé—: Veo que es usted un amigo leal y un hombre agradecido.

—¡Oh, sí!—dijo don Natalio, lleno de noble orgullo—. La lealtad es mi rasgo político más acentuado. Y eso no es lo corriente, no. Aquí los hombres que gobiernan tienen que pasar la mitad de la vida defendiéndose de las asechanzas, de las intrigas y de las zancadillas..., y, claro, no pueden gobernar...

Calló don Natalio.

Un criado aparecía con una mesita bien repleta de jamón de Tréveles y de cañitas de manzanilla... Aquello tenía aroma de Andalucía.



DIONISIO PÉREZ

Hará de esto tres años. Al entrar aquella mañana en la redacción me encontré sorprendido con que en mi misma mesa se había instalado un caballero y escribía cuartillas con una mágica destreza que no guardaba armonía con su tipo absurdo y estrafalario. Yo le observé unos momentos. Era la negación de la elegancia y de la línea. Más bien pequeño, achaparrado y ventrudo... De entre sus recios hombros salía su cabeza, de faz abotagada y sanguínea; apenas tenía cuello. Sobre la nariz, pequeña y carnosa, temblaban unas gruesas gafas de oro. Un bigote recio y descuidado cortaba su rostro de apoplético. Llevaba un traje azul, cuya americana se abría en dos grandes arrugas para dar paso al enorme tórax... La pechera de la camisa, blanca y almi-

donada, también quería escaparse por el cuello del chaleco, y el mal hecho lazo de la corbata roja estaba encogido y fuera de su sitio. En su cabeza, pelada al rape, cabalgaba un hongo que en aquel momento estaba caído hacia atrás y ladeado sobre una oreja.

Después de este breve examen, yo me acerqué a mi mesa, y para llamar la atención del caballero intruso sobre que aquel era mi sitio, me puse a toser... El alzó la vista de las cuartillas, me miró con sus ojos un poco extraviados, y con la más absoluta indiferencia dió unas cuantas chupadas al cigarro puro que colgaba de sus labios gruesos, y continuó escribiendo... Después, para *suavizar*, echó la ceniza del cigarro sobre la cartera, que, para él escribir con comodidad, la había apartado a un lado. Yo me sentí ofendido, más que por nada, por el aspecto del individuo... No era costumbre en nuestra redacción estar con el sombrero puesto; tampoco era costumbre allanar las mesas de una manera tan decidida, ni echar la ceniza de los cigarros sobre las carteras, y menos aún no cambiar saludos y palabras... ¿Quién era, pues, aquel hombre arisco, que de tal manera procedía?... Con la mirada consulté a los compañeros... Todos participaban de mi indignación... Por no pegarme con

él, abandoné la redacción ciego de ira y entré en el despacho del director...

—Director, ¿quiere usted decirme quién es ese individuo tan antipático que se ha apoderado de mi mesa?...

El director, que es un hombre frío, rió benévolo. Seguramente esperaba la explosión:

—Ése es Dionisio Pérez.

—¡Dionisio Pérez!—murmuré yo, lamentando toda la admiración que antes de conocerle sentía por él—. ¡Parece mentira!... Pues ese hombre no debía salir a la calle.

—¿Por qué?...

—Porque es un tipo indignante.

—No lo crea... Eso es a primera vista... Cuando pase algún tiempo y le conozca usted a fondo, esa antipatía se trocará en simpatía... Dionisio es un hombre encantador...

Yo creí disparatada la profecía, pero... No hablamos más del asunto. Para mis adentros yo pensaba que aquel hombre hinchado y rudo, que parecía un corredor de vinos andaluces, acabaría con mi tranquilidad y con mi paciencia... Lo mismo pensaban todos los compañeros, que le habían hecho el vacío a Dionisio... Poco le importaba esto a él... Todos los días, a las once, se presentaba en la redacción con su sombrero calado, su cigarro puro entre los

labios y su tripa insultante... En el primer sitio que encontraba libre tomaba asiento, y... a llenar cuartillas... Un día Dionisio discutió allí sobre algo... Se levantó de la mesa, y con el sombrero caído hacia un lado y los brazos en alto comenzó, a grandes voces, una disertación sobre la materia que se discutía. Sus argumentos eran de una lógica aplastante, y su palabra, recia y tonante, respondía a una imaginación agilísima. Además, la silueta absurda de aquel hombre en el curso de la discusión se iba transfigurando y resultaba simpática, varonil y hasta gallarda. Esto se repitió varias veces, y al cabo del tiempo Dionisio Pérez había cautivado nuestras almas. Sentíamos por él esa callada admiración que se siente por el maestro... Él, siempre que hablaba, nos enseñaba algo. Y su cultura es tan asombrosa, tan diversa y tan sólida, que abarca todas las materias... Habrá muy pocos libros que Dionisio no conozca y que no estén catalogados en su portentosa imaginación. Escribiendo es maravilloso... La pluma corre sobre las cuartillas sin un tropiezo, sin una indecisión. La prosa, tan díscola para muchos cerebros, para el suyo es una hembra sabiamente acariciada, que se rinde sin oponer dificultad ninguna...

Por todas estas cosas, esta tarde de sol ma-

ravilloso vamos a dedicársela a este notable maestro...

Un tranvía de las Ventas nos deja a Dionisio, a Campúa y a mí en una calle de Madrid Moderno... Uno de los coquetones hotelitos que se levantan en esta calle es el de Dionisio Pérez. Allí, en su despacho, fortificados por la blanda caricia de la chimenea y entre sorbo y sorbo de aromático vino de manzanilla, celebramos nuestra conversación.

—No me explico cómo se las va usted a arreglar para darle a mi figura interés—comenzó diciéndome Dionisio con una franca modestia que nos cautiva.

—De la misma manera que me he arreglado para dársela a otros...

—Es que usted ha hecho con preferencia figuras de literatos, y yo sólo soy, ante todo y sobre todo, periodista, aunque merodeo en los alrededores de la literatura.

Tomé buena nota de esta sincera observación, y le pregunté:

—¿Usted es andaluz?...

—Soy del Puerto de Santa María, que es el pedazo del mundo que quiero tanto como a mis hijos.

—¿Allí empezó usted a escribir?...

—Debuté en los periódicos de Cádiz. A los

diez y ocho años fundé en mi pueblo un periódico, que existe todavía con vida próspera, titulado *Revista Portuense*. Esto era el año 90. Yo no tenía aspiraciones literarias; me encontraba muy a gusto en la vida plácida de mi pueblo, y jamás hubiese venido a Madrid; pero a consecuencia de las elecciones de Peral, al cual defendí desesperadamente, se me echaron encima nueve procesos por injuria y calumnia al ministro de Marina, y esto me obligó a abandonar el Puerto y a plantarme en medio de la Puerta del Sol... Yo en Madrid no conocía a nadie más que a Mazzantini, por el cual sentía y siento un cariño filial... Con mi obsesión de ser periodista, aprendí en seguida dónde estaban las redacciones, sin ocuparme jamás de buscar destinos oficiales ni de nada. Primero entré en *El Correo;* más tarde pasé a *La Iberia*, a sustituir a Feliú y Codina. ¡Lo que yo trabajé entonces!... Recuerdo que al mismo tiempo que en *La Iberia* estaba en la Agencia Mencheta y en *El País*, que por cierto nos procesaron a toda la Redacción y estuvimos en la cárcel cuarenta y cinco días...

—¿Usted tenía una gran amistad con don José Canalejas?

—Tal vez fuese uno de sus mejores amigos... ¡Qué hombre tan maravilloso era!... No ha ha-

bido nadie que pueda compararse con él... Yo, debido a unos artículos de *El País*, estaba un poco distanciado de él. Un día fué a verme Pepe Herrero y me dijo que Canalejas quería hablarme... Volvimos a ser amigos... Canalejas dirigía entonces el *Heraldo*, y yo estuve haciendo durante varios meses el artículo de fondo sin que nadie supiera quién lo hacía... Yo iba por las mañanas a casa de Canalejas, hablaba con él, me daba la orientación, y de allí salía el artículo... Todos han ignorado hasta este momento esta labor de mi vida... Haciendo esto estuve hasta que me encargué de *Vida Nueva*; allí comencé a firmar por necesidad. En los periódicos diarios donde he estado siempre he sido refractario a firmar. De *Vida Nueva* pasé al *Diario Universal*.

—¿Allí tuvo usted un desafío con Manolo Bueno?...

—Eso tiene mucha gracia. Verá usted: Cuando entró Montero Ríos en el poder, hubo un revuelo entre los intelectuales, que protestaron enérgicamente... Al frente de la protesta estaban Valle Inclán, Manolo Bueno y otros. Con motivo de esto, un redactor del *Diario Universal*, muy simpático por cierto, hizo un artículo en contra de Manolo Bueno... Yo era en absoluto ajeno a esto, y ni vi el artículo

antes de ir a las cajas. Bueno: pues aquella misma noche el redactor aludido se encontró a Manolo Bueno en la Carrera de San Jerónimo, y le dijo: «¡Ya verás qué artículo ha escrito Dionisio contra ti!...» A poco se encuentra Manolo Bueno conmigo, en el momento que yo pasaba por frente al Lyon d'Or, acompañado por Melquiades Alvarez, Troyano, Perojo y Millán Astray; se me viene encima con el bastón en alto y sacude dos o tres estacazos, que por cierto los recibió en el brazo Millán Astray. Yo quedé sorprendido... No sabía el motivo de la agresión... Además, Manolo Bueno era uno de los amigos a quien yo más quería entonces y he seguido queriendo luego. Se celebró el desafío... Por un artículo que yo no había escrito, publicado en un periódico del cual yo no era director, y contra un adversario de mi mejor amistad. ¡Cosa más absurda no la hay!... Y la única recompensa que yo obtuve de aquel desafío fué una carta del conde de Romanones que decía: «Querido Dionisio: Enhorabuena. Usted contará siempre conmigo.»

—¿Y del *Diario Universal*?

—Me llevó Ortega Munilla a *El Imparcial* en sustitución de Troyano... Allí presenté mi dimisión por unos artículos que se hicieron en

contra de Canalejas siendo yo diputado por el Puerto, y mi labor en los periódicos de *Prensa Gráfica* todo el mundo la conoce. Eso es todo.

—¿Qué vida hace usted?—indagué.

—Una vida un poco extraña. Paso los días casi recluído en este hotelito de Madrid Moderno, y vivo así porque soy un poco huraño... No sé mentir... No sé halagar, ni tengo paciencia para oír tonterías... Prefiero dedicarle los minutos a un libro malo que a un charlatán bueno. Huyo un poco de la gente. Y mi única ilusión es representar al Puerto en las Cortes, no porque tenga aspiraciones políticas ni porque quiera ocupar cargos públicos. No, yo no quiero ser más que diputado por el Puerto. Quiero ver cómo la voluntad de un hombre de buena fe y de patriotismo transforma por completo la vida de un pueblo creando industrias bajo la tutela del Estado. Si no puedo conseguirlo, volveré las espaldas al mundo y me recluiré para siempre en las cuatro paredes de mi hogar. El Gobierno me ha indicado que me será más fácil obtener el acta por otro distrito; pero como yo no tengo interés en volver a ser diputado y sí sólo en representar a mi pueblo, he rechazado la oferta, y en las próximas elecciones lucharé por el Puerto de Santa María.

—¿Madruga usted mucho, Dionisio?

—Me levanto en todo tiempo a las tres y media o a las cuatro de la madrugada, y me pongo a escribir.

—¿Cuántos artículos escribe usted al mes?

—Unos cincuenta, por lo menos.

—¿Siempre escribe usted por la mañana?

—¡Siempre! A las ocho ya he escrito mis artículos... Voy a nuestra *Prensa Gráfica*, doy unas cuantas voces, vuelvo a casa, como, y a leer. Me leo, por lo menos, un libro diario.

Hizo una pausa.

—Mire usted, mi amigo: para mí esta vida está llena de satisfacciones; raro es el día que no recibo cartas de mis lectores que comentan mis artículos; los días que llegan correos de América vienen estas cartas por docenas, y me alienta y conforta ver la eficacia de mi labor.

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?

—Ni lo sé, ni conservo un ejemplar... Creo que serán nueve o diez... Ya le he dicho a usted que soy exclusivamente periodista y que lo único que cultivo con amor es el artículo... Creo que es lo que más llega al público. La novela y el cuento me parecen para inteligencias refinadas. Y creo que el porvenir de España está en la Prensa, a condición de que

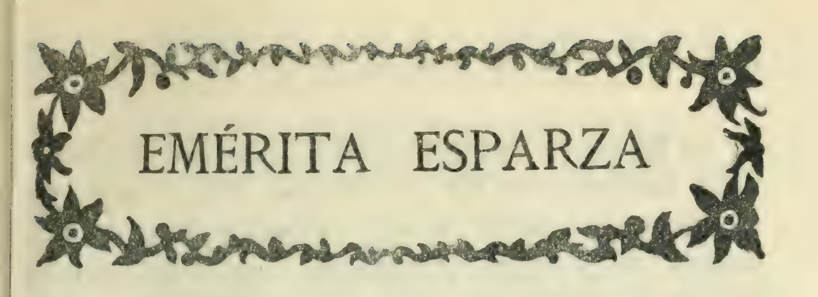
ésta se coloque por encima de la política... Sobre literatura opino que estamos en un momento interesantísimo, en un renacimiento como jamás lo hubo en España... Nuestra novela en estos últimos años es una cosa asombrosa... Tengo la convicción de que en literatura, en arte y en periodismo, estamos muy por encima de Francia...

Hubo una pausa. Después yo le dije a Dionisio:

—¿Se acuerda usted, Dionisio, cuando nos conocimos?... ¡Cuidado que me era usted antipático!...

El rió.

—Lo mismo le pasa a todo el mundo conmigo, mi amigo... Hasta en los sitios donde voy a dejar dinero por primera vez están deseando que me vaya; y es que un hombre tan gordo y con gafas, molesta...



EMÉRITA ESPARZA

Púsose en pie, más que para encender la luz eléctrica, para encantarme con la extraordinaria elegancia de su figura frágil, delicada, sutil, espiritual.

Todos la conocéis; sin embargo, dejadme que yo la retrate.

Es alta, delgada y quebradiza. Posee esa suprema distinción que en el frívolo lenguaje de los salones se califica de *chic*. No es una criatura bonita, ni es tampoco adecuado llamarla hermosa. Es... una belleza original. Parece una de esas evocaciones fantásticas de los ensueños de los paraísos artificiales; la abstracción de un pintor infiltrado por una mezcla de paganismo y misticismo. Aparecía envuelta en una bata de seda negra que ceñía dulcemente la esbeltez un poco fatigada, algo desmayada,

de su figura, y que hacía más resaltar la blancura alabastrina de su escote. Su rostro, de agudo y fino perfil, y sus cabellos negros peinados hacia atrás, componen una bella cabeza de estudio. Sus ojos, muy grandes y muy pintados, brillan bajo la sombra de las largas pestañas, y su boca, eternamente entreabierta, parece estar siempre atormentada por la sed de amar.

Hay en las negras pupilas de Emérita algo que atrae y domina, algo que incita y contiene a un mismo tiempo.

Nos hallábamos instalados en una habitación a medio amueblar. Tras de encender la luz, Emérita volvió a dejarse caer con pereza felina sobre el sofá. Antes de enhebrar de nuevo la conversación, le ofrecí un cigarrillo egipcio, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Fuma usted?

Hizo un gesto de indiferencia:

—¡Psch! Sí, fumo; pero no por necesidad. Después de una cena en agradable compañía, y cuando puedo saborear una larga sobremesa de grata charla, sí me gusta fumar. Ahora lo haré por acompañar a usted.

Encendió el cigarrillo. Arrojaba el humo hacia arriba lentamente, en pequeñitas bocanadas.

—Es usted una mujer extraordinaria.

—¿Extraordinaria en qué? — inquirió sonriendo.

—¡Bah, en todo! Física y espiritualmente.

Mientras que con el dedo meñique despojaba al cigarrillo de la ceniza, murmuró:

—Yo presumo más de interior que de exterior. Creo que estoy mejor amueblada de entendimiento que físicamente. Por lo menos, me inquieta la curiosidad de enterarme de muchas cosas que no preocupan a otras mujeres. Esto, sin que pretenda ser pedante ni bachillera. Es, sencillamente, que quiero enterarme de la vida que me rodea, para poder hablar con ustedes los hombres y no sentirme demasiado ignorante y desairada.

Hizo una pausa. Dió una chupadita a su egipcio. Después, muy lentamente, comentó:

—¡Oh!, eso de no entenderse con una mujer más que en un terreno, debe ser espantoso. El motivo de que muchas mujeres pierdan muchos ratos de conversación y de trato con sus maridos es ese: que no saben manifestarse más que como esposas, y, a lo sumo, como amas de casa, sin tener en cuenta que lo uno no interesa a los hombres más que un momento, y lo otro, ni un momento siquiera. Yo creo... ¡Qué sé yo! Que la mujer debe de po-

nerse en condiciones de ser, ante todo, el amigo del hombre. Es muy triste pensar que un hombre tiene que buscar en la calle amigos con quienes identificarse y quienes lo comprendan, porque la mujer propia no sabe hacerlo...

—¿Qué tiene usted más: amigos, o amigas?

—Amigos. Me agrada mucho más cultivar la amistad de los hombres.

—¿Por qué?

—Qué sé yo. Porque es patrimonio femenino la rivalidad.

—¿Nada más que por eso?

—No. Y, además, por la superioridad intelectual del hombre. Mire usted: a mí me gusta mucho charlar, mejor dicho, escuchar; yo me emborracho oyendo hablar; claro que oyendo hablar cosas interesantes que valgan la pena de prestarles atención, y nosotras, las mujeres, desgraciadamente, no sabemos decir cosas interesantes.

Callamos. Yo meditaba una pregunta. Ella exclamó de pronto, como si pensase en alta voz:

—Aquí *El Caballero Audaz* no va a poder lucirse.

—¿Qué quiere usted decir, Emérita?

—Que conmigo no va usted a hacer nada notable.

—¿Y eso?—inquirí sonriendo.

—Porque yo no tengo ningún relieve; soy plana... y no hago nada extraordinario.

—¿Ni lo ha hecho usted?

—Ni lo he hecho. De verdad. Con la imaginación sí he cabalgado mucho. He pensado cosas extrañas; he caminado a mil kilómetros por hora; pero luego el cuerpo no se ha movido. Tengo un espíritu europeo y una materia musulmana. Quieta en mi lecho, o desde una meridiana, mi fantasía vuela y plantea mil cosas bonitas; pero la inercia no me deja llevarlas a cabo.

—¿Es usted andaluza?

—No, señor. ¿A que no sabe usted en dónde he nacido?

—¿Cubana?

—Nada de eso. Soy de Barcelona, recriada en Madrid.

Hizo una pausa; después, con acento burlón, prosiguió:

—Cuando chica era feíta como un diablo. Luego, gracias a un esfuerzo de la voluntad, conseguí mejorarme. Yo creo que la voluntad es la diosa del triunfo. Pero no ponga usted eso, no vayan a figurarse los que lo lean que estoy en la idea de que soy una preciosidad.

—Entonces, ¿cómo cree usted que es?

—Amigo mío, tiene usted unas preguntas... —protestó con coquetería graciosa—. Yo de mí creo que no hago daño a la vista de los que me miren. ¿No cree usted que ya es bastante?

—¿Era usted buena de pequeñita?

—¡Quiá! No; al contrario. Era de la piel de Satanás. Tanto es que cuando ahora su abuela le cuenta a mi hijita mis travesuras de entonces, la pequeña me mira y ríe, y yo escurro la vista y tiemblo de que ella las tome como ejemplo.

—¿Tuvo usted afición al teatro desde muy pequeñita?

—A los quince años se despertó mi inclinación; pero no crea usted que mi afición era de exhibicionista, nada de eso, sino verdadera vocación de artista. Y en seguida debuté en la Zarzuela con *La contrata*.

—¿La emocionó a usted mucho su primer *début?*

—No. Menos que la reaparición. ¿No ve usted que era muy joven y que salí indocumentada? Mi reciente *début* en el Reina Victoria me emocionó mucho; más que nada, porque llevaba sobre mí la pesadumbre de un nombre artístico.

—¿Y por qué abandonó usted el teatro?

Titubeó un momento; después murmuró tristemente:

—Por algo muy grande. Por lo único que se pueden hacer esas cosas en donde tanto se sacrifica.

—¿Por un amor?

—Sí, por un amor—repitió tristemente.

Y como yo continuara en silencio, interrogándola con la mirada, hizo un delicioso mohín de enojo y protestó:

—Pero bien: hablemos de otra cosa. De amores no me gusta hablar: me gusta sentirlos; con el amor ocurre lo mismo que con la religion: el que menos habla de ella es el que mejor la practica. ¡Amar es una cosa muy seria!

Y suspiró dulcemente, como si toda su alma se hubiese deshecho en recuerdos gratos.

—¿Cuál ha sido el momento más feliz de su vida?

—¡Hay tantas clases de felicidad! El momento más dichoso de mis días es el momento de despertar y ver en la puerta de mi alcoba una nena deliciosa que, a media lengua, dice: «Mamá, ¿se *piede?*»

—Y dígame, Emérita, usted que es madre: ¿los hijos compensan de la pesadumbre de vivir?

—Sí—exclamó firmísima—. Por lo menos, cuando son chicos, no hay felicidad que se iguale a la que nos proporcionan ellos; son un refugio del alma, un oasis, un manantial de energías para la lucha.

Tras un silencio, continuó:

—¡Sabe Dios qué cascabel extraño sería yo sin mi hija! Claro que el *yo* se pierde; ¡pero se pierde tan a gusto!...

—¿Es usted sentimental?

—No sé. A mí me parece que soy apasionada y un poco romántica.

—He visto un admirable cuadro de Romero de Torres para el cual ha servido usted de modelo.

—Sí; *Salomé*. Mía es la cabeza nada más. Me sentí *Salomé* por unos minutos. ¡Cosa más lejos de mi espíritu!... Yo que me desmayo con ver una gota de sangre.

—Bueno, siga usted contándome su carrera artística.

—¡Pero si ya lo sabe usted todo!... Yo no he trabajado más que en Madrid. Entonces y ahora. ¿No le digo a usted que soy una mujer que no tengo historia, que no tengo hechos?

—¿No trabajó usted en París?

—Sí; seis meses, y cuatro en Bruselas. Después me fuí a Méjico, ya de particular.

—¿La opereta es el género por usted preferido?

Hizo un gesto de lenta negativa:

—No—lamentó—. Yo siento el verso. A él hubiera ido con toda mi alma.

—¿Y cómo ahora, en su segunda etapa artística, no se ha dedicado al verso?

—Era ya demasiado tarde. Fíjese usted que, cuando yo me he presentado en el Reina Victoria, aunque en realidad no valía nada, era una criatura con un nombre encima.

—¿Qué satisfacción busca usted en el teatro?

—Yo, en el teatro, busco la emoción, y más que la emoción y satisfacción del público, busco la mía. Ahora bien, que yo soy más exigente que el público: pocas veces estoy satisfecha de mí.

—¿Qué aspiración suprema acaricia usted para el porvenir?

Para meditar entornó los ojos un momento.

—Bueno; aparte de las familiares, aspiro a hacer algo grande, algo definitivo que a mí me satisficiera plenamente.

—¿En qué terreno?

—Qué sé yo. Desde luego, en el arte. Claro que esto no pasará de aspiración, pues, como

le he dicho a usted antes, soy perezosa para ejecutar los pensamientos.

—¿En dónde le gusta a usted más vivir: en el campo o en la ciudad?

—Como no soy inconsciente, me gusta el campo cuando estoy en la ciudad y la ciudad cuando estoy en el campo.

—¿Es usted aficionada a los toros?

Sonrió, simulando confusión:

—Qué sé yo. Voy a ellos de vez en cuando, y me gustan como fantasía ligera; reflexionando, no me gustan; por instinto, sí; hay algo caliente en la raza que nos arrastra. ¿No?

—En efecto—asentí—. ¿Qué es lo que la inquieta a usted más de la vida?

—La suerte de mi hija y... la vejez.

—¿Qué prefiere usted: verse fea y vieja, o la muerte?

—¡Oh!, no—protestó rápida, como si el terrible fantasma de la vejez la atormentase—. La vejez es la renunciación al *yo*, es la prosa, y yo soy un poquito romántica; es la triste realidad, y yo adoro las ilusiones.

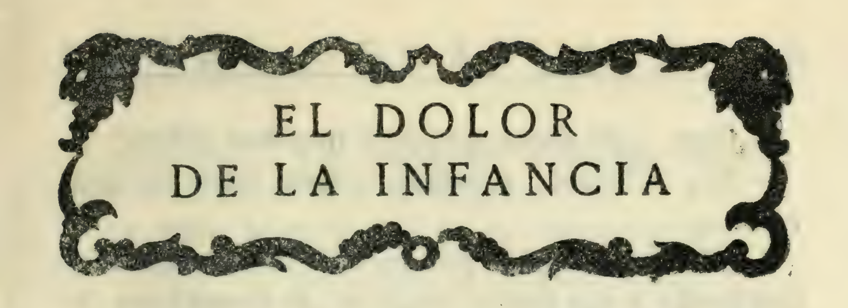
Calló, y paladeando lentamente las sílabas, murmuró:

—Lo más bonito que hay bajo el cielo es una ilusión.

Consulté el reloj.

—Llevamos dos horas hablando, Emérita —exclamé sorprendido.

—¡Ah!, ¿sí? Y lo bonito que tiene esto es que le he hablado a usted con una sinceridad absoluta. Todo lo que le he dicho es mi manera, mi mismo ser.



EL DOLOR DE LA INFANCIA

El automóvil dejó a su espalda la carretera de Chamartín de la Rosa y comenzó a trepar por una pendiente bifurcación de la derecha.

—Ya estamos llegando; ese es el Asilo—exclamó nuestro amigo el doctor Álvarez Sierra, indicándonos con la mano una vasta edificación moderna que se alzaba gigantesca ante nosotros sobre una ancha y dominadora explanada.

Mi amiguita Margot también asomó su cabeza de querube por la ventanilla, y sus grandes ojos infantiles expresaron una profunda satisfacción de verse tan cerca del sitio deseado. Después, volviéndose a mí, me preguntó con su deliciosa media lengua de chiquilla de cinco años:

—Oye... ¿Y dices que hay muchos niños?

—Sí, Margot; muchos niños muy desgraciados.

—¿No tienen padres?...—volvió a preguntar intrigada y sin poder abarcar la desgracia de aquellos chicuelos.

—Sí, encanto; tienen padres, pero es como si no los tuvieran, porque el Destino los ha separado de ellos para siempre.

—¿Y niñas, hay?

—Niñas, no.

—¿Entonces los Reyes Magos no vendrán por aquí a dejarles juguetes?—inquirió dulcemente entristada mi pequeña amiga.

—Si las niñas bonitas y buenas como tú se lo dicen a sus padres, ellos le escribirán a los Reyes Magos diciéndoles que no se olviden de estos pobres niños, y, ¡claro!, los Reyes, que son muy caritativos, subirán por esta carretera y por este camino a visitar el Asilo de San Rafael.

Escuchaba Margot atenta. Sus ojos, color de ajenjo, quedaron perplejos, expresando una inmensa piedad. Su espíritu, aún en los dinteles de un cielo de inocencia y de felicidad, no acertaba a explicarse por qué en el mundo todos los niños no eran bonitos, ricos y mimados como ella.

Llegamos... Un fraile de la Orden de San Juan de Dios salió a recibirnos.

Era más bien joven, y su rostro marchito expresaba una inteligencia privilegiada...

—Este es el reverendo padre superior, fray Andrés... El alma de esta santa institución —nos dijo el doctor.

El religioso rió con modestia.

—Nada de eso, hermano—repuso—; el doctor es muy bueno; yo no hago más que administrar la caridad de las almas sublimes que se acuerdan de estos pobrecitos niños.

—Es usted joven, padre Andrés—observé yo.

—Tengo cuarenta y dos años, y llevo veintisiete en la Orden... ¡Pasen ustedes, que aquí hace mucho aire!

Poco más allá del zaguán del hermoso Asilo había una salita pulcra y esterada. Allí tomamos asiento.

—Según me ha dicho el doctor—empecé yo diciendo—, esta fundación, más bien que un asilo, es un hospital para niños enfermos.

—En efecto, hermano—contestó reposadamente el padre Andrés—. En esta casa se albergan los niños raquíticos y escrofulosos pobres.

—¿Qué requisitos son necesarios para su ingreso?...

—Ninguno... Aquí llega una madre pobre con su hijo; el doctor del Establecimiento reconoce al niño, y si dictamina que en efecto está enfermo, queda en el momento admitido en esta casa y bajo el cuidado de nosotros, que, como usted comprenderá, nos desvivimos porque los niños sanen pronto.

—Una vez que están buenos, ¿vuelven a sus casas?

—Sí, señor... Si logran curar se les da de baja en el Establecimiento. Los que no curan están en nuestra compañía toda la vida...

—¿Cuántos acogidos tienen ustedes en la actualidad?...

—Ciento veinte.

—¿Se sostiene esta casa de la caridad pública?...

—Absolutamente de la caridad. Cuatro hermanos salen por la mañana, y hasta por la noche están pidiendo por las casas para estos niños enfermos y pobres.

—¿Y recaudan mucho?

El fraile hizo un gesto de conformidad. Después exclamó:

—Recaudan escasamente lo bastante para sostener las ciento veinte criaturas.

—¿Cuánto supone de gasto la estancia aquí de cada niño?

—Yo calculo que seis reales, porque se les alimenta muy bien y porque la cirugía cuesta muy cara. ¿Usted sabe, hermano, los paquetes de gasa y de algodón que se consumen aquí?...

—Y sobre todo—abundó el doctor—los aparatos, que son muy caros, y que, como verá usted, procuramos que no falte nada.

—Ahora van a comer. ¿Quieren ustedes presenciar la comida, y después verán todo el Establecimiento?

Aceptamos con mucho gusto. El padre Andrés, que me recuerda al *Místico*, partió delante. Por corredores anchos, limpios como el jaspe y oreados, pasamos al comedor.

Allí el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos no podía ser más triste... Delante de dos largas filas de mesas estaban comiendo los pobres niños; todos eran de cinco a diez años. Unos, tullidos; otros, mancos; otros, esqueléticos; muchos, jorobaditos y extenuados. Casi todas estas cabecitas infantiles estaban deformadas, y casi todos los rostros velados por un color de fideo pajizo que aterra.

¡Pobres niños!

Me acerqué a uno. Contaría ocho años, y para andar tenía que valerse de dos muletas, porque sus piernas, que terminaban en dos

muñones poco más abajo de las rodillas, no le sostenían.

—¿Qué hay, chiquitín?—le pregunté lleno de dolorosa emoción, al mismo tiempo que le acariciaba la escuálida carita. El me miró idiotamente. Tal vez pensara para sus adentros que soy un imbécil por hacerle esta pregunta... ¡No veo lo que hay en el mundo para este infeliz! ¡La inmensa tortura de haber nacido!...

—Vas a comer, ¿eh?...

—Sí, señor—contestó con voz cavernosa.

—Vamos, dime, dime: ¿qué comes?

—Por la mañana, chocolate o café; a la una, sopa, cocido, carne, principio y postre.

—¡Hombre!, ¿principio?... Veo que los padres son muy buenos. ¿Qué os dan de principio?

—Pescado... carne o huevos...

—¿Y por la noche?

—Por la noche... dos platos, uno de carne; y por la tarde merendamos.

—¿Os cuidan mucho los padres?

—Mucho.

—¿Tú los quieres más que a nadie?

—Sí, señor, más que a nadie.

—¿No querrías salir nunca de aquí?

—¡Nunca!

Le levanté en alto y le dejé un beso en su carita escuálida; después le llevé hasta su asiento. Por delante pasó el viceprior con dos tullidos en brazos.

Deshechos en piedad inmensa hacia aquellas criaturas, que comían sin algazara alegre y sin salud, moviendo con esfuerzo los mezquinos miembros, salimos del comedor.

—Pero, ¡esto es horrible, padre Andrés!... —murmuré.

—¡Ah, amigo!; ¡pues si estos son los mejores del Establecimiento!... ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

Una amplia escalera nos condujo a una azotea o paseo al aire libre, bañado por el sol del Mediodía.

—Aquí es donde se efectúan las curas de sol en los escrofulosos, raquíticos, artríticos y tuberculosos—me explicó el doctor—. Estos baños de sol dan unos resultados satisfactorios. El enfermo, a los ocho días de estar sometido a ellos, se le ve variar de aspecto.

—¿Y todos éstos?—pregunté, viendo la doble fila de cochecitos-cunas, en cuyo interior aparecía postrado el niño.

—Todos están sometidos a la cura de sol.

Y el médico me fué explicando uno por uno los casos. Unas veces, al levantar la mantita

del enfermo, aparecían unas piernas flacas y enyesadas. Otras, un pecho de escayola o una espalda puntiaguda... Yo, transido de dolor, iba tocando las mejillas de los pequeños dolientes. En casi todas había fiebre. Margot, mi pequeña Margot, miraba con curiosidad, y sin saber ella por qué, lloraba en silencio...

Para pasar a las enfermerías atravesamos por las salas de operaciones. Todos los adelantos de la cirugía moderna estaban allí: desde la mesa *Brach*, hasta los aparatos de esterilización... Entramos en la enfermería, y había ocho o diez niños en la cama. Uno de ellos llamó nuestra atención por su cara lindísima y simpática. Parecía un principito.

—Este pobrecillo—nos dijo en voz baja el médico director—no tiene salvación.

—¡Oh, qué pena!... Tan bonito como es—lamentamos.

En efecto: el enfermo era una figurita de biscuit... La fiebre le tenía arrebatadas las mejillas transparentes, y su carita parecía una rosa... La mirada inteligentísima de sus ojos, muy grandes y negros, se dirigió a nosotros. Mi amiguita Margot se acercó al lecho y le entregó un paquete, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué tienes, nene?

El desgraciado, al ver el juguete, se iluminó de alegría. Como un pajarillo que ve acercarse la madre, abrió la boquita y extendió las diminutas manos exangües para coger el juguete. Con ilusión infantil lo apretó contra su pecho.

—¿Estás malo, nene?—volvió a preguntarle Margot.

—Sí, malo; pero cuando me levante jugaremos juntos, ¿verdad?—respondió él.

—Sí—contestó Margot.

Y el niño sonrió plenamente satisfecho. ¡Tal vez para él haya empezado el cielo en este caballito de cartón y en esta preciosa nena de los bucles dorados y de las largas pestañas.

Ella, antes de salir del dormitorio, lo mira con una pena inmensa de tener que abandonarlo. Yo, que lo advertí, le pregunté:

—¿Te quieres quedar aquí para cuidar a ese niño, Margot?

—Sí—respondió ella rápida.

¡Alma sublime la de la mujer, que desde los cinco años siente destellos de abnegación! Toda mujer lleva dentro de sí una hermana de la Caridad.

Salimos del Establecimiento... En la explanada, bajo el delicioso sol, cantaban los niños, formando dos filas detrás de dos banderas es-

pañolas. Otros jugaban en los columpios, y era muy doloroso el contemplarlos.

¡Pobres angelitos! Al que no iba con muletas le faltaba un brazo; el que no, se arrastraba por el suelo como una larva, valiéndose para andar de los codos y de las posaderas. Y todos ellos, ¡todos!, cantaban un himno patriótico de defensores de la Patria.

«¡*Salve, bandera de mi Patria, salve*!»

Era aquel espectáculo una triste paradoja que hacía llorar.

—Si el público conociera esto—exclamé yo dirigiéndome al padre Andrés—, tal vez se privara de algunas gollerías estas Pascuas y favoreciera más esta casa...

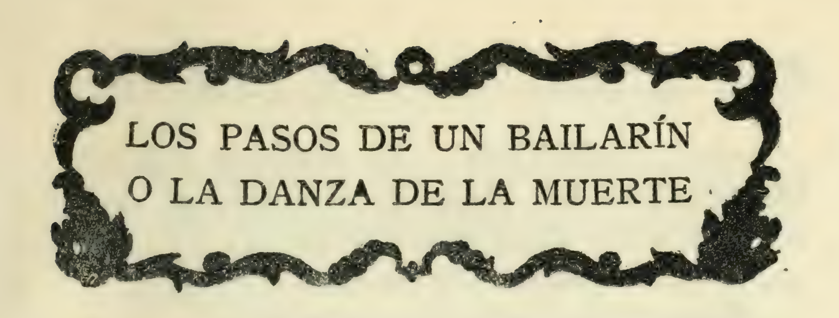
—¡Si Dios quisiera!...—repuso el prior—. Pero, ya ve usted... Los pobrecitos hermanos que andan pidiendo son unos verdaderos mártires. ¡No sabe usted lo mal que les tratan los porteros!... No les dejan subir a las casas, y muchas veces les maltratan de obra.

—Eso es inhumano. La caridad debe encontrar todas las puertas francas.

Y abandonamos el Asilo de San Rafael. En el coche íbamos todos en silencio.

Niños ricos, niños felices, niños queridos: para vosotros escribo este capítulo, en el cual os doy cuenta yo de otros niños que sin motivo

purgan culpas de otros en este mundo. Bien que dentro de dos días pasen los Reyes por vuestros felices hogares y os dejen los deseados juguetes; bien que vuestra infancia esté dorada por el mimo y la dulzura de vuestros padres; pero no olvidaros de que allá, en la carretera de Chamartín, ciento veinte hermanitos vuestros esperan también llenos de ilusión la llegada de los Magos y de la Caridad. ¡La salud y la felicidad no llegará ya para ellos nunca!...



LOS PASOS DE UN BAILARÍN O LA DANZA DE LA MUERTE

Un caballero alto, de líneas distinguidas, de tez pálida y ojos verdes, que vestía con afectada elegancia un frac color tabaco, cruzó el *skating*, se acercó a la mesa nuestra, y después de hacer una reverencia muy gentil, nos dijo muy lentamente y con marcado acento extranjero:

—Caballeros: mi pareja y yo ocupábamos esta mesa; nos hemos levantado a saludar a unos amigos, y en este momento la han ocupado ustedes...

—Perdón, señor—dijimos, al mismo tiempo que hacíamos ademán de levantarnos para abandonarla.

Aquel caballero impecable, que tenía aspecto y ademanes de un príncipe francés, nos detuvo con un gesto y con una sonrisa muy amable.

—¡Oh!... ¡No! ¡No!... De ninguna manera. ¡No faltaba más!... Ustedes continúen en su sitio..., y si nos lo permiten, mi pareja y yo compartiremos la mesa con ustedes...

—Encantados, señor—aceptamos.

Entonces el extraño personaje se alejó en busca de *su pareja*.

—¿Quién es ese hombre?—le pregunté yo a Tirso Escudero.

—Pero, ¿no le conoce usted?—me contestó Tirso, extrañado—. Este es el bailarín de aquí. Baila estupendamente.

—¡Ah! ¡Caramba!...

No pudimos continuar; el bailarín llegaba con *su pareja*... Era ella una mujer interesantísima. Alta también, de elegancia muy francesa, de movimientos lánguidos y de gesto infantil... El cutis, blanco; los cabellos, dorados; las manos, largas; las uñas, rojas; las pupilas, como dos enormes zafiros, y las pestañas, negras y larguísimas... ¡Muy interesantes y muy soñadores sus ojos, llenos de atracción y de misterio!

Nos saludamos... Y la pareja de bailarines tomó asiento... El, a mi lado.

—Hace una hermosa noche—murmuró él, por hilvanar la conversación.

—Magnífica—afirmamos.

—Aquí se está bien... Se vive fresco... Es el único sitio de Madrid en donde se puede pasar las noches.

—En efecto...

Y así era. Allí, en la terraza del Ideal Retiro, se respiraba a placer.

La orquesta de *tziganes* comenzó a tocar un vals lento y melodioso. El bailarín se puso en pie...

—Éste se lo brindamos a ustedes—nos dijo sonriendo, al mismo tiempo que se afianzaba el monóculo... La dama rubia voló a sus brazos... Y se lanzaron a bailar...

Nosotros le seguimos con los ojos un poco admirados... En realidad aquella pareja había hecho del baile de salón un arte expresivo y extraordinariamente bello. Aquel vals era un diálogo amoroso sostenido con giros, coqueterías y movimientos gentilísimos... Parecían una pareja de palomas, que a los acordes de la música se arrullaban amor... Daban la sensación de que sus pies resbalaban sobre las notas lánguidas y sentimentales... Delante de nuestra misma mesa, y con una reverencia muy versallesca, terminaron... Nosotros les aplaudimos muy sinceramente... Más tarde, los elogiamos:

—Bailan ustedes admirablemente.

—Algo regular—murmuró él—: Hemos hecho de esto una profesión.

—¿Por necesidad?...—inquirimos.

—Y por afición.

—¿Son ustedes franceses?

—No, señor; somos polacos.

El bailarín hablaba el español sin dificultad ninguna... Solamente el acento denunciaba su origen... Su gesto frío, de hombre de acción, me hizo decirle:

—Usted ha sido algo más que danzarín...

—¡Oh!... Ya lo creo, señor... Mi vida es una novela... ¡Si yo le contara a usted!...

—Cuéntemela—le invité interesado.

—Yo soy uno de los hombres más aventureros del mundo... Uno de los que han vivido la vida más intensamente, que ha disfrutado de más diversas emociones...

Hizo una pausa... Le ofrecimos un egipcio... Continuó:

—Allá, en Polonia, yo fuí un muchacho riquísimo... Esto no era suficiente... Necesitaba emociones extrañas. Y cuando la revolución de 905, que tenía yo diez y siete años, me destaqué como uno de los revolucionarios más temibles. Con motivo de esto me apresaron y fuí condenado a muerte... Mis compañeros consiguieron libertarme, a costa de una sangrienta

refriega, en el mismo momento en que se iba a ejecutar la sentencia... Con bastante oro escapé de Rusia, y fuí a dar con mis huesos en Bélgica... Estaba de moda entonces estudiar las Ciencias políticas... Y en la Universidad de Lieja me licencié... De allí marché a París... La vida de París me cautivó. ¡Oh París, París!... En las carreras de caballos y en los *cabarets* me llamaban *El príncipe polonés.* Yo era lo que se llama un hombre *chic*... Vivía en un magnífico hotel del Bosque, dormía de día, bebía *champagne* a todas horas, jugaba fuerte y repartía el oro a manos llenas entre las mujeres bonitas...

—Magnífica vida...

—Magnífica, sí, señor; pero para el juego no me acompañaba la fortuna... En Bolsa y en las carreras de caballos perdía una enormidad... Con el último millón de francos me fuí a Montecarlo... En seis días dejé en el tapete verde novecientos mil. ¡Aquello iba bien!

—¿Y se volvió usted a París?

—No, señor. Con aquellos cien mil francos desbanqué en una noche de tempestad... Más de tres millones de pesetas le costó a Montecarlo mi visita... Y vuelta a París... *¡El príncipe polaco* siguió triunfando durante un año!... Las mejores mujeres parisinas eran mías... Y

claro, volví a arruinarme... Con cien mil francos que me quedaban volví a Montecarlo... Los perdí en una hora... Mientras jugaba había a mi lado un inglés que seguía todos mis movimientos y los de la querida que me acompañaba... Cuando me vió perder la última moneda se acercó a mí y me dijo al oído: «Salga usted a la terraza.» Salí. Estaba amaneciendo. «La mujer que le acompaña a usted me gusta; usted ha perdido hasta su último franco; se lo conozco en la cara; le doy a usted un millón de francos si me cede usted para toda la vida a su querida»—me dijo de buenas a primeras el inglés—. Aquella mujer no me importaba ni lo más mínimo; pero el cinismo de aquel individuo me ofendió, y le contesté con un descomunal bofetón... A las dos horas nos batíamos a espada... Yo era más diestro que él, más joven, más frío, y, sobre todo, me había quedado sin un céntimo... Lo dominaba, pues... Mi querida, por raro capricho de ella, presenciaba el duelo escondida entre la espesura del jardín... Cuando, con la punta de mi espada en línea, conseguí cansarlo un poco, di un grito, diciendo: «¡Por ti va, Lina!», y le coloqué una estocada dentro de la misma boca... Cayó redondo al suelo... Estaba muerto... Aquella misma noche partimos

para París... ¿Qué hacer?... Busqué trabajo... En una casa de banca me aceptaban, dándome cien pesetas al mes... Al mismo tiempo, como yo tenía gran fama de bailar muy bien, un empresario de Italia me ofrecía quince duros diarios por bailar... Acepté lo segundo...

—¿Y su amante?

—Mi amante, lo eterno: me abandonó al verme sin una peseta... Pues bien; allá en Italia, entre el baile y la cinematografía, me sacaba unas doscientas mil pesetas al año.

—¿Era usted actor cinematográfico?

—Uno de los principales de la Casa Torino... Y estalló la gran guerra... Yo quería incorporarme a filas; pero no era posible... Como ya en Italia se vivía trabajosamente, marché a Barcelona... Allí fuí contratado para hacer películas... Una tarde me encontré en el Turó Parqué a esta dama, que es prima mía... Allí era la reina del patín... No había nadie que evolucionase como ella con los patines puestos. También bailaba primorosamente, y formamos pareja... Como aquí, en España, se gana poco, nos hemos pasado una larga temporada, durante el día, impresionando películas, y por la noche, bailando... Y ahora nos han traído aquí, a Madrid. Esta es mi vida. ¿Qué le parece a usted?

Y mi amigo *El príncipe polaco* esperaba sonriente mi contestación.

—Es usted un gran aventurero... —comenté.

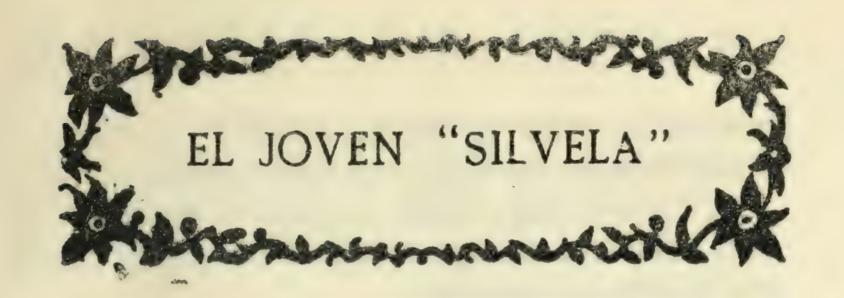
La orquesta volvió a tocar.

—Esto que tocan ahora—nos dijo—es *La danza de la muerte*, compuesta por mí... Verá usted qué bonita es.

Y la elegante pareja de bailarines volvió a deslizarse como si caminaran de puntillas sobre las melodiosas notas.

El público, exótico y elegante, compuesto de bellas mujeres adornadas con paraísos y caballeros de *smoking*, aplaudió estusiasmado.

Cuando salimos del Retiro estaba amaneciendo... Ya en el cielo no quedaban más que dos luceros... Yo pensaba en los extraños ojos de la danzarina.



EL JOVEN "SILVELA"

Bueno; la entrada del *gran fresco* en el Lyon d'Or fué acogida con inequívocas muestras de regocijo.

Nos hallábamos reunidos allí, casualmente, una peña de escritores y artistas: Tallaví, Manolo Merino, Tomasito Borrás, Avecilla, Romero de Torres, *Don Modesto*, el novillerito Reyes y yo.

El famoso *Silvela*, con su andar cansino y su cabeza tronzada hacia el lado derecho, llevando en la mano la gorra y bajo el brazo un puñado de periódicos, se acercó a la mesa que nosotros ocupábamos.

—¡Salú todos, señores! No moveros ustés porque yo llegue—saludó.

—¡Hola, *gran Silvela!*—gritó uno.

—*Silvela*—exclamó Merino con su vozarrón

campanudo y su gracia chispeante—, ¡eres el Schopenhauer de la tauromaquia moderna!

—¡Y que lo diga usté!—repuso el aludido—. Con la muleta castigo más que ese *gachó* que acaba usté de nombrar.

—Pero ¿tienes ya muleta, *Silvela?*—le preguntó Avecilla con su voz lenta y nasal.

—Oye, *Silvela:* No vayas a hablar mal de Belmonte, porque este señor va a ser su cuñado y podría darte las *diez de últimas*—le advertí señalando al novillero Reyes, que, con el brazo izquierdo en el cabestrillo, escuchaba apaciblemente y reía...

—No me hable usté de Belmonte, don José... ¡Por lo que usté más quiera!

—Pero, hombre, ¿qué te pasa con él?

—¿Es que no quiere darte la alternativa? —interrogó con sorna Merino.

—Ese es mi mayor enemigo... Tres veces han querido hacer que *la diñase* por mandato de él...

—¡Ah, ya! ¡Las tres veces que has toreado!... ¡A que seguramente Belmonte sobornó a los toros para que te *calasen!* ¡A que sí!... Ese Juanito es capaz de todo.

La ocurrencia, de no sé quién, fué acogida por una carcajada general, que molestó a *Silvela*.

—¡Chavó! ¡Si es que no se puede hablar con ustés, avisen! ¿Estoy entre personas cultas, sí u no? ¡A ver si va a poder ser! Yo soy mejor torero que Belmonte aquí y en toas partes. ¡Olé!

—Sobre todo aquí—intervino Tomasito Borrás con su simpática sonrisa de momia egipcia—. Y si te sirven un toro jabonero con patatas, te tiras de cabeza al redondel... del plato.

Silvela, con el gesto un poco inexpresivo, sin hacer caso de las bromas, continuó muy serio:

—El *fenómeno* de chipén es menda; no les quepa a ustés la menor... ¿Verdad, *Don Modesto?*

Don Modesto ratificó:

—Eres mejor torero que Belmonte y que *Gallito*... Paras más, ¿sabes?... Tu toreo, si no es rondeño, le falta muy poco: el canto de un carro de mudanzas.

—Sí; pero en la última corrida que toreaste estuviste muy mal. Fué una mala tarde, *Silvela*. El toro estaba desesperado porque no conseguía verte la cara—objeté yo.

—¿Que estuve mal? Sí, señor, que estuve mal... Pero es que me echaron un marrajo toreado que sabía decir misa sin monagui-

llo... ¡Y eso no! Comprenda usted que el valor tié su límite, y que uno *chanela* un rato largo de eso...

—Por cierto que el público te dió *lo tuyo* y... lo de los amigos aquella tarde.

—No, señor; le diré a usté: El respetable se *astuvo* de manifestaciones hostiles en contra de mi humilde persona. Lo que ocurrió es que estaban allí mis enemigos, y me dieron la tarde.

—¿Cómo?

—Pues ná... Me echaron patatas a la inglesa, me echaron sandías, me echaron el cadáver de un fosterrier y, por último, me echaron... al pilón del agua, y no me ahogué por casualidá...

—¿Cómo por casualidad?

—Porque no había bastante agua. Después del baño volví al redondel, y ya ven ustés si me acercaría con vergüenza y con coraje, que el bicho me dió una corná, en salva sea la parte, que me dejó *seco*.

—¡Chico, ese toro era un *chubesqui!*—advirtió Merino.

—A mí lo que me molesta es que ciertas personas que alternan y estudian digan por ahí que yo soy un neura..., neura...

—¿Neurálgico?—terminé yo.

—No; otra cosa. ¡Neurasténico!

—¿Y tú sabes lo que quiere decir neurasténico?—le preguntó *Don Modesto*.

—Sí, señor; un calificativo sólo adjudicable al sexo débil, que, bien por una debilidad u por lo que sea, deja de serlo.

—No, hombre...; ¡estás en un error crasísimo!—le aclaró en tono festivo Borrás—. Neurasténico es el hombre que se acerca mucho a los toros... No tengas duda, joven *Silvela*... Tú eres un neurasténico.

—Me es *inverosímil* un nombre u otro.

—¿Cómo que te es *inverosímil?*

—Quiero decir que me da lo mismo. Lo cierto es que yo no soy el *fenómeno* del día por la encarnizada guerra de ese Belmonte, que ha llegado hasta herirme con arma blanca tres veces, como se lo puedo demostrar si les enseño la..., el..., ¡salva sea la parte!

—No te molestes. Pero ese *salva sea la parte* tuyo, será un tostador de castañas.

—Sí, señor... Estoy hecho fosfatina. Tengo más cicatrices en mi cuerpo que el señor Noel pelos en la cabeza... Cosas de la taurómaca.

—¿Cómo taurómaca?—rectificamos—, habrás querido decir *taurófila*.

—¿*Taurófila*, dice usted?

—Sí, hombre. ¡La cosa está clara! *Tauro*

equivale a toro, y *fila*... ¡Más claro, agua! La *fila* que toman los toros a las estrellas del arte, como eres tú.

Silvela meditó un momento sobre la palabreja... Con su vista extraviada nos miraba a todos, un poco inseguro de nuestra seriedad.

—¿Y cuándo toreas otra vez?

Sus pupilas se alegraron.

—Cuando encuentre un hombre.

—Querrás decir cuando encuentres un toro.

—No, señor. He querido decir un *protetor* que se arranque y m'ayude. Entonces le diré yo a Juanito cuántas son dos y dos en su misma *fisonosuya*.

—*¿Fisonosuya?* ¿Y qué es eso?

—En su misma cara, señores... ¡A ver si va a poder ser!

—¡Ah, ya! ¡Fisonomía!

—No, señor. Sé mu bien lo que me digo—rectificó indignado—. Si hablase de mi cara, diría fisonomía; pero como hablo de la cara de otro, digo *fisonosuya*. Y eso no hay académico que lo mueva.

—Llevas razón, *Silvela*; perdona.

—¿Y tu toreo cómo es?... ¿Temerario o clásico?

—Pues verán ustés: mi toreo es tal como se debe torear en los actuales momentos de civi-

lización y del pendencia europea; un toreo *chipén* para todas las clases sociales; lo mismo para el respetable público de chistera y frac que para la *morralla* de gorra viserada y pantalón abotinado. Todos quedan contentos cuando me ven dejándome *dir* a matar.

—¡Hombre! —exclamé observando que no llevaba coleta—, ¿te has cortado la trenza?

El rostro tostado y brillante de *Silvela* se entristeció.

—El gallardo y noble apéndice *pelicular* que adornaba mi cabeza ha sido cortado por una danzante o *bacante* de esas desgraciadas que *deambulean* por esas nocturnas y turbulentas calles... Su mano feroz cumplió un juramento hecho a mi enemigo Belmonte; pero no digamos que digamos, que yo le di a ella lo suyo. Estuvo a dieta más de un mes sin tomar na más que los fomentos de sublimado que ingería por su cabeza, que por cierto se la puse hecha un globo terráqueo.

—Y, a propósito, ¿qué hay de mujeres? ¿Cuántas tienes atortoladas?

—Ahora, pocas... *La Chelito*, que se ha quedado más delgada que un macarrón desde que la doy corrientes eléctricas con mi mirada; *La Cachavera*, que, como saben ustés, no me deja; y *La Totó*, que en cuanto me ve, hace su-

bir la tila... ¡Está con el pelo suelto por mí!

—¿Pero no lo tiene cortado?

—Por comodidá ¡so primo!—argumentó *Silvela*—. ¡No ve usté que si no se le enredaba mucho! ¡Ah! ¡Se me olvidaba! La María Esparza está echando las muelas por mí.

—¡Ya es hora! —exclamó Merino irónicamente.

—Y así, un porción más—concluyó *Silvela*.

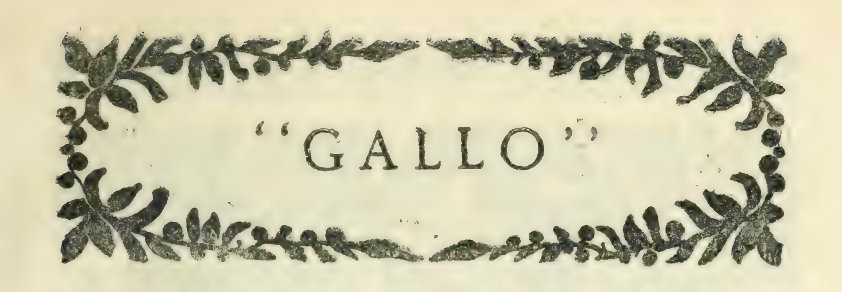
—Pero tú, ¿a cuál prefieres?—inquirí.

—No lo puedo decir, don José. Me expondría a que me vitriolaran.

—¿Eh?

—A que me echaran vitriolo en la *jeró*. Paquita Escribano, que viene aquí por mí todos los días, como habrán ustés visto, me lo tiene prenosticao: «Mira, *Silvelilla* de mi alma: como me engañes te señalo con vitriolo...» ¡Comprenderán ustés que es pa tomar fósforos.

Y todo esto lo decía *Silvela* con una seriedad digna de Vadillo.



"GALLO"

—Oye, Rafael: ¿no decías que tú ya no te ponías el traje de luces más que para corridas regias y de beneficencia?

—Y así lo vengo haciendo.

—¿Pues y las corridas de Granada y las últimas de Madrid? ¿Eran regias?

—No, señor; eran benéficas. He toreado en lugar de mi hermano, que estaba malo; ¿quieres más beneficencia?

Todos los amigos y admiradores que había en la habitación soltaron la carcajada. Rafael seguía en el sofá, con una pierna cruzada sobre la otra. No reía, pero sonreía con sus ojos negros y melancólicos, siempre saturados de una profunda tristeza. De vez en cuando se alisaba la coleta, aprisionándola por encima de la oreja. A su lado estaba Antoñito Calva-

che, el gentil y valiente novillero de quince o diez y seis años, que lleva impresa en su silueta toda la simpática y casi delicada distinción de *Bombita*.

—¿Qué tal ese torerito, Rafael? ¿Tú le has visto torear?

El divino calvo miró a Calvache con cariño; después exclamó:

—Le he visto en Sevilla en dos corridas, y en una estuvo superior..., pero superiorísimo... Dió tres pases naturales de lo mejor.

Todas las miradas se clavaron en el chicuelo, y yo cambié de conversación:

—Oye, Rafael: ¿cuándo quieres que comamos juntos para que charlemos un rato sin amigos ni nadie?...

Todos los idólatras, menos el simpatiquísimo Lequerica, me miraron con enojo. El repuso:

—Cuando quieras... Mira, hoy como con el duque de Tovar; mañana al mediodía, el duque come conmigo... ¿Te parece bien mañana por la noche?

—¡Ya está! Perfectamente. Yo vendré por ti a las seis y media.

—No hay más que hablar.

* * *

Tomamos asiento en una mesa, cerca de la balaustrada. A nuestro lado, una preciosa mujer blanca y rubia nos miraba a través de los impertinentes. Los *tzíganes* entonaban un vals lleno de pereza... En el fondo, la zona de espectáculos, iluminada, parecía un jardín fantástico, una sabia decoración de teatro...

Rafael se quitó su airoso sombrero sevillano color plomo, y dejó al descubierto su calva tostada y reluciente.

—¡Camará, qué buena noche hace!—murmuró, al mismo tiempo que pellizcaba su panecillo.

Pero a pesar del ambiente apacible y lleno de poesía, su rostro terroso y agitanado, de facciones correctas, no se alegraba plenamente... Una idea fija le tenía prisionero. Con los primeros sorbos de vino comenzamos nuestra charla...

—¿Dónde te gusta más vivir: en Madrid, o en Sevilla?

—En Sevilla. A mí Sevilla me gusta más que nada para estar de asiento... Madrid, para pasar dos o tres meses con los amigos...

—Claro, como tú además eres sevillano...

—¡Qué he de ser yo sevillano! Yo nací en Madrid, en la calle de la Greda, número 16,

principal, y fuí bautizado en la iglesia de San Sebastián. Ahí tienes una cosa que no la ha dicho nadie... Yo soy tan madrileño como Vicente Pastor.

Quedé sorprendido. ¿Quién es capaz, viéndole el rostro de castizo andaluz, de adivinar que el *Gallo* es madrileño?

Continuamos.

—Y dime: ¿a qué edad te pusiste delante de un toro por primera vez?

—A los nueve años... No delante de un toro, sino delante de una becerra de Pérez de la Concha. Estaba mi padre viéndome: le dí unos cuantos pases a la becerra, hasta que *me echó mano*, y recuerdo como si fuese ahora que mi padre me levantó del suelo... Por el momento, en vista del revolcón, yo le tomé mucho miedo al toreo, y no quería ni que me hablaran de él. Entonces mi padre me mandó a un colegio interno, y allí volvió a despertárseme la afición; ¡pero de qué manera!... Me escapé dos o tres veces; tuvieron que ir a buscarme a los tentaderos... Viendo mi padre que no había nada que me sujetase y que un día una vaca me iba a destrozar, me dijo una noche: «¿Tú quieres ser torero decididamente?» «No hay otra cosa que me guste más», le contesté... «Pues torero serás...» Y a los pocos días me compró una

becerrita de diez y seis duros, y allí en Gelves, en la plaza que teníamos dentro de la finca, la toreé muy bien, muy bien; tanto, que a mi padre se le saltaron las lágrimas al verme. «¿Por qué lloras, Fernando?», le preguntó mi madre. «Lloro de alegría—dijo él—, porque ya que no he podido juntarte un capital para que vivas a gusto el día que yo muera, me cabe el consuelo de que te dejo un torero para que no te falte qué comer.»

—¿Qué edad tenías tú entonces?

—Era un chaval; tenía doce años. Ya ves tú, el primer par de banderillas que yo he puesto fué en Alcalá del Río, a los trece años.

—¿Dónde toreaste delante de público por primera vez?

—En Valencia, el 8 de abril del 97. En una novillada que organizó mi padre.

—¿Y quedaste bien?

—Como los ángeles... Mi padre me dió quinientas pesetas... Ese fué el primer dinero que gané toreando... Entonces formamos cuadrilla *Revertito*, el sobrino de Reverte, y yo. Y por ahí anduvimos rodando.

—¿A qué edad tomaste la alternativa?

—A los diez y ocho años... Los seis mil reales que me dieron en aquella corrida me sirvieron para librarme de quintas.

—Tú tuviste una época mala, en que no toreabas, ¿verdad?

—El año de la alternativa me toreé sesenta corridas; en las últimas no tuve suerte, quedé muy malamente, y al año siguiente sólo me salieron dos corridas; estuve bien en ellas, y al otro año toreé setenta y cuatro.

—¿Fué el año que más has toreado?

—No; en 1912 toreé ochenta y dos...

—¿Cuántas corridas llevarás toreadas?

—Unas mil.

—¿Y qué capital has reunido?

—Yo tendré unos ciento ochenta mil duros. La gente ha dado en decir que no tengo más porque tiro el dinero; no lo creas. Yo he toreado mucho; pero como he cogido un tiempo en que he tenido delante primeras figuras, tuve que sostener una competencia muy grande, y aceptaba todo lo que salía, toreando por cuatro cuartos. El capital que tengo lo he juntado en estos tres últimos años; antes me toreaba las corridas y terminaba la temporada empeñado hasta los ojos. Y yo no bebo, ni juego, ni tengo vicio alguno... Si acaso, un par de duros que se le ocurre a uno dar de vez en cuando a quien lo necesita.

—¿Cuál es la tarde más amarga que has tenido en tu vida de torero?

Al *Gallo* se le entristeció más el rostro...

—El día 12 de mayo de 1912, en que me echaron al corral un toro de López Navarro en la plaza de aquí... Estaba yo toreando aquella tarde con cuarenta grados de fiebre... Solamente con revolverse el toro me tiraba al suelo, y recuerdo que no podía ni levantarme... ¡Qué tarde, Dios mío de mi alma!...

—¿Y la más agradable que has tenido?

—El día 15 del mismo mes, también aquí, en Madrid, con un toro de Aleas. ¡Qué bien me desquité!...

—¿En qué plazas te gusta más torear?

—En las plazas de Madrid y Sevilla... Son los públicos que más temo, y los que más deseo al mismo tiempo. No hay nada comparable con la alegría de una buena tarde en Madrid. Además, el público de aquí no es rencoroso, es muy noble... Está uno toda la tarde fatal, y a última hora se hace una filigrana bien y le aplauden a rabiar, como si tal cosa... Además, como es muy inteligente, sabe apreciar toda la voluntad de un torero, aunque no le acompañe la suerte.

—¿Y dónde te molesta más torear?

Rafael dudó un momento; después exclamó resueltamente:

—Yo, Dios mediante, no me vestiré el traje

de luces para torear ni en San Sebastián ni en Vitoria...

Hizo una pausa, y después continuó:

—¡Por el amor de Dios! Lo que se hizo conmigo en Vitoria no tiene nombre. Eso no se hace ni con un perro rabioso. Tirarme al suelo, apalearme, darme con piedras en la cabeza... En fin: una cosa que da hasta miedo contarla. Eso no está bien. ¡Bastante desgracia tiene el artista con estar mal!...

—¿Qué ganaderías te gusta más torear?

—Miura, Veragua, Santa Coloma y Benjumea.

—¿Y menos?

—Los Aleas no me hacen mucha gracia, y los de Villagodio, menos, ¡la verdad!

—¿Cuándo tienes pensado retirarte?

—Dentro de tres años; es decir: si el público no me echa antes...

—¿Pues cómo este año aceptas tan pocas corridas?

—Porque ya llevaba tres años muy enfermo, con una afección a la vejiga... Yo, sin poder, me arrastraba por las plazas echando el resto y quedando mal... Esto me estaba matando... Entonces el especialista me sujetó a un plan, y todo este año lo he dedicado a ganar salud... Ya estoy bien, bien y fuerte, como en mis me-

jores días, y ya puedo defenderme contra los toros.

—¿Y cuántas corridas piensas torear esta temporada?

—Unas veinte.

—¿Y el año que viene?

—Todas las que salgan.

—¿Cuál es el torero que más te gusta?

—De los pasados, Guerra y *Bombita*; de los de hoy...

Titubeó...

—A Joselito no está bien que yo lo miente... ¿Qué me va a parecer a mí? El torero ideal, *hecho a medida,* de los pies a la cabeza. Apartando a él, como torero clásico y elegante me gusta Belmonte. Es éste un torero muy corto; pero lo poco que hace no hay nadie que lo haga ni que lo haya hecho como él... No es solamente valentía; es línea y es arte. Y los que intenten imitarle harán siempre el ridículo... Eso hay que llevarlo en la masa de la sangre. Ahora bien: como torero de plaza y seguro, me gusta Pastor. Y lo encuentro mejor como torero que como matador de toros.

—¿Cuántas cogidas has tenido, Rafael?

—Siete u ocho... ¡Y eso que de mí dicen que como los toros no me tiren los cuernos no me cogen!

Y Rafael rió ingenuamente.

—¿Tú eres supersticioso?

—Nada absolutamente. No hay en el mundo hombre menos supersticioso que yo... Mira: una tarde, toreando en Granada, un espectador me echó el pellejo de una bicha; yo me agaché delante del toro, lo cogí, me lo metí en el bolsillo y seguí mi faena, que porque el toro tenía pasta resultó bien de verdad... Cuando lo maté, de una estocada, le eché al gracioso el pellejo de la *bicha*.

—Pues dicen que te pasas las corridas pendiente de los lazos de los zapatos, porque si se te tuercen crees que te dan *mala pata*.

—Esas son pamplinas. Lo que pasa es que yo soy un torero que me gusta cuidar del detalle, porque creo que es lo que hace al artista. El traje de luces quiere que se vista con gracia y bien. Mi padre y *Lagartijo* eran los dos toreros que mejor sabían vestirse. Y yo, por mi parte, cuando no salgo vestido a mi gusto y se «atraviesa» el menor detalle, sea el lazo de las zapatillas o el de la corbata, me «encorajo».

—¿Cuál es la persona que quieres tú más en el mundo?

—Hombre, eso ni que decir tiene: mi madre; la madre es la madre, y sobre ella no hay nada.

Todas las mujeres se sustituyen con otras mejores o peores...; la madre no puede ser, no hay más que UNA.

Hubo un silencio, durante el cual pasó entre los dos una sombra de ojos verdes y rostro agitanado. Yo, después de meditar un momento, me atreví a hacerle una pregunta:

—Oye, Rafael: tú estás más triste que hace años; parece así como si estuvieras siempre esclavo de una idea fija; esta idea no puede ser otra que Pastora. Dime, con sinceridad: ¿tú estás enamorado de Pastora?

—Hombre, ¡por el amor de Dios! Te juro que yo no he vuelto ni a acordarme de esa mujer... Para mí el día que nos separamos murió, y aunque nos viéramos en otro mundo después de mil años, yo no la conocería... Aquello fué una equivocación, que para subsanarla hubo que romper un hogar y la libertad de dos personas.

—Pues tú estás melancólico desde entonces.

—Es que he estado malo durante tres años y he tenido que sacar fuerzas de flaqueza para ir marchando. Además, cuando se es un hombre bueno como yo, que no ha pensado mal para nadie y que desde chico, como única aspiración en la vida, se tiene la de formar un hogar para vivir modestamente y en gracia de

Dios; cuando para uno constituye esto la suprema felicidad, y por haber tenido la desgracia de tener un trastorno de familia como el mío no ha de poder realizar nunca su sueño, hay por fuerza que estar triste... Si no fuese por eso, yo sería feliz.

Mientras que decía estas palabras llenas de sinceridad, sus ojos negros brillaban mucho.

—Veo que te entristece el recuerdo de ella.

—No lo creas; no es *ella* la que me entristece... De *ella* no me acuerdo jamás para nada, ¡te lo juro!... De mi vida rota tan estúpidamente sí que me acuerdo muchas veces, y entonces me desespero, créemelo. Yo no merecía esto de vivir por pasar el rato, sino vivir para disfrutar al lado de quien me diese el calor de la familia creada por mí.

El sexteto tocaba ahora el vals *Quand l'amour meurt*... Flotaba en el ambiente una melancolía irresistible. El genial torero y yo hubiésemos llorado. Varié de conversación.

—¿Cuál es el momento de mayor emoción para ti cuando estás toreando?

—El de tirarme a matar, porque tengo muy pocas facultades, y a poco que hagan los toros *se quedan conmigo*.

—¿Y esas *espantás* tan tuyas que el público no se explica?

—El público no se las explica porque no está delante del toro. Eso responde siempre a un extraño que hace el bicho, a una amenaza, y como no tengo piernas para confiar en ellas y, a una tarascada, echarme fuera de un salto, tengo que cogerle la vez al toro y salir por pies.

—¿Cuál es tu afición dominante después del toreo?

—El campo.

—Y las riñas de gallos.

—Eso para mí es un entretenimiento.

—Tú, cuando toreas con José, ¿estás inquieto?

—Mucho... Pues a pesar de ser un torero muy seguro, con los toros nadie está libre de un percance.

Y continuamos hablando... Nuestra bella vecina sentía una gran curiosidad por oírnos.

—Tú cuándo crees que estás mejor toreando, ¿ahora, o cuando empezaste?

—Cuando empecé. En estos años pasados no me ha dejado la salud hacer nada. Ahora este año vuelvo a recuperar mis facultades y me siento yo más animado delante de los toros.

—¿Tú estás inquieto durante la noche antes de la corrida?

—Nada... Duermo divinamente... La única

inquietud que tengo es por que me salga un buen toro.

—Y la faena que haces al toro, ¿la llevas ya meditada antes de ponerte delante de él con la muleta?

—No, señor. Según se me va dando el toro así lo voy toreando.

—¿Tú has estado en París?

—Muchas veces, y en Nueva York y en Inglaterra. Mira un caso curioso: A los ocho años, en París, el año 1889, presidí una corrida de toros. Eso no lo puede decir nadie.

—¿Cuál es tu mejor amigo?

—Tengo muchos amigos y muy buenos.

—¿Tú eres religioso?

—Mucho. Yo con toda mi alma te digo que creo en Dios, primero, por convencimiento, y segundo, porque toda mi familia estamos educados en ese ambiente. Yo llevo siempre conmigo la medalla de la Paloma que me regaló Su Majestad la Reina Victoria en la corrida de la Cruz Roja, y un Cristo del Gran Poder, de cuya Congregación soy hermano.

—¿Tu madre sufre mucho mientras que vosotros toreáis?

—Una barbaridad... Ya ves tú que toda su familia han sido toreros. Su padrino, sus dos tíos, sus primos, su cuñado, su marido (mi pa-

dre, su cuñado, sus yernos y sus hijos; pues como si no hubiese tenido a nadie torero. Se lleva unos ratos espantosos ¡la pobre!... Ya ves tú, con los dos toreros tan seguros que tiene; que es muy raro nos ocurra una desgracia.

—¿Rezará mucho?

—Entra en el oratorio a la hora de comenzar la corrida y no sale hasta que no recibe el telegrama. Si donde estamos hay teléfono, siempre conferenciamos después de la corrida.

—¿Cuál es tu suprema aspiración?

—Tener un gran cortijo o dehesa con ganado manso. Ya la finca la tengo: el cortijo de Torralba, que me ha costado 117.000 duros. Y ya tengo también 150 vacas de vientre: espero llegar a 500.

—Y de renta, ¿qué deseas tener?

—Quinientas pesetas diarias. Hasta ahora sólo tengo unas ciento.

—*Bombita* y tú, ¿os queríais poco?

—En la plaza íbamos cada uno a por el mayor número de palmas.

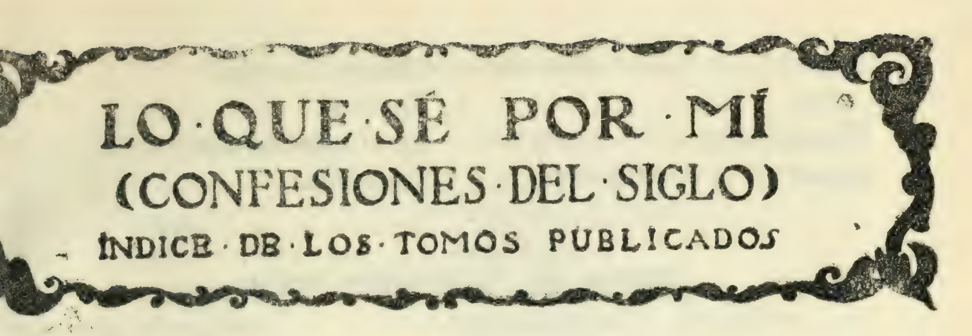
—¿Te gustaba a ti *Bombita* como torero?

—Mucho; no era un torero genial, pero es el que ha copiado más a *Guerrita* de todos los que he conocido. Además, tenía mucho talento para administrarse.

INDICE

ÍNDICE

Páginas



Indice de la primera serie.

Pérez Galdós.
La infanta Isabel.
Maura.
Cávia.
Pepito Arriola.
Don Jaime de Borbón.
María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.
Dicenta.
Palacio Valdés.
Borrás.
Unamuno.
Condesa de Pardo Bazán.
Manolo Bueno.
«Azorín».
Vives.
Pío Baroja.
Duquesa de Canalejas.
En el barrio *cañí*.
Bombita.

Indice de la segunda serie.

Benavente.
La Xirgu.
Valle-Inclán.
Tallaví.
Los príncipes de Kapurtala.
Guimerá.
Luca de Tena.
El sultán Muley Haffid.
La Pérez de Vargas.
Blasco Ibáñez.

Indice de la tercera serie.

Indice de la cuarta serie.

Indice de la quinta serie

Indice de la sexta serie.

Indice de la séptima serie.

Indice de la octava serie.

Indice de la novena serie.

Indice de la décima y última serie.



